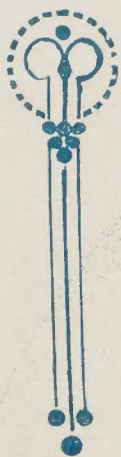


Tray Mocha

Revista Semanal



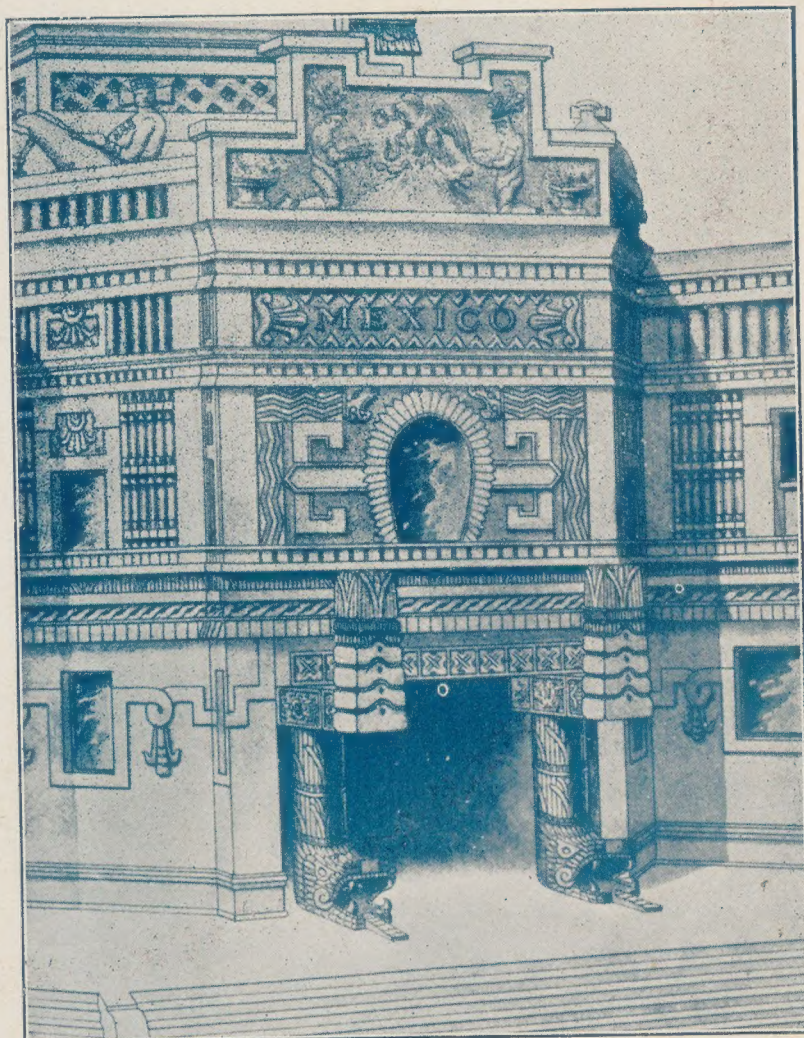
*Bellezas
arquitectó-
nicas me-
jicanas*



El Sagrario metropolitano (Méjico D. F.)



Vista parcial de la plaza de la Constitución (El Zócalo) —Al fondo: la Catedral y el Sagrario metropolitano



La entrada monumental del palacio de Méjico construido en la Exposición Ibero-americana de Sevilla



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, septiembre 11 de 1928

N.º 855



MEJICO

Aquella escoltilla aventurera que fondeó un alba diáfana en el Tabasco, remontando el río enfrentado por el mascarón de proa, — trágico monstruo cuyos dientes mordían la línea cabal del horizonte — fué a injertar en la pureza azteca, ingénua en la adoración primitiva y mesiánica de Quetzalcoalt, la inquietud conquistadora y bizarra de España. El amor de Hernán Cortés y de la virgen tabasqueña, la sonriente Doña Marina, que esclareció el nuevo mundo a los ojos del caballero hispano, es, por eso, el símbolo del pueblo de Méjico. Nació de una conjunción maravillosa, como el predestinado de la leyenda aborigen. Porque en él se fusionaron admirablemente, en la gracia del amor, la sangre y el espíritu de dos razas geniales.

La historia de la conquista y la colonia es así el protoplasma de una nueva rama étnica. El tiempo sirvió de crisol al consorcio espontáneo de las fuerzas que engendraron el espíritu de ese magnífico pueblo que yergue en el norte del continente el límite de la civilización iberoamericana. Méjico es la estirpe natural de Xicotencatl, el valiente de Trascala que respondió a los conquistadores que el camino de su ciudad no se abriría sino para llevarlos a la piedra del sacrificio; y es, también, la estirpe de los arcabuceros y galeotes románticos que encabezó el capitán don Juan de Escobar en el sacrilegio de los dioses aztecas. Tierra del sol y las vegas inmensas, donde al lado del derruido templo de Moctezuma se alza la severa arquitectura gótica y el enjambre churrigueresco de las mansiones señoriales del pasado. Tierra del charro que suena su guitarra amorosa al pie de una reja florecida de claveles rojos y a través de la cual asoman unos húmedos ojos de doncella. Tierra donde la preza y el grito de las revoluciones se perfumó de la vainilla secular. Méjico es la hidalguía de España y la gloria y la tristeza azteca, redivivas. Mecen su recuerdo histórico el imponente sacrificio de Moctezuma y la nostalgia angustiosa de Hernán Cortés, reclamando justicia en su desgracia, pobre y ofendido hasta su oscura muerte en Castilleja de la Cuesta. La grandeza monumental del pasado no ha cohibido, sin embargo, a sus hijos. El ímpetu de su sangre, su bravía entereza celebra, precisamente, la fecha de la Inde-

pendencia, que inscribió el renacimiento nacional. La Nueva España recuperó en un día como éste a Méjico, al Méjico definitivo que acelera ahora su marcha hacia el progreso y cuyo nombre figura en el frontispicio de la civilización.

Evocamos el Grito de Dolores y la venerable y heroica silueta del párroco Hidalgo, del Corregidor Domínguez, de los oficiales Allende y Aldama. Evocamos la acción de Iturbide y la feliz revuelta del Coronel López de Santa Ana, del General Guadalupe Victoria, de los militares Echevarri, Bravo y Guerrero. De la zozobra de una larga convulsión revolucionaria, de las inquietudes de un período de lucha denodada, en la cual sólo percibiase con claro resplandor el anhelo profundo de Independencia que agitaba el espíritu del pueblo mejicano, aquellos patricios fueron escalando la cruenta cumbre de la libertad. Muchos cayeron en las vicisitudes de la empresa, otros se perdieron por el error, descaminados. Pero Méjico entró así a la fiesta del mundo, libre, fuerte, dueño de sus destinos y decidido a cumplirlos enteramente aún a costo de mayores esfuerzos. Adquirió más tarde la fisonomía y la pujanza actual. Los problemas formidables que heredara del pasado parecieron interponerse en su senda. Varones justos e ilustrados y valientes velaban, no obstante por la patria hermana. Méjico volvió a ponerse por ellos en pie de guerra. Y fué el dolor terrible de las luchas civiles, que santificó la palabra de sus mártires, de sus poetas, de sus ciudadanos humildes, y que hasta ayer no más resonó hondamente, en nosotros. Méjico está a pesar de todo en la plenitud de su desarrollo. La firmeza de sus instituciones confirman que asentó para siempre las normas directrices de su vida. La amplia y próspera expansión de todas sus actividades prueban que el pueblo de Méjico vive en la paz del trabajo fecundo y compensador; que sus mañanas no serán ya más nunca despertadas por el llamado fratricida; que en sus campos se levantará siempre el apacible hilo de humo de los hogares familiares. Celebremos, pues, con júbilo entusiasta la fecha de Méjico; por pasado glorioso, por su presente claro, por el supremo triunfo de su porvenir



I

A las seis y media estaba yo firmemente convencido de que ella vendría, y me hallaba de un humor estupendo. El viento helado jugaba con mi abrigo abierto, lo hinchaba y lo separaba de mi cuerpo. Pero yo no sentía frío... no pensaba en él. La cabeza orgullosamente erguida y la gorra en la nuca, desafiaba con miradas altaneras a los hombres que pasaban y, aunque desde hacía cuatro días sólo la amaba a "ella", como yo era joven y tenía un corazón rico de ternura, me era imposible sentirme indiferente ante el resto del sexo femenino, y contemplaba a los transeúntes con miradas cariñosas. Mi andar era rápido y alado.

A las siete menos cuarto abroché dos botones de mi abrigo. Desprecié a los paseantes masculinos y sólo me fijé en las mujeres; pero ya con menos cariño y hasta con un principio de antipatía... así, en general. Una sola mujer empezaba a preocuparme — una que, por lo visto, no iba a venir —, y en cuanto a las otras podían por lo pronto dejarme en paz, ya que, decididamente, me estaban estorbando con el supuesto parecido que creía descubrir en cualquiera de ellas, y que no tenía la culpa de que mi andar fuera una perpetua vacilación de un lado a otro y mis movimientos marcadamente incoherentes.

A las siete menos cinco sentía yo calor.

A las siete menos dos sentí frío.

A las siete en punto creo que me convencí de que ya no vendría.

Y a las ocho y media era yo el ser más desgraciado en este mundo de Dios. Hacía ya tiempo que me había abrochado todos los botones del abrigo, subido el cuello y encajado la gorra hasta la nariz, que sentía azul, de frío. Mis dientes castañeteaban; el pelo de mis sienes, mi bigote y mis pestañas estaban blancos de escarcha; cada vez me encorbaba más y trabajosamente lograba avanzar, arrastrando los pies. Parecía un anciano relativamente bien conservado que volvía a su asilo a refugiarse después de haber jugado una partida en casa de unos amigos.

¿Y quién tenía la culpa de todo aquello? ¡Ella! ¡Quizás no la hayan dejado salir a estas horas! ¡Quizás esté enferma... o... ¡quizás esté muerta! ¡Quizá esté muerta y yo la estoy insultando!

II

—La señorita Marta está allí— me contó unos momentos después un compañero. Y lo dijo sin la menor intención, pues era imposible que supiera que yo había estado esperando a esa misma señorita Marta desde las seis y media hasta las ocho y media con un frío de perros.

—¿Sí? — contesté con profundo ingenio. En mis adentros se me volvió a escapar "¡Ay, demo...!" Porque "allí" era nada menos que un baile de disfraces en casa de los N. Estos N. eran gentes que yo no conocía ni de vista, pero que, en cambio, eran amigos de mi incauto compañero.

—Lo que es yo — me dije —, voy hoy a casa de los N. ¿Cómo? No lo sé... ¡Pero yo voy!

—¡Ilustrísimi signori! — exclamé con fingida jovialidad —, estamos en pleno carnaval. Todo el mundo se divierte. Por lo tanto, debemos procurar nosotros hacer lo mismo.

R I S A S

Por Leónidas Andriev

—Sí... pero, ¿cómo? — preguntó un desilusionado ya de antemano.

Reunamos unos cuantos compañeros más, disfracémonos y asalte-mos las casas de los amigos y desconocidos — resolví yo, y, lanzando un reojo al amigo de los N. —

a quién más.

Todos me rindieron pleitesía como al inventor de la idea genial, y, después de reunir nuestros capitales, nos dirigimos a la tienda de un alquilador de disfraces, cuyo local llenamos de frío, de nieve sucia y de risas juveniles.

Salutación al romero

—Caminas por el prado, que está de primavera, y, ciego, ¿no contemplas sino el radioso vano? ¿Adónde, adónde, ciego, conduces la carrera, alzando a Dios las palmas que llevas en la mano?

Ciego del mundo, y sabio para mirar el cielo, sueltas el alma por donde los astros van, como en la noche obscura, por el Monte Carmelo, erraba, libre, el alma del místico San Juan.

La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa, y, lejos, en el cielo, fulguraba una cruz. Pasaste tú, romero, y no mirabas cosa, sino, en el cielo, la maravillosa luz.

¿Andabas por el prado, que está de primavera, y, ciego, no miraste sino el radioso vano? ¿Adónde, adónde, ciego, llevabas la carrera, alzando a Dios las palmas que ofrecía tu mano?

A mí, que, donde piso, siento la voz del suelo, ¿qué me dices con tu silencio y tu oración? ¿Qué buscas, con los ojos fatigados de cielo, más alto que la vida y sobre la pasión?

Romero: en el crepúsculo vuelan los serafines. En la dorada luz te borras para mí. Tu alma y el crepúsculo se mezclan, por afines, y en la tarde tu lámpara arde como un rubí.

La sacrosanta lámpara donde quemar perfumes; la de alumbrar, nocturna, la trabajosa senda; la que ha de velar por tí, cuando te abrumas en medio de la noche azul, bajo la tienda."

El romero, que estaba en medio de la tarde, me mira silenciosamente, con claridad: yo no veo en sus ojos mentira ni alarde, sino la inmóvil luz de la fatalidad.

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro de imperceptibles pájaros vibra con suave son. Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro se ahogan en la tarde, como en mi corazón.

Alfonso Reyes

Bueno, uno de nosotros tiene que conocer, naturalmente, a alguien de la casa.

Mi idea obtuvo un gran éxito. Todos estos seres insensibles se animaron. Mi ya nombrado compañero propuso espontáneamente que fuéramos a cenar en medio de la fiesta de los N. Llenos de entusiasmo, gritamos, saltamos y cantamos

Yo quería un disfraz bonito, algo en tonos oscuros y poéticos, y triste a la vez.

—Deme un traje de caballero español.

Pero el caballero español debió haber sido en sus buenos tiempos un señor extraordinariamente alto y corpulento, pues yo desaparecí por completo entre sus vestimen-

tas y me sentía allí abandonado y solitario como si me hubiera hallado en el desierto castillo de sus antepasados.

Me quité solemnemente este disfraz y pedí otro.

—¿Quiere usted un *clown*? Resulta precioso... tiene muchos colores y cascabeles...

—¡Un *clown*! —grité, indignado.

—¿O un bandido? Vea este sombrero blando y este puñal.

¡Un puñal! Esto ya iba estando a tenor de mi estado de ánimo. Pero, por desgracia, el bandido cuyo indumento me destinaban no debía haber alcanzado su mayor edad y a lo sumo pudo haber sido un rapaz de malos instintos, de siete años de edad. Su enorme sombrero sólo cubría una pequeña parte de mi futura calva, y de sus pantalones de terciopelo tuvieron que sacarme a tirones como de una trampa.

Un paje y un monje tampoco pudieron hacerme avío: el uno tenía demasiadas manchas y el otro demasiados agujeros.

—Bueno. ¿Y tú? ¡Date prisa, que ya es tarde! — me interpeló, impaciente, el amigo de los N.

Ya no queda más que un traje: el de un chino distinguido.

—¡Adelante con el chino! — exclamé, con el correspondiente ademán.

¡Sólo el diablo sabe a qué categoría de chino pertenecería! Del traje ya ni quiero hablar; también correré un velo sobre las zapatillas absurdas y chillonas, que, puestas sobre mis zapatos, aún me estaban tan enormes que sólo podía andar arrastrando los pies. No quiero recordar tampoco una bayeta rosa que me ataron en calidad de peluca detrás de las orejas, y que las separaba de tal modo que llegué a parecer un murciélago.

—¿Y la careta? ¡No la olvides!

Ay, sí, la careta! Nunca en mi vida he vuelto a ver una fisonomía más abstracta. A pesar de tener ojos, nariz y boca correctamente colocados y casi estoy por decir de belleza clásica, ni era aquéllo un rostro humano. Aunque un hombre lleve ya algún tiempo en su tumba — cosa que debe hacerle ver todo lo de este mundo con bastante frialdad, — estoy seguro que no logra adquirir semejante expresión de total indiferencia. Mi careta no expresaba ni alegría, ni tristeza, ni interés, ni admiración. Su mirada tranquila y abierta, seria e inmovible, lo obligaba a uno a reírse, quisiera o no. Yo creo que se habría uno reído hasta con un dolor de muelas, olvidando la existencia de tan horrible mal. Y esta risa irresistible era avasalladora y contagiosa. Mis compañeros se retorcieron y se revolcaban hasta caer exhaustos en los sofás de la tienda. Y allí seguían riendo... riendo... sin fuerzas ya y con ese jipío extraño de la risa que ha durado demasiado tiempo.

—Lo que es ésta, va a ser la máscara más original — dijeron cuando pudieron hablar.

Yo al principio, de pie en medio del local, los había mirado reír y me había reído también, contagiado por aquella risa. Después empezó a serme el asunto desagradable, pues aún en estos casos tiene uno su amor propio. Además, mi objeto al disfrazarme era precisamente el contrario. Pero de pronto, al encontrarse mi mirada con

el espejo, rompí en la más estrepitosa de las carcajadas y mis amigos me volvieron a hacer coro con renovadas fuerzas.

—Pase lo que pase, no debemos quitarnos las caretas — resolvió uno cuando, al fin, recuperamos la calma. — ¡Me dáis todos vuestra palabra de honor?

—¡Palabra de honor! ¡Palabra!

III

Indudablemente, fui el éxito de la noche, no hubo máscara más original. La gente me rodeaba, empujaba y aclamaba. No podía dar un paso a mi gusto, pues una muchedumbre, presa de loca hilaridad, me agarraba, me pellizcaba, y se desternillaba de risa cuando yo, furioso bajo mi impasible careta, increpada a los rientes y luchaba por desasirme. Me sentía envuelto como en una nube de risas, una nube que iba adquiriendo dimensiones homéricas y al lado de la cual toda otra risa por ruidosa que fuese, parecía una sonrisa silenciosa. Durante largo rato trabajé por verme fuera de ese mar de carcajadas y jipios que parecía tenerme sujeto con garras de hierro. ¡Y estaba yo en la misma habitación que ella! ¡Y tenía que verla! ¡Y podía verla! Al pensar esto, una alegría sin límites me hizo olvidar la angustiosa espera en el frío de la noche, me hizo resignarme con mi destino del momento, y, riendo también, procuré abrirme paso y buscar a aquella en quien estaban cifradas todas mis esperanzas. Y según se iba apoderando de mí su recuerdo, fui perdiendo toda gana de reirme, sentí una nostalgia infinita por su presencia, y mi alma voló a mil leguas de aquel mundo de risas y alegrías. Busqué en todos los salones, seguido por una muchedumbre chillona y alborotada, y ¡por fin la encontré! Me detuve deslumbrado, como si hubiera visto una aparición divina, y la contemplé, serena y altiva, con sus ojos azules como los azulejos entre el oro del trigo, y sus cejas oscuras y la corona de su cabellera rubia y maravillosa... Lo iluminaba todo con el resplandor de su belleza clásica, y yo, aprovechando un descuido de la multitud que me perseguía, empujado hacia ella por un cariño loco, me acerqué temblando de felicidad, y sólo atento a la dicha de hallarme ¡por fin! a su lado, le murmuré al oído:

—Soy yo...

Alzó los hermosos ojos azules y vi brillar en ellos una lucecita... y sentí lo mismo que debe sentir el que, perdido en noche oscura en mares desconocidos, se halla de pronto en el haz de luz tranquilizador de los reflectores de un barco amigo... Todo cuanto yo hubiera querido decirle en aquel momento lo puse en la mirada intensa en la que la envolví... Ella callaba... Me pareció observar en sus ojos claros destellos desconocidos, algo así como relámpagos dorados en un cielo azul... Después vi temblar de manera extraña sus labios frescos y rojos...

—Sí, sí... soy yo... — le dije,

ilusionado por estas aparentes manifestaciones de alegría...

Y ella... ¡Se echó a reír como una loca! ¡Yo no sabía que podía reírse de ese modo!

—He estado medio muerto de angustia por culpa de usted, ingrata... — seguía yo con voz suplicante.

Pero ella reía... El sereno resplandor de sus ojos había desaparecido, como si mil nubecillas hu-

—¿No le da a usted vergüenza reírse así de mí? — continué yo. — ¿No saber ver tras la careta ridícula mi cara de sufrimiento? Sólo para estar cerca de usted, para embesarme mirándola, para tranquilizarme con el suave sonido de su voz de terciopelo, para poder seguir viviendo con nueva dicha en el alma, me he puesto estos trapos de bufón... usted me ha hecho entrever una felicidad sin igual, casi

furiosamente apretados, volví mi semblante, frío y lívido, hacia el espejo y vi allí reflejado aquel odioso rostro, idiotamente inhumano y absurdo en su total indiferencia... Yo también me reí... Y mi faz desfigurada aún por esa risa fatídica, con la voz trémula de ira y el corazón de angustia:

—¡No quiero que se ría! — le grité.

Cuando la vi más calmada volví a hablarle dulcemente al oído. Nunca en mi vida me he vuelto a expresar tan bien como entonces, nunca han tenido mis palabras tanto calor, tanta ternura, tanto don de convencer, y es que jamás he querido como quise aquella noche. Le hablé de los tormentos de la espera inútil, de la tristeza de la nostalgia, de las lágrimas envenenadas de los celos, cuando la fantasía, para atormentarnos mejor, hace surgir visiones malignas ante los ojos del espíritu... Le hablé de mi alma, que estaba hincada ante su imagen, ofreciéndole, como una sacerdotisa, cuanto hermoso y bueno pueda crear el cielo... Y vi cómo se iban acentuando las sombras de sus largas pestañas sobre las mejillas que habían palidecido... y vi como un fuego misterioso y oculto iba tiñendo suavemente de carmín esa piel delicada y trasparente... y observé cómo se iba inclinando hacia mí su cuerpo esbelto y flexible... Estaba disfrazada de reina de la noche, y con el brillo de sus estrellas de brillantes entre los encajes negros de su traje parecía un dulce enigma, un sueño olvidado de la lejana niñez... ¡Estaba tan bonita!... ¡tan hermosa!... ¡Y por fin llegó el momento ansiado! ¡Vi en sus labios la encantadora sonrisa de mujer que despierta al amor!... Vi cómo alzó lentamente sus largas pestañas y volvió hacia mí con timidez su rubia cabecita... y con toda la ilusión de mi alma esperé su mirada, que yo presentía cargada de promesas...

—¡Jamás he oído una carcajada igual!

—¡No puedo! ¡No puedo! — sollozaba entre risas; y, la cabeza recostada en el sillón, dejó vibrar libremente los sonoros raudales de su risa loca...

¡Dios mío! ¡Sólo un instante un rostro humano! ¡Que ella vea sólo durante un minuto mi rostro verdadero! Pero mientras yo mordía mis labios, mientras rodaban lágrimas por mis calenturientas mejillas, mientras temblaba todo yo de nostalgia y de ira, ella, esa máscara idiota, ocupaba mi lugar, con sus ojos, su nariz y su boca impecables, con su imbécil y trágica inmovilidad.

IV

Las alegres voces de mis compañeros resonaban vibrantes en las calles dormidas.

—¡No te quejarás del éxito que has tenido! — me dijo uno. — ¡Nunca he visto reírse tanto!... ¡Pero qué te pasa?... ¡Te has vuelto loco?... ¡Rompe tu traje?... ¡Chicos!... ¡Está llorando!...

OBSEQUIO

Dos grandes productos nacionales

KALISAY



es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.

El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 mn. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cía., Lda. (S. A.)

24 de Noviembre 480, B. Aires.

Después de recibir el Estuche que anuncian, acompaña \$ 0.50 centavos.

Nombre

Domicilio

Localidad

F. C. Provincia

F. M.

bieran nublado de repente el maravilloso sol de un día de septiembre... Una risa vibrante la sacudía toda y ponía también resplandores de sol en su bello semblante; pero ese sol para mí era un sol que ardía, un sol cruel y devorador.

—¡Con que es usted! — articuló, luchando por vencer su risa. — ¡Dios mío, qué gracioso está usted!

Entonces comprendí... ¡la maldita careta! Incliné abatido la cabeza, me dejé caer en un sillón y una cruel desesperación se apoderó de mí... Ella, mientras tanto, queriendo recobrar su serenidad, se puso a contemplar con atención a las parejas que pasaban bailando y evitaba el volver la cabeza hacia mi lado.

me la ha prometido, y de repente me la vuelve a quitar con crueldad inmotivada... Dígame por favor: ¿por qué no vino usted hoy?

Y ella volvió hacia mí la cabeza y por un instante vi una gran dulzura dibujada en sus labios bondadosos; vi una tierna compasión en sus ojos azules... pero sólo fue un instante... después, sin consideración alguna, estremeciéndose toda, soltó una carcajada ruidosa e interminable.

—Pero mírese en aquel espejo... allí, detrás de usted... ¡Dios mío! ¡Qué gracioso! ¡Qué gracioso! — logró proferir trabajosamente, casi ahogándose, mientras se secaba unas lágrimas con su pañuelo de encaje...

La frente arrugada, los dientes

No siempre mata la muerte

Por Sara Insúa

—¿Qué es esto?

Formuló la pregunta en una voz tenue, con timidez.

Respondió él, después de un leve titubeo:

—Un sitio donde estarás muy bien atendida, donde yo te veré todos los días y donde nadie vendrá a buscarte.

Celia fué posando la mirada triste de sus ojos hinchados en diferentes puntos de la habitación: en la cama de hierro esmaltado en el mismo color, en el suelo de mármol blanco, en las sillas igualmente blancas, e instintivamente se arrebujó en el abrigo como si aquella blancura le hubiese producido frío...

Jorge continuó:

—Debes tomar algo. ¿Qué te mando traer?

Y ella, por no desirarle:

—Leche... Comer no podría.

Se le acercó él con mimo afectado:

—Bueno, hijita, pues hasta mañana... Duerme tranquila... Aquí estás perfectamente... Confía en mí... No temas... Y, sobre todo, no llores.

Y tras un beso tibio, que ella no correspondió, salió de la habitación.

No era necesaria la última recomendación. Celia no lloraba ya. Por el momento el manantial de sus lágrimas se había agotado. La resignación la envolvía como un sudario, y hasta lo tormenta de su cerebro habíase apaciguado.

No pensaba. No recordaba el pasado tan reciente, no la atormentaba el recuerdo de su caída, y la herida causada por el terrible engaño que le siguiera no le dolía ya. También había cesado aquel dolor último que le desgarró el alma al abandonar la casa paterna.

Estaba al fin tranquila, y la esperanza, la piadosa esperanza, amiga de los desgraciados, le mostraba, sosteniéndolo en sus brazos ingravidos, un guerubín blanco y rosado. El sentimiento de la maternidad, innato en ella, invadía su corazón sin dejar sitio a ningún otro.

Su hijo, aquel pobre ser que no iba a tener nombre, era ya su consuelo, su razón de vivir, y hasta de "haber vivido". ¡Ah, cómo lo daría todo por bien empleado, el desengaño, su deshonra, el dolor de los padres, cuando lo tuviese en sus brazos!...

Sonaban fuera, acercándose, unos pasos menudos. Celia, que se creía en un hotel, esperaba ver entrar a una camarera.

Quedóse perpleja al ver en el umbral las tocas albas de una monjita. Pero rápidamente, relacionando la blancura obsesionante de aquella habitación y la de las tocas, adivinó. ¿Cómo no lo había sospechado siquiera? Jorge era médico, dirigía un hospital, aquél.

Un escalofrío recorrió su espalda.

La hermanita, ligera y sonriente, había penetrado en la habita-

ción, y saludando con un "buenas noches" amable colocó la bandeja servida en una mesa, y, solícita, preguntó:



—Hombre! Necesitas tomar más precauciones. Siempre dejas la ventana de tu cuarto abierta... Anoche vi como abrazabas a tu mujer.

—¿Cómo!... ¡Pero, si anoche no dormí en casa!

TOQUE

¿Do está la enredadera, que no tiende como un penacho su verdor obscuro sobre la tapia gris? La yedra prende su triste harapo al ulcerado muro.

¿Do está el césped gentil, que no tapiza la tierra en torno del desierto albergue? Cual ralo vello que el pavor eriza, salvaje esparto en derredor se yergue.

¿Do está el árbol simbólico y risueño, que un tiempo fué para el lacerto jira, para el ave palacio, para el sueño canción de arrullo y para el viento lira?

Tronco desnudo, bajo el doble azote de la lluvia y del ábrego se eleva: aguarda aún que de su costra brote arrollada y derecha la hoja nueva.

Y abierto en cruz como en señal de duelo, semeja, en medio de la yerba lacia, un esqueleto que levanta al cielo sus secos brazos, implorando gracia.

¡Oh, linfas gratas al saúz doliente! ¡Cuán lentas, cuán mermadas, cuán distintas, cuán lánguidas os miro al sol poniente, de cuyas luces reflejáis las tintas!

¡Cuál se arrastra en el fondo del barranco vuestra corriente, por las piedras rota, bajo el vapor que, como el humo blanco del perfumero, en el santuario flota!

¡Oh, infausta soledad, que eres ejemplo de mudanza y dolor! ¡Con qué sombrío, con qué punzante júbilo contemplo, ¡ay!, que tu cambio corresponde al mío!

Salvador DIAZ MIRON.

—¿Cómo se encuentra, señora?

—Figúrese... — respondió Celia ambiguamente.

La hermanita tuvo una sonrisa de piedad, mientras arreglaba la cama.

—La ayudaré a acostarse y tomará la leche en la cama. ¿Quiere? Debe usted descansar.

Dócilmente, Celia se dejaba desnudar por las manos ágiles y sutiles de la monja, que parecían no tocar las telas. Eran manos hechas a propósito para manejar enfermos, o tal vez muertos.

ECZEMAS
use
PASTA VASENOL

—¿Hay muchos enfermos? — inquirió.

—Pocos — respondió la hermanita—. Gracias a Dios, que ilumina a los doctores, va extinguiéndose esta enfermedad.

Celia quedó un instante desorientada. Por lo visto, en aquel hospital se trataba una enfermedad única. ¿Cuál podría ser?

—¿Y se sufre mucho, hermana? — volvió a preguntar.

La hermanita, dulcemente, lentamente, respondió:

—Dios da a sus hijos la resignación necesaria, y la ciencia tiene lenitivos...

Celia empezaba a sentir oprimida su garganta por la garra del terror. ¿Qué enfermedad terrible e incurable era aquélla? ¿Y cómo saberlo? Aquel miserable que la había conducido allí, engañándola una vez más, habría dicho a la hermana que ella era una enferma.

—Y yo, hermana, ¿padeceré mucho?

—¡Oh, yo no sé!... Pero usted no parece tener esa enfermedad... No se observa ninguno de los síntomas que presenta la lepra...

Celia lanzó un grito, y desorbitados los ojos, se echó atrás, extendidas las manos crispadas como para apartar de sí el espantoso fantasma del terrible mal.

Luego, con expresión de locura y la voz opaca, susurró:

—¡Lepra!... ¡Aquí!... ¡Lepra!

La hermanita, aterrada, temía por la razón de aquella pobre joven y esperaba oír la carcajada trágica. Pero de pronto la vió llevarse las manos al vientre exhalando un gemido de dolor. Después, caer en el suelo retorciéndose.

Cuando, un mes más tarde, estuvo repuesta, Jorge Larregui le dijo:

—Te he encontrado un asilo donde estarás muy bien.

Ella, sin mirarlo, respondió:

—Mi hijo me ha abandonado. ¿Para qué ir a ningún sitio? Aquí estoy perfectamente. Déjame de enfermera... Tal vez Dios me perdone...

Y se quedó en el hospital de lazarenos ayudando a las buenas hermanas, pero con más celo, con más interés, ofreciéndose cada día a la Muerte con un gesto de heroicidad sublime. Pero la Muerte, que se llevara a su hijo sin dejarle ver la luz la rozaba con su hálito frío sin envolverla en él.

¿Cómo pudo ser? Un día Jorge Larregui fué encontrado muerto en su despacho del hospital. La causa del suicidio la explicaba una terrible marca en su brazo derecho. El doctor se había inoculado y sentido sin ánimos para soportar el mal, que tanto había combatido.

Al día siguiente abandonó Celia el hospital. Tenía veinticinco años, y la Muerte, que acababa de vengarla de su infame seductor, le mostraba con una sonrisa humanizada la ancha puerta de la Vida, pareciendo decirle:

—Aun puedes vivir.

Los atrafagados peatones que hormigueaban por la calle de Bolívar—cruzamiento con la avenida del 16 de Septiembre—cerca de la una, o de las trece, como se dice ahora, en día magnífico y de trabajo volvían, curiosos, la cabeza hacia el grupo que formaban dos hombres abrazados efusivamente.

—¡Dichosos los ojos!

—¡Caramba, Perico!

Dábanse mutuas y recias palmas amistosas en la espalda sin enterarse bien de que estaban obstruyendo el tráfico. La calle hervía de animación, con ese ejetreo peculiar del mediodía en el riñón capitalino. Estridor de sirenas de los automóviles impacientes, timbrazos de los tranvías henchidos de pasajeros, casi todos con hambre. Hora feliz de la salida de los empleados en oficinas y almacenes. El ambiente es cálido, porque es Primavera. Todavía pasan algunos señores de jaquet, reminiscencia de la época porfiriana, y son los que sudan más. Las muchachas, un poco pálidas, piensan en la sopa caliente y en la costilla de carnero. Algunas llevan una flor natural entre los senos precarios.

—¡Pero hombre, Enrique! ¿Alguien me contó que te habían fusilado en Gómez Palacio?

—¡Pues lo mismo me aseguraron de tí!

—¡Qué barbaridad!

Rieron de buena gana. Eran dos hombres maduros, pero jóvenes. Podían tener la misma edad, con escasa diferencia. Perico era más robusto que su amigo, según el aspecto, y se tocaba con un sombrero texano color beige. El otro ostentaba un borsalino a la moda: "de Sonora a Yucatán"... Ambos bien vestidos y de gallarda postura, aunque en sus rostros se dejaban ver los vestigios penosos de las campañas a la intemperie, entre el agua, bajo el sol inexorable. Vida desastrosa de soldados irregulares, improvisados, engreídos con el ideal de una guerra civil que los sociólogos estiman como saludable pero que a la nación le resulta dolorosa.

Carranza se había consolidado en el poder. Pedro Dosamantes, que había sido leal a la causa "constitucionalista", conquistó fácilmente el generalato, y acababa justamente de llegar a la metrópoli después de idas y venidas y de múltiples andanzas. Enrique Guerra había tenido menos fortuna, pues militó en el campo villista, pero se acogió oportunamente a una generosa amnistía después de los desastres de Celaya y Trinidad. No se arrepentía, claro, porque pudo realizar algunos buenos negocios a la sombra de sus antiguos amigos—todos eran, en suma, del mismo origen revolucionario—y continuaba haciéndolos, sin responsabilidades de carácter militar.

—Vamos a tomar una copa—propuso Pedro.—Parece que estamos estorbando el paso.

Efectivamente. Los peatones que se precipitaban a tomar "su tren", empujábanlos con un empujón que era indispensable en el apresuramiento y que ellos no tomaban a mal. Se dirigieron, pues, cogidos del brazo, a la próxima cantina.

—¿Vamos a Sylvain?

—No, aquí luego.

Penetraron. El bar era carro más completo que los "Roma-Piedad", que pasaban henchidos, con los pasajeros colgados de las correas del techo para no perder el equilibrio. Hora del aperitivo seductor. Con-

F A T U M

(Cuento mejicano)

Por Luis Delatour

tra el mármol de las mesas chocaba el marfil del dominó y el cristal de las copas llenas. Gritaban los mozos de servicio. Corrían de un lado a otro los cantineros, tras de la barra, manejando hábilmente las botellas varias, que agitaban, a propósito, antes de servir para que el líquido hiciera burbujas.

Los dos amigos eligieron una mesa del fondo, más apartada del ruido. Pidieron de beber.

—Yo, un coñac.

—No, —dijo Enrique. Que nos den una botella. ¡A ver! —al mozo —dile a Cándido que nos mande una botella de Martell.

Vino el coñac acompañado de copas y un sifón. Enrique sirvió el licor dorado.

—¡Caramba! Te estoy viendo y no lo creo. ¿Quién me había de decir que tendrías hoy un gusto tan grande?

—¡Y a mí! A tu salud, hermano. Por el recuerdo de nuestros días del Colegio Militar.

Enrique se quedó suspenso, con la copa en el aire.

—Es verdad —dijo. Por aquellos venturosos. ¿Recuerdas que cuando éramos simples alumnos y estudiábamos en el mismo texto de Algebra, juramos un día morir juntos, en la misma acción de armas, heroicamente?

—¡Cómo no me voy a acordar! Soñábamos en ser unos Napoleones. Por eso cuando me dijeron que te había fusilado Murguía, pensé que no podríamos ya cumplir nuestra promesa, aunque algo secreto me avisaba que nos volveríamos a encontrar otra vez.

—¡Salud, mi hermano!

Bebieron. Una hora después, la botella de brevete azul estaba po-

co menos que vacía. Los locuaces compañeros eran lo que se llama en nuestro romance. "dos buenas firmas".

La cantina se había vaciado casi por completo. En alguna mesa quedaba un empedernido "cuarto" de dominó, silencioso, con ese silencio majestuoso que es alarde de orgullo del jugador formal. Los dos amigos estaban achispados.

—Yo ya te conté mi historia completa —dijo Pedro. ¿Y tú?

Enrique movió la cabeza con aire melancólico.

—¡Bah! No vale la pena contarla. Hay una novela en mi vida que me ha hecho perder la fe en todo. Yo ya no creo en nada ni en nada.

—¿Ni en la amistad?

—Perdona, Perico. Amistad como la nuestra, es rara. De todos modos, la amistad de un amigo sincero, vale más que el amor de una mujer.

—¡Ah, vamos! Hay una mujer...

Urgido por Pedro, Enrique Guerra tuvo que hablar.

—¿Tú no conociste a Ana María? No, no la conociste. Ya estabas entonces en Coahuila. Vivía en casa de las Zúñiga y era de Guadalupe, pero de veras tapatía, no como dicen tantas que lo son, para presumir. Sólo había que verla para convencerse. Hermano, qué ojos de terciopelo negro, pestaños, adormilados... ¡Y qué cuerpo de odalisca! Y qué voz de campanita de oro. Su voz es lo que menos podré olvidar.

—¡Vaya mujer!

—Me volvió loco. Ya sabes que no me gusta andar por las ramas. Me la robé, hermano, una noche, en el Packard de nuestras aventuras. Y como por esos días el Jefe

me mandó llamar al Norte, la llevé conmigo. Por cierto que me dió algunos quebraderos de cabeza. A un "dorado" del General lo dejé cojo de un balazo porque andaba encaprichado tras de ella.

—¿Y qué pasó por fin?

—Verás, Fué en Torreón...

Enrique suspiró, sin poderlo evitar. Levantó su copa. La apuró de un sorbo.

—Fué en Torreón, donde estaba esperando órdenes. Yo no sospechaba nada. Una tarde, al volver a nuestro departamento del Hotel Salvador, no la encontré en su cuarto. Qué raro, pensé. El administrador me dijo, entonces, que la señora había entregado la llave y había salido en compañía de un tipo muy conocido en la ciudad. Un gachupín algodonero, rico, gastador y amigo de la juerga.

—¿Se escapó para siempre?

—Hasta la fecha. Ni una palabra de adiós, ni un recado. ¡Y estábamos en plena luna de miel, según decía!

—¿No volviste a saber nada?

—Como si se la hubiera tragado la tierra. Me hirió tan profundamente, que me toco aquí, y todavía me duele como si fuera una cicatriz de poco tiempo. Me dí a la copa, para olvidar. Me saqué a una linda muchacha chihuahuense, de pomada. Me enredé con muchas mujeres para calmar la pena, pero ¡qué va! Tal vez no sólo por amor, sino porque me lastimé en mi orgullo de hombre... —¿por qué no decirlo? —de hombre "bien", de macho, no he podido olvidarla, ni la olvidaré nunca. ¡Cómo he recordado las palabras que me dijo Blanca una vez — Blanca, ¿te acuerdas? el viejo amor...

—Sí. ¿Qué te dijo Blancucha?

—Me la sentencié, hermano. Algún día —me dijo llorando— algún día pagarás lo que haces conmigo. Dios no lo quiera, pero otra mujer te hará sufrir lo que tú me has hecho a mí. Y se cumplió la sentencia...

Luego, cambiando de tono, que se notaba ya trémulo, gritó:

Las FLECHAS

dicen lo que representan para muchas personas las famosas

Pildoritas REUTER

las que con su eficacia como regularizador intestinal, hacen desaparecer los múltiples trastornos orgánicos que provoca el estreñimiento.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Dep. ILLA & Cía. • Maipú, 73 • Buenos Aires

—¡Cándido, mándanos más coñac!

Pedro estaba realmente conmovido.

—¡Esas mujeres! — dijo. Vino otra botella. Enrique, con el pulso un poco tembloroso, llenó las copas.

—Desde entonces, todo acabó para mí. Gano lo que se me antoja, te lo confieso, pero ¿de qué me sirve? ¿Para qué, con qué objeto? Si trabajara para ella, para cubrir la de joyas y de sedas, para comprarle automóviles, para levantarle un palacio suntuoso en el Paseo de la Reforma... Gasto la moneda con las muchachas, pero no le tomo sabor.

—A propósito — dijo Pedro—. Ni tú ni yo hemos comido. Vamos a comer a casa de unas amigas. No quiero que te entristezcas, el mismo un día que nos volvemos a ver. Un clavo saca otro clavo...

—Este clavo, no. Lo remacharon tan bien, tan hondo, que si me lo sacaran, tendrían que sacarlo con todo y corazón.

—¿Lo ves? Te ponen mal los recuerdos. Déjalo, hombre. Mira. Angelina — tú no la conoces — tiene muy buenas amistades. Te divertirás. Nos divertiremos, porque ya me entristeciste también, hermano.

—Tomaremos otra copa...

—No, allá hay todo. Vámonos.

Pagaron la cuenta. Cuando salieron a la calle, se sorprendieron un poco. Eran más de las tres, quizá las cuatro, a juzgar por el sol que derramaba sobre la ciudad ese oro de tinte vespertino—entre amaran-to y oro—sol del ambiente lúcido de los lienzos del Ticiano, sol de Anáhuac, mágico y rutilante, que espejó en las antiguas acequias mexicanas y que ilumina hoy las fastuosas rúas surcadas por autos relucientes. Tomaron un coche.

—¡Calle de Durango! — ordenó Pedro al chofer.

Angelina era una mujer que sabía hacer las cosas según la experiencia que suponen veinticinco años de galantería activa, y más de diez de oficios amables que los amigos sabían estimar y pagar. La revolución le había dejado pingües ganancias. Desde la época tormentosa del "indio" Huerta, la casa de Angelina había sido panino de muchachas bonitas y hervidero de generales. Más de algún ministro pernoctó allí, bebió y repartió besos y "centenarios" entre las amigas complacientes.

Allá fueron Pedro y su camarada.

—Verás — le había dicho en el camino — qué chiquillas tan agradables. Te reservo una sorpresa.

Angelina les recibió con amabilidad de caramelo.

—Pasa General. Pase usted, señor.

Pedro hizo las presentaciones.

—Esta es su casa, señor Guerra, y yo, una humilde servidora. ¿Van a comer, General?

—Que nos hagan cualquier cosa, porque es un poco tarde. Dile a Pinocho que traiga coñac.

—General, muchas gracias por los rollos que me mandaste. Están muy bien — dijo Angelina.

—¿Los mandaron ya? Me alegro. Trajeron también la Sonata?

—Como que apóche la tocamos varias veces.

—Pues vamos a ponerla.

—Bueno, mientras yo llamaré a Gloria y a Celia.

Los amigos penetraron a la salita llamada pomposamente el "estudio". Bastaba echarles una mira-

da encima para comprender que estaban más que "alegres", pero continuaron bebiendo mientras la dulce sonata del Claro de Luna des-envolvía sus motivos melancólicos.

—¡Hermano, otra copa! ¡Esta

le presente a unas amiguitas...

El hombre se detuvo en seco, sorprendido. Una intensa palidez le cubrió instantáneamente el rostro.

—¿Tú?

Se dirigía, recto, agresivo, dra-

Fantasia contenta con amor decente

Detente, sombra de mi bien esquivo, imagen del hechizo que más quiero, bella ilusión por quien alegre muero, dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo, sirve mi pecho de obediente acero, ¿para qué me enamoras lisonjero, si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho de que triunfa de mí tu tiranía; que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía, poco importa burlar brazos y pecho, si te labra prisión mi fantasía.

Juana Inés de la CRUZ.

música me trae tantos recuerdos de ella! Ella la tocaba con mucho gusto.

El sol de la tarde, que penetraba por la ventana abierta encendía en topacios vivos los cristales colocados sobre la mesa. Sonó un timbre. Voces de mujer. Pedro, sentado a la pianola, continuaba pedalando sobre la dulce queja beethoveniana. Enrique se levantó, movido por la curiosidad.

—Señor Guerra, permítame que

mático, hacia una de las muchachas recién venidas.

Ella retrocedió, atemorizada.

—¡Enrique!

Enrique tenía en los ojos una lumbre de ira. Avanzó, la gogió por el cuello.

—¡Señor Guerra! — gritó Angelina. Señor Guerra, esta muchacha es Gloria.

—Esta mujer es Ana María. Cambió de nombre, pero no de alma. Es una...

UNA HISTORIA HUMILDE

Había sido una sirvienta excelente; pero ya su memoria, empezaba a flaquear. Ahora, la señora tenía razón en rezongarle: se olvidaba mucho, y se cansaba demasiado.

Desde que su novio la dejó por otra compañera de trabajo, habíase vuelto un poco más silenciosa y distraída... Sin embargo, en las mañanas muy alegres, cantaba.

Embriagábase de luz en la azotea, mientras lavaba la ropa y sacudía sus manos entre una montaña de espuma, como un cardador de lana. Solía reírse los domingos, cuando regresaba después de su salida semanal, de algún cinematógrafo vecino. Pero casi siempre, era callada y seria.

Apenas sabía leer las cartas que unos parientes lejanos, le enviaban desde España y que ella guardaba en la caja de su dinero.

No conocía más placer que el de estar sola en su cuarto, sin que nadie la viera, sin que le reprobasen nada.

Algunas veces, sentía necesidad de contar algo que le había pasado, pero se contenía: ¡Estaba tan cansada de que no la escucharan!

Cuando se sintió morir, un martes de octubre, llamó a su patrona para regalarle sus cartas y uno o dos retratos, que la señora recibió disimulando su desagrado. Se murió con una sonrisa en los labios. Aquella sonrisa tenía algo de hoja caída... Era como si pidiera excusas por tener que morir y no poder cumplir con su trabajo de todos los días.

Pedro Miguel OBLIGADO.



—Me parece que se está comiendo varias letras.

—Qué quiere. Cada vez que escribo HIERRO QUINA BISLERI me entra un apetito bárbaro y tengo que comerme algo.

Ana María gritaba pretendiendo inútilmente desasirse de las garras del hombre enfurecido. Angelina gritaba. Celia — ¿quién sabe si tampoco se llamaba así, verdaderamente? — lanzaba gritos agudos.

Calló la Sonata. En el marco de la puerta apareció Pedro, que abarcó en un segundo la escena.

—Pedro, ¡defiéndeme! — gritó con voz ahogada Ana María.

—¡Déjala, Enrique! Es mi amor. ¡Es la sorpresa que te reservaba!

—¿Sabes tú quién es? — clamó Enrique volviendo la cabeza sin soltar la bella garganta.

—Pedro, ¡sálveme! — suplicó. perdida ya, Ana María.

—¡Suéltala, te digo!

—¡No la suelto!

—O la dejas, o...

Desenfundió su pistola, ciego también de ira. Enrique hizo, precipitadamente lo propio. Sonaron dos tiros, casi simultáneamente. Y cayeron los dos hombres. Pedro de bruces sobre la mesa—ya arreglaba para la frugal colación—con una herida en el cuello, de la que manaban borbollones de sangre. Enrique sobre una silla con un balazo en el pecho. Apenas pudo articular con una mueca amarga:

—Habíamos jurado morir juntos...

—Sí... — dijo el otro.

Y se desplomó para no levantarse más.

El destino se cumplía crónicamente, como para burlarse, así, de los hombres, tan frágiles, y de la vida, tan absurda.

Inexplicable

—No entiendo esto, papá. El maestro nos ha dado este ejercicio para hallar el máximo común divisor.

—¿Cómo es eso? ¿No lo han encontrado todavía? Lo buscaban ya cuando yo iba a la escuela.

Escenas parisienses

Llueve. Mi amigo y yo soportamos el agua menuda y pertinaz que el cielo nos envía de soslayo, seguramente para bañarnos mejor el rostro con el frescor de sus gotitas.

A través del velo inconsistente que forma la lluvia fina y como tamizada, la Ópera, allá al fondo, se siluetea esfumada y brillante bajo la caricia pluvial.

La ancha y hermosa Avenida parece pavimentada de cristal. Los automóviles ruedan silenciosos sobre ella reflejándose en el asfalto mojado como sobre un espejo gris y se alejan llevándose veloces su imagen invertida.

La lluvia intempestiva no ha logrado dispersar el hormiguero humano. Aquí nadie le teme al agua. Bien es verdad que cada cual va provisto de una prenda o de un utensilio con que defenderse de ella.

Yo, en cambio, voy aguantando a cuerpo limpio la bendición del cielo, bendición ¡ay! que dejaré mi pobre sombrero nuevo alicaído. Esto, que sería una catástrofe para mí, me pone de un humor de perros. Mi amigo optimista eterno no comprende el porque de mi mal humor. El va enfundado tan ricamente en un impermeable verdoso y flamante que recruje como si fuera de raso, y me mira un tanto compasivo e irónico. Al fin lo decido a seguirme hasta un café cualquiera donde yo pueda sustraer mi sombrero a las húmedas iras celestes.

Una damita elegante, alta y frágil, camina ante nosotros, guarecida bajo un sedero *tom-pouce*, a pasitos menudos y atentos, como queriendo evitar charcos imaginarios. Mi amigo, incansable perseguidor de mujeres y de fracasos, me obliga a seguir de cerca el contoneo gracioso y eufónico de la muchacha.

—¡Qué lástima!... — me dice con los ojos encandilados. — Qué lástima que no haya un metro de agua para que tuviera que recogerse la falda como hacían antes las mujeres cuando las llevaban largas... — Y cada vez más cerca de ella sigue: — Fíjate que coqueta, si mira al suelo no es más que para irse viendo la cara. Yo también quiero vérsela... ¿Quieres que le diga que te cubra con su paraguas?

Yo que sé que el bárbaro éste es capaz de todo procuro distraerlo empezando una de mis especulaciones favoritas:

—¡Bah!... — digo. — Tu sueñas, pobre Velarde. La mujer francesa es frívola, egoísta... no tiene corazón y...

No he ido yo más lejos en mi disquisición, naturalmente en español y creyendo que la pregunta francesita no iba a entenderme, cuando ésta, dejándonos de una pieza, se vuelve y sonriendo me dice en un castellano ceceante y cantarino:

—¿Permite usted que lo tape con mi paraguas?

Mi amigo, parándose en seco, me tira de la manga y no puede retener un ¡atiza! rotundo y sonoro. Yo me quedo boquiabierto, menos de sorpresa ante el giro inesperado que toma la aventura que de admiración al ver el palmito de mi interlocutora. Atiza, sí, atiza, como ha dicho Velarde. Porque esta morena es guapa de verdad con sus ojos inquietantes y almenados y su boca irónica y sensual que encuadran dos hoyuelos deliciosos, en las mejillas.

Al cabo puedo reponerme un poco de mi turbación y le contestó:

—¿Por qué no señora? ¡Encantado! Lo que siento es no poder ser yo el que se lo ofrezca...

—Pues para que usted vea, — me dice poniéndose a mi lado y cubriéndome gentilmente, — soy yo: una mujer de las sin corazón.

—¡No! ¡No!... — protesto con viveza. — Usted si tiene corazón puesto que no es francesa...

—¿Que yo no soy francesa? Y ¿quién le ha dicho a usted eso?

—Nadie... — digo confuso. — Pero... ¡vamos! eso se ve en seguida...

—¿En qué?

—En sus ojos, en su porte, en su manera de hablar...

—¡Pues está usted fresco! — dice castizamente.

—Claro que está fresco — tercia mi amigo en su inveterada manía de cultivar el chiste. — ¿No ve usted que empapado lo ha puesto la lluvia?

Ella sonríe. Una sonrisa que descubre en un alarde de blancura la sarta de sus dientes agudos y felinos.

—Ahora — digo yo insinuante, — me secaré. Con que usted me mire un poquito nada más... así... ¡Ní el mismo Sol!...

—¡Uy! — dice riendo francamente ya. — Galante, poeta, exagerado y embustero... Usted sí que no puede negar que es andaluz... Pero ahora — sigue con picardía — en castigo de lo del corazón, no lo miro...

—Pero si usted tampoco puede negar que es de mi tierra, en la sal...

—Le digo que está usted fresco.

—Pues, entonces ¡míreme!...

Y me mira, me mira con gachonería, envolviéndome en el mismo dulce y travieso de sus

ojos endrinos. De pronto, cogiéndose con des-
envoltura de mi brazo, dice:

—Pero vámonos de aquí, que estamos interrumpiendo la circulación.

—¿A donde vamos?

—Donde usted me lleve... — murmura. Luego, muy bajito, estrechándose contra mí. — Tenemos que arreglar cuentas sobre eso del corazón...

Y ante la muda interrogación que me hacen sus ojos mirando a mi amigo como algo inoportuno y engorroso, la tranquilizo:

—No se preocupe usted por él. ¿No ve que hermoso impermeable lleva?

Y deteniendo con un gesto un taxímetro que pasa le grito a Velarde que se queda pegado a un farol boquiabierto y defraudado:

—¡Adiós, Pepito, que voy a calentarme!...

J. QUESADA NOFUENTES.

París.

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la **CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA** del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.

2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).

3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

La tienda de juguetes

Por J. G. Abascal

La condesa de Z, fué, durante mucho tiempo, una de las figuras más notables de la sociedad aristocrática de X. De origen criollo, su hermosura era espléndida; de riqueza cuantiosa, no sentía timideces para gastarla, y como su enlace con el conde la había dado elevada posición social, no era extraño que desempeñase tan brillante papel dando espléndidas fiestas y haciendo de sus salones los más notables de la capital.

Nada se podía reprochar a la condesa, que dotada de gran talento y de un tacto exquisito, sabía, sin violentarse mucho, detenerse en límites en donde no podía penetrar la murmuración. Sólo tratándola íntimamente se podía notar el gran defecto de aquella mujer, su falta de corazón.

No vivía más que para el público, para la galería, para la exterioridad. Dentro de su alma, ni un sentimiento delicado; dentro de su hogar, ni un goce íntimo. Su esposo, convencido al poco tiempo de la frialdad de aquella mujer, que se había casado con él sólo por la vanidad de llevar el título, tomó la resolución filosófica de disfrutar del dinero que había recibido en cambio de sus blasones, sin meterse en interioridades, siendo en su casa un convidado más.

Habían tenido en los primeros años de su matrimonio una niña, que no despertó en el corazón de aquella mujer el sentimiento sublime y delicado de la maternidad, porque aquel corazón estaba muerto.

La niña no fué en la casa más que un objeto de lujo. Las amas que la conducían eran de las más aparatosas que se presentaban en los paseos públicos, y a la nodriza robusta y fuerte, cargada de cadena de oro, collares de coral y botones de filigrana, en traje de vistoso terciopelo, sucedió la más delicada y flexible de las "mises" traída de Londres, donde había sido pedida como un mueble o como un vestido, con la condición de que fuese elegantísima y distinguida.

Y la niña creció como flor de estufa, sin más cariño que el ardiente que la profesaba la doncella que había sido puesta a las órdenes de la "miss" para cuidar de aquella criatura.

Pero esto no bastaba para un corazoncito tierno y delicado como el que Dios había puesto, por singular contraste, dentro del cuerpecito de la hija de los condes de Z, y la niña languidecía visiblemente, hasta el punto de que su madre fulminó contra ella la más terrible de las sentencias que podían salir de sus labios.

— ¡Jesús! — dijo uno de los varios días que la contempló detenidamente cuando la volvían de paseo. — Esta chiquilla se está volviendo fea.

¡Fea! La pobre no lo era, pero faltaba en sus mejillas el color sonrosado que brota al roce de los besos maternos; sus cabellos de color de oro pálido no tenían las ondulaciones que les prestan los dedos de la madre cuando se enlazan cariñosos en ellos; faltaba en sus labios el rumor de las canciones, y

en sus ojos el brillo encendido por el cariño.

Era, en medio de la opulencia que la rodeaba, una niña triste, como el huerfanito abandonado en medio de la calle; y la tristeza, la enfermedad del alma, se tomó como padecimiento físico, dándoles a los más reputados doctores la misión de combatirla.

Y como la niña no necesitaba medicinas, sino caricias; cuidados artificiales, sino besos, murió cuando menos se pensaba, una noche en que su madre estaba ya vesti-

al fin, que alegraban aquel triste recinto.

Ordenándolas se hallaba la que había sido doncella de la niña y continuaba en la servidumbre de la casa.

— ¿Habría habido algún arrepentimiento tardío en el corazón de aquella madre? — me dije. — ¿Le habrán hecho penas y desengaños pensar en la hija muerta más que pensó en la hija viva? Y para salir de dudas me acerqué a la doncella, que me reconoció como una de las visitas de su ama.

UNIDAD

No, madre, no te olvido;
... mas, apenas ayer ella se ha ido
y es natural que mi dolor presente
cubra tu dulce imagen en mi mente
con la imagen del otro bien perdido.

Ya juntas viviréis en mi memoria,
como oriente y ocaso de mi historia,
como principio y fin de mi sendero,
como nido y sepulcro de mi gloria;
¡pues contigo, nací, con ella, muero!

Ya viviréis las dos en mis amores
sin jamás separaros;
pues como en un matiz hay dos colores
y en un tallo dos flores,
en una misma pena he de juntaros!

Amado NERVO.

da para ir a un baile, al que de ninguna manera quería faltar.

— Enciérrense ustedes en el cuarto de la niña, — le dijo a la "miss" y a la doncella, que la llamaron en el terrible momento, — y que nadie sepa que la niña ha muerto hasta que yo vuelva.

Y así se hizo, y hasta que al clarear el nuevo día la señora volvió del baile, donde habían deslumbrado más que nunca con su lujo y su belleza, no se dió la noticia de que la niña había muerto.

El entierro fué, como todo lo que se hacía en aquella casa, de extraordinaria pompa. Los lacayos vistieron la librea de gala, como para los bailes grandes; el diminuto ataúd de raso blanco desapareció bajo un montón de flores cuando fué colocado en el lujoso coche estufa, y el mausoleo que por encargo de la condesa labró en el cementerio uno de los más renombrados escultores para encerrar el cuerpo de la niña, fué una maravilla de arte.

Había pasado algún tiempo desde la muerte de la pobre criatura, y un día de Todos los Santos que yo visitaba el cementerio me sorprendió ver su sepulcro lleno de flores. Era artificiales, pero flores,

y cuanto la rodeaba y entregada por completo a la tarea de formar ramitos con las flores que en gran cantidad tenía sueltas sobre la falda. De pie, a su lado, se hallaba una mujer más joven que ella y vestida con el decoro de una criada distinguida. La insistencia con que esta mujer me miraba llamó mi atención, y al acercarme a ella ví, con sorpresa, que me saludaba.

— ¿Ya no me conoce el señor? — dijo con una triste sonrisa.

— ¡Justina! — exclamé reconociendo a la antigua doncella de la niña de la condesa de Z.

— La misma, — contestó llevándose un dedo a los labios y señalando con melancolía a la anciana, que sin enterarse de nada continuaba engolfada en su tarea de arreglar las flores.

Quedé absorto al fijarme bien en aquella señora y reconocer en ella la arrogante y espléndida condesa de Z, que fué astro brillante en los salones de la corte. Justina, llevándose aparte sin perder de vista a su señora, me contó rápidamente una triste historia. Después de la muerte del conde, la señora se había ido a Cuba, donde estaba lo principal de su fortuna, y allí había sufrido dolorosas contingencias durante la guerra, quedando poco menos que arruinada y habiendo perdido la razón después del incendio y saqueo del ingenio donde se había refugiado.

Un antiguo amigo de su familia que liquidó lo poco que la quedaba, la trajo a Europa y la estableció en Biarritz, depositando en una casa de banca, de Bayona, el pequeño capital, que la daba para atender a las más perentorias necesidades de la vida de ella y de la sirvienta que le había permanecido fiel. El bullicio de Biarritz y algunos encuentros inesperados de los buenos tiempos excitaron el sistema nervioso de la condesa, y un doctor afamado aconsejó el retiro en aquel tranquilo pueblecito.

La locura de la condesa era muy tranquila, y por un fenómeno singularísimo había recobrado el corazón al perder la razón, consagrando todos sus pensamientos a su hija muerta, a la que creía ver en todas las niñas a la edad que tenía cuando murió. Por eso las esperaba a la salida de la escuela y las acariciaba y adornaba con flores.

Partí de la aldea profundamente conmovido, y al poco tiempo supe la muerte de la condesa. Justina, nombrada por testamento su heredera, recogió el dinero depositado en Bayona y regresó a X, donde se estableció, abriendo, en una de las calles más céntricas de la capital, una tienda de juguetes.

¡Una tienda de juguetes! Era todo lo que quedaba de la colosal fortuna con que deslumbró a X durante muchos años, la hermosa y arrogante condesa de Z.

Y una tienda de juguetes, esto es, un paraíso de los niños, se había establecido en memoria de aquella infeliz criatura que vivió sin cariño y murió sin recibir los besos de su madre.

Llegando de una excursión del pasado estío a un pueblecito de los Pirineos franceses, ví sentada en la plaza pública y frente al edificio que servía de escuela, a una anciana vestida de negro. Su traje era de riguroso luto, y denotaba una exquisita distinción en la que lo llevaba.

La anciana parecía indiferente

Algunas composiciones del libro inédito "Urbe"

La flauta encantada

Cada día pienso: tal vez sea hoy mismo
—¡Ah, si yo pudiera verme en lo más hondo!—
En que ha de extinguirse, pese al fatalismo,
La música triste que suena en el fondo.

De mi ser. ¡Enigma! Su acorde no cesa;
El *por qué* lo ignoro... Y otras veces ¡tantas!
Inquiero, burlado por toda promesa:
Corazón de artista, ¡corazón! ¿tú cantas?

Mas nada consigo saber, sin embargo;
Y así voy andando diariamente el largo
Camino, escuchando, sin fe ni razón.

La mágica flauta que llora y que llora*
Allá en lo profundo del alma que implora
Un sexto sentido, otra comprensión!

Ensayo de égloga

Cielo azul en la mañana.
Frescor de estío en los árboles
Locuacidad de campana.
Miel diluida en el aire.

Arroyo y monte. Balada
De caramillo en las sierras.
¡Oh, viejo sol de la infancia!
¡Oh, perfume de otras tierras!

¡Veinte años! Juventud triste
Del que se siente en lo alto
Claridad, y lo hondo, ría...

Y que al fin tendrá que irse
Sin realizar su soñado
Ideal de amor, cualquier día!

Predestinado

El poeta es un loco viajero
Que con tesón busca lo que no hallará,
Pues su rumbo ha perdido y no sabe
Ni de dónde viene ni hacia dónde va.
No obstante, ilusiones
De un mundo ignorado,
Pero que él presiente que descubrirá,
Lo alientan, lo impulsan, remuevan sus ansias,
Cada día más.

¡Magnífico! ¡Heróico!
Este caminante, único en el sueño y en la inspiración,
Es el que un delirio de aurora y crepúsculo
Lleva en lo más hondo de su corazón.
Ya hace varios siglos que marcha sin rumbo,
Los ojos clavados quién sabe en qué ignota región.
La melena en desorden, como una bandera
Desplegada al viento de la rebelión.

En tanto los hombres que estudian las ciencias
Aún no han podido explicar.
Qué chispa celeste le brota al encaje
De su fantasía, de su imaginar.
Cuando en los jardines más altos de América,
Mirando a lo lejos se pone a cantar.
De ahí que sonriente a los gritos del Crimen,
Bajo la tormenta de Dios que amenaza estallar,
Este visionario levanta la hermosa cabeza
Y prosigue su viaje a través de la tierra y el mar!

Santos AGUILERA

DURANT "65"

VELOCIDAD...

Hace varios años, un automóvil DURANT estableció un record mundial de velocidad.

Más tarde se fabricaron otros coches de la misma marca aún más veloces, pues la organización DURANT ha actuado siempre con distinción en lo que se refiere a velocidad en automóviles.

Si bien la rapidez que se pueda desarrollar en una pista no es apta para la carretera, los automóviles modernos requieren velocidad.

La serie DURANT - seis distintos modelos - provee una nueva clase de velocidad, cuyo alto promedio, permite viajar rápida y confortablemente sin nerviosidad ni peligro.

Ensaye un DURANT "65"; hallará Ud. la misma suavidad de marcha y perfecto control a 20 como a 100 kilómetros por hora.

DOBLE FAETON
STANDARD
\$ 3.140 m/n.



Importadores:
Ditlevsen & Cia. Ltda.
CASA MATRIZ: COCHABAMBA 84 BUENOS AIRES
EXPOSICION AV. DE MAYO 600



Productos de Durant Motors Inc.

GRATITUD

Por Mauricio Dekobra

En la terraza del Imperial Palace tomaba yo mi aperitivo, dejándome llevar por la dulce sensación de no hacer nada. De repente, mi vecino de mesa se acercó a mí y me dijo muy emocionado:

—¡Caballero! ¡Si usted quisiera prestarme un gran servicio!

Creí que se trataba de un sa- blazo y le miré con desconfianza.

El prosiguió:

—Estoy aquí con esa amiguita que ve usted. Pero soy casado y acabo de ver a mi cuñado y mi cuñada que se adelantan en dirección a la terraza... Sálveme sentándose en la mesa de mi compañera. Yo me quedaré solo en la suya; encontraré una explicación cualquiera para ellos... Se lo agradeceré cuando el peligro haya pasado...

La aventura me divertía. Me levanté a mi vez y dije:

—Estos pequeños servicios no se rehusan nunca entre hombres. Cuente con mi discreción.

El desconocido hizo una seña a su linda cómplice, quien me sonrió amablemente. Pasé a sentarme frente a ella, y la compañera del marido infiel murmuró:

—¡Qué mamarracho! ¿No es cierto?... Pero, mírelos, señor... ¡Qué pareja grotesca!

La apreciación severa de mi vecina era bien merecida... El cuñado y su mujer, raramente ataviados, hacían, en efecto, una triste pareja. El arbolaba, bajo su sombrero de paja, una barba en abanico, y un traje de "tussor", mal planchado, cubría su triste figura. La cuñada llevaba ostentosamente un gran sombrero verde almendra y un vestido de muselina color frambuesa.

Mientras que mi vecino, solo en mi mesa, fingía admirar inocentemente las altas cimas de los alrededores, yo me incliné hacia su amiguita, la que no me desagradaba en lo más mínimo, y comencé irónico:

—¿Entonces, se trata de una fuga?... ¿Escapamos a la ventura?...

—Sí, señor. Pero ya se lo había prevenido a mi amigo. Le dije que no viniéramos a Annecy, donde podríamos encontrar gente conocida; pero se empeñó y ya ve usted: nos encontramos con la hermana de su mujer y su marido. Pero gracias a su bondad vamos a salir del compromiso y usted habrá salvado a Eduardo. ¡Qué agradecimiento le guardaremos, caballero!

—¡Ah! Su amigo se llama Eduardo.

¿Y usted?

—Emilia.

¡Atención! Se acercan. ¡Qué divertido esto de engañar a los demás! La pareja subía lentamente las gradas de la terraza. El cuñado me pareció muy antipático y la mujer mucho más desagradable aún. Pasaron cerca de nuestras mesas y entraron en el "hall" del hotel sin haber notado la presencia de Eduardo.

—Parece que no han visto a mi amigo — murmuró Emilia.

—No; no lo han reconocido.

El marido culpable se acercó, y disimuladamente nos dijo:

—Voy a ver si dejan el hotel o

posando dulcemente su mano sobre mi brazo suspiró:

—¡Ah, señor! ¿Cómo podré agradecerle?...

—¡Pero, señora! — repliqué. — Todo el mundo hubiera hecho lo mismo en mi lugar... Por otra parte, yo bendigo al Destino, que me ha permitido de una manera imprevista encontrar una mujer tan encantadora.

Emilia me miraba.

¡Feliz Eduardo! ¡Qué bien había sabido elegir su conquista!

Emilia leyó mi pensamiento en mis ojos. Habíamos llegado al bor-

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
caiga a los golpes del dolor humano,
ligera tú, del campo entenebrido
levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerte
que muda aspira la infinita calma,
oigas la voz de todo lo que duerme
con los ojos abiertos de mi alma.

Hondos recuerdos de fugaces días;
ternezas tristes que suspiran solas;
pálidas, enfermizas alegrías,
sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
se escapará, vibrante, del poeta,
en áureo ritmo de oración secreta
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
suenan mis versos en tu oído atento,
y en el cristal, que con mi soplo empañó,
mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
dirás de mi errabunda poesía:
—Era triste, vulgar, lo que cantaba...
Mas, ¡qué canción tan bella, la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
del coro universal, vívido y almo;
y porque brillan lágrimas ignotas
en el amargo cáliz de mi salmo;

porque existe la Santa Poesía
y en ella irradias tú; mientras disperso
átomo de mi ser esconda el verso,
¡no moriré del todo, amiga mía!

Manuel GUTIERREZ NAJERA.

han tomado habitación. Durante este tiempo, ¿por qué no me esperan al borde del lago?... Yo les encontraré allí bien pronto.

Me encantaba la idea de pasear junto al lago con aquella mujer tan hermosa. Bajamos hacia la orilla atravesando el parque. Bajo los grandes árboles conversamos amigablemente. En cuanto estuvimos lejos de la vista de la terraza Emilia se me acercó aún más, y

de del agua. Una cortina de arbustos nos ocultaba. Emilia, de pronto, rodeó mi cuello con sus brazos desnudos, e inclinándome la cabeza sobre mi pecho, susurró:

—¡Señor, señor!... Perdóneme este arranque de gratitud... Pero estoy tan emocionada pensando en el peligro del que acabamos de escapar Eduardo y yo... Me habría remordido tanto ser la causa de



un drama conyugal... ¡Gracias! Una vez más, ¡gracias!

Su gratitud tomó la forma de un beso que nunca olvidaré.

Bruscamente, casi avergonzada, Emilia se retiró de mí diciendo:

—¡Viene Eduardo!... ¡Cuidado!

Era exacto. El bribón de Eduardo se acercaba a nosotros diciendome:

—Mimí, huyamos pronto... Los parientes visitan las piezas del hotel... Van a instalarse aquí... Ven conmigo; vamos a la estación y tomaremos el primer tren para Chamonix...

Luego, volviéndose hacia mí, me apretó las dos manos:

—En cuanto a usted, mi salvador, yo le guardo una gratitud eterna. ¡Sí, sí!... Si no fuera por usted estaría perdido. Mi mujer me hubiera matado. Perdóne usted que nos separemos tan pronto de su lado, pero las circunstancias lo exigen. ¡Pronto, Mimí! Dale otra vez las gracias a este caballero. Ya nos veremos. ¡Adiós!

Desaparecieron. Me senté junto al lago. Ya no pensaba en Eduardo, sino en Emilia. Evocaba su beso; respiraba aún el perfume de su cuerpo.

Oí sonar las campanas de Annecy. Quise saber la hora. Llevé la mano al bolsillo. Lo registré en vano. Inquieto, toqué el bolsillo del revólver. Estupefacto, palpé los bolsillos interiores de mi saco... No hallé ni reloj, ni billetero, ni cartera. Entonces el recuerdo del beso de Emilia me pareció amargo... Y comprendí que sus pequeñas manos, hábiles, deslizándose entre mi saco y mi chaleco, habían vibrado menos bajo el imperio de la voluptuosidad, que manifestado su deseo de reconquista individual.

A LA SALIDA DEL TEATRO

—Verdaderamente que esta representación de "El Místico" ha sido estupenda: las señoras tenían los ojos llenos de lágrimas al terminar la función.

—Más propiamente fué interpretada la de ayer; representaron "Los chorros", y a la salida me quitaron la cartera.

VASCONGADA

—Oye, tú, Chamínchu; ya le dí al vaca el medisina o eso que tú me dijiste habías dau a la tuya, y morir se me ha hecho...

—¡Ené badachu! Entonces igual, igual que a la mía le ha pasau.

CUARTELERA

Un sargento, pasando revista, pregunta a un soldado:

—¿Qué es lo primero que hay que hacer al limpiar el fusil?

—Mirar el número, mi sargento.

—¿...?

—Claro, para no limpiar el de otro, mi sargento.

El regenerador "Nacepelol"

Por Pedro García Ormaechea

I

No creáis que Miguel Pellejete no se daba cuenta de que el pelo se le caía. Si así pensáis estáis equivocados. Pellejete todos los días quitaba con desconsuelo los cabellos que abandonaban su cabeza para recluirse en el peine. Siempre que me veía por la calle me pedía consejo. Yo le indicaba el petróleo y las fricciones como fáciles tratamientos caseros. Todos los probaba, pero el pelo cada vez más desagrado a los bonitos sombreros que se ponía decidió irse diariamente por pequeños grupos. ¿Qué hacer para conservar el pelo que aún quedaba?

Miguel Pellejete fué a visitar al inventor del específico NACEPELOL.

—He visto los anuncios de sus maravillosos tratamientos y convencido por las fotografías he venido para que usted cure mi calvicie incipiente.

—Perfectamente, caballero. Usted curará. Observe este caso análogo al suyo—le dijo el doctor a Pellejete poniendo en sus manos unos retratos, después de reconocer minuciosamente su cabeza—. Vea. Este señor se hizo unas fotografías durante el tratamiento y así podemos poseer hoy una demostración gráfica del resultado obtenido. En ésta, que es anterior al tratamiento, está completamente calvo. A los dos frascos en esta otra, observamos cómo una pelusilla de melocotón que cubre el cráneo. En las demás, se las entrego a usted, por orden según avanzaba el consumo del regenerador, podrá ver cómo aumenta lo poblado del pelo, hasta esta final en que es casi normal el cabello.

—Pues pongo mi cabeza en sus manos, doctor. Usted dirá.

—Cuando consuma usted estos dos frascos, concentración A, venga por aquí. Ahora le voy a retratar para que tengamos este recuerdo de su primer estado. Tiene usted todavía bastante pelo, pero reconozco que se le cae en abundancia. En los casos de calvicie total las fotografías tienen más resultado práctico por el efecto de contraste entre la lustrosa calva primitiva y el pelo enmarañado al finalizar la curación. En su caso recurriremos al contraste también.

II

Miguel Pellejete recogió escéptico y triste los dos frascos ya vacíos de la concentración A, observó en el espejo su cabeza con el pelo más clareado, y cayó en una butaca desesperanzado del regenerador.

Cogió un periódico, le ojeó al azar, y sólo llamó su atención el anuncio del NACEPELOL con sus fotografías maravillosas: "antes" "después". Confortado volvió a tener esperanza en el regenerador y salió a casa del médico.

—Sin duda, señor Pellejete, la concentración A es débil para la fuerza de su calvicie. Use ahora la concentración B, y consumidos un par de frascos vuelva por aquí. Yo le aseguro que el resultado no se hará esperar. En todo caso no desespere; quedan todavía clases más concentradas. De todas formas, para que comprobemos en su próxima visita, le voy a hacer otra fotografía.

III

Pasó la concentración B, y detrás la C, la D, la F... seguidas todas por el pelo de Miguel Pellejete, que hacía causa de rebelión contra las pringosas sustancias regeneradoras que típicamente querían sujetarle.

El doctor-fotógrafo (así podemos llamarle porque cada visita era una consulta y una fotografía) tenía una magnífica colección de retratos de Pellejete. Desde el primero de frontosidad casi selvática, hasta el último de de-

sértica desolación, pasando por otros de esparcidos oasis, componían juntos una colección bien graduada.

Pellejete tuvo que coser unos tufitos a la badana de su sombrero para disimular algo su situación. Maldijo la calvicie, el doctor y las drogas; maldijo los anuncios convincentes, los espejos delatores, los cabellos emigrantes; maldijo la naturaleza que no atornillaba el pelo en la piel. Y decaído, desesperado, tirado en una butaca, paseaba triste la mano por el hemisferio capital de su cuero cabelludo. (Es un decir).

Quiso distraer su desolación en un periódico y pasaba inconsciente las hojas son apercibir su contenido, hasta que un anuncio de gruesos caracteres le despertó.

—¡No más calvos! ¡El que es calvo es porque quiere! ¡Usad NACEPELOL y os vendrá al pelo. ¡Constantes éxitos en veinticinco años de vida! ¡Aún está por llegar el primer fracaso!"

"Tenemos empapeladas las oficinas con diplomas y "accésits" de todas las Exposiciones, Me-

dallas de oro en las Exposiciones de Milán y Burdeos. Primera medalla de honor en el Congreso de Munich. Medalla religiosa en el Congreso Eucarístico de Chicago, etcétera, etc. Si el inventor se pusiera todas las medallas que tiene no podría andar".

"Hay varias concentraciones para regular el uso".

"¡EL NACEPELOL siempre vence!"

Jadeante, ansioso, devorando más que leyendo, siguió Miguel Pellejete los renglones del anuncio sin fijarse hasta el fin en las fotografías que le acompañaban. Eran dos retratos suyos. El primero y el último; el frondoso y el calvo, pero en orden inverso. Bajo la oronda calva ponía: Don Juan Pérez antes del tratamiento. Y su enmarañada cabellera presidía este epígrafe: "Después de usar varios frascos de NACEPELOL".

Miguel Pellejete rompió el periódico lleno de rabia. ¡Entonces comprendió para su desgracia los sorprendentes efectos del regenerador!



El nuevo hermanito...

Luisita está encantada con el hermanito que sus papás le compraron en París hace algún tiempo.

Como lo adora! También, es tan lindo, tan alegre y vivaracho...

¡Y que fuerte, qué robusto! Mamita está orgullosísima de él; dice que, de sus tres hijos, Bebé es el que menos inquietudes le depara. Siempre lo ha criado al pecho, con la inestimable ayuda de la Malta Palermo; y así, su preciosa vida se desliza tranquila, dulcemente, sin ningún tropiezo...

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Bs. Aires



Malta
PALERMO



Un paralelo: Méjico y la Argentina en la cuestión petrolífera. El problema que en ambos países se ha creado alrededor de sus yacimientos petrolíferos tiene el mismo origen.

El problema petrolífero a que se han visto abocados la Argentina y Méjico en estos últimos tiempos, ha sido, puede asegurarse, uno solo, pues el mismo fué el factor principal que contribuyó a crear la situación en ambos países: la intromisión del capital extranjero con tendencia al acaparamiento, que en cuestiones petrolíferas es ya norma. Puede, es claro, establecerse una diferencia lógica, y que, desgraciadamente, resulta perjudicial para Méjico. El país hermano del Norte vió agotarse sus fuerzas en luchas fratricidas, alimentadas por aquellos intereses extraños. Revoluciones sucesivas fueron acentuando allí la gravedad del problema, debido a un censurable abandono de los gobernantes que, desde Porfirio Díaz, iban cayendo víctimas de su propia desidia. Hombres desconocidos, ambiciosos servían así como medios para cumplir las finalidades perseguidas por los sindicatos que operaban en aquel país y que se resistían a aceptar las condiciones gubernativas impuestas a su labor en los campos petrolíferos. El nefasto "rey" Peláez, en este sentido, tiene valor de símbolo.

Puede decirse, así, que Méjico ha escrito con sangre de sus hijos ese artículo 27 de su Constitución, que adjudica al Gobierno Federal la propiedad de sus yacimientos de petróleo. La noble causa que inspirara aquel soñador que fué don Francisco Y. Madero y que continuaran Carranza y Obregón y ahora fuera su ejecutor el Gral. Calles, estaba inspirada en ese principio plausible y patriótico. El General Elías Calles terminará próximamente su Gobierno, y podrá decirse de él, sino tuviera otros títulos — como los tiene — para merecer el agradecimiento de sus ciudadanos, que ha sido un presidente constitucional, respetuoso de la Constitución. Este Presidente ha reglamentado el artículo 27 y ha debido soportar, en consecuencia, el mayor peso de esa resistencia tenaz que oponían las empresas extranjeras a la sanción y vigencia de la ley, al amparo de sus respectivos Gobiernos. Los beneficios de esa acción patriótica del viejo maestro de Sonora que hoy ocupa la presidencia de los Estados Unidos Mejicanos, habrá de advertirlo su pueblo en el transcurso del tiempo, cuando, sometidos esos sindicatos al imperio de la ley que ejercerá en su acción un severo contralor de la explotación de la riqueza petrolífera, vea desarrollar y crecer sus industrias, libres de trabas, y con las imposiciones únicas que las necesidades internas del país exijan. Eso es lo que el General Calles ha dado a su país con la reglamentación del artículo 27 de la Constitución.

Decíamos que el problema, entre nosotros, era el mismo. Naturalmente que con las diferencias que imponen la importancia de los yacimientos en explotación, mayores en Méjico, y la previsión de nuestros Gobiernos, que en un prin-

pio advirtieron la necesidad de que la explotación de las fuentes petrolíferas descubiertas en Comodoro Rivadavia sirvieran para abastecer las necesidades de nuestra Escuadra y de la Administración Pública en general. Quizá la veacidad de la sede de una de las compañías que sostienen la encar-

ley de monopolio, que hará al Gobierno Federal dueño único y explotador de su riqueza, con las limitaciones que las concesiones actualmente en vigor imponen. Los yacimientos petrolíferos existentes en todo el territorio de la Nación, serán de propiedad del Gobierno Nacional, que los explotará de

blemas de esta magnitud, que ese beneficio financiero inmediato no es el que persigue el Gobierno Federal en su proyecto.

El beneficio es otro, más elevado, más grande y que deben contemplar todos los argentinos, por muy arraigado que se encuentre en ellos el sentimiento localista inspirador de sus actos. Es la seguridad del país, que ve peligrar su soberanía, como la ha visto peligrar Méjico, y Bolivia y Perú y Venezuela y todos los pueblos americanos que poseen esa riqueza natural. Y no se diga que nuestro temor es injustificado. Ahí está Salta, como ejemplo. La Standard ha dominado en ella durante el período gubernativo del señor Corbalán de la manera más censurable, y era entonces cuando se debían haber levantado los espíritus localistas que hoy se manifiestan, para protestar por la acción de ese sindicato que, habiéndose apropiado ya de casi la totalidad de sus yacimientos, hacía suya la justicia del Estado, en un afán de dominio irritante e injustificado. La protesta, entonces, hubiera sido un gesto de localismo patriótico y plausible; hoy, no.

Lejanía

Para "FRAY MOCHO"

Pullman X. 50. La luz férvida y pura
abriase en el marco fugaz de la ventana.
Sobre las aguas vividas ahogábase la altura.
Ardió la selva densa en la mañana.

Todo se fué y mis días han sido de aventura.
Paso por el recuerdo de una mujer lejana.
Conocí la tristeza de la literatura
y amo los horizontes y la música vana.

Los ojos en recreo del país somnoliento.
Con árboles ansiosos y el camino estirado
disipándose en una lejanía de viento.

¡Tierra olorosa y cálida! ¡Polvareda de flores!
Entonces era bueno silbar y mi exaltado
Mundo resplandecía con los siete colores.

Santiago GANDUGLIA

nizada lucha que el mundo viene presenciando por el dominio de la riqueza petrolífera, haya sido también perjudicial para Méjico. Se habían arraigado allí en forma excesiva esos sindicatos, tanto el inglés como el norteamericano, para no advertir la gravedad de esa penetración. No obstante, por ser uno mismo el problema, Méjico debe servirnos de ejemplo.

Nuestra legislación es, indudablemente, más avanzada que la del país del norte. Se ha sancionado ya en la Cámara de Diputados la

acuerdo con las necesidades y conveniencias del país mismo, con sujeción a los planes de una sola entidad fiscal. Naturalmente, que las provincias, y con esto nos referimos al caso de Salta, que es sin duda el que más nos aproxima a Méjico en los puntos característicos de este grave problema, habrán de tener la participación o regalía que el Senado sancionará seguramente al tratar este proyecto, pues se advierte a simple vista, y con la buena intención que es necesario poner al analizar pro-

La cortesía

Quilón, a quien se cuenta entre los siete sabios de Grecia, preceptuaba que el hombre fuerte de cuerpo fuese dulce en sus modales, a fin, según decía, de inspirar a los demás mayor reverencia que temor.

Nunca están de más la afabilidad, la suavidad de los modales y aun la humildad en aquellos que, por belleza, por ingenio o por cualquier otra cosa muy deseada en el mundo, son manifiestamente superiores a la generalidad, puesto que harto grave es la culpa cuyo perdón tienen que impetrar, y harto fiero y difícil es el enemigo a quien han de aplacar: la culpa, es la propia superioridad; el enemigo, es la ajena envidia.

LEOPARDI

Grandes fortunas de la anti-güedad

El célebre Crespo, tenía en bienes raíces una fortuna equivalente a cerca de diez millones de libras esterlinas.

La fortuna del célebre filósofo Séneca ascendía a tres millones y medio de libras esterlinas.

El emperador Tiberio dejó al morir más de veinte y tres millones de libras, que su sucesor Calígula gastó en menos de un año.

Las deudas de César antes de obtener empleos públicos ascendían a la bonita suma de dos millones novecientos noventa y cinco mil libras esterlinas. Al morir había derrochado más de ciento cuarenta y siete millones de los dineros públicos. El mismo César regaló a Servilla, la madre de Bruto, una perla valuada en cuarenta mil libras, y se cuenta que Clodio, el hijo del cómico Esopo, en cierta ocasión se tragó por capricho, disuelta en vinagre, otra que valía ocho mil.

Calígula solía gastar 80.000 libras en una sola comida. El costo a que ascendía de ordinario la cena en casa del famoso Lúculo era de veinte mil libras.

El famoso Apicio derrochó una fortuna enorme y cuando, al hacer un balance de lo que tenía, supo que sólo le quedaban unas cien mil libras, se envenenó, diciendo que con aquella miseria no podría vivir.

Historia de un capellán

Por B. Díaz de Entre-Sotos

—Como el rey godo Recaredo — dijo don Manuel, el cura, en una tregua de la habitual partida de trespalo, —, yo también tuve mi conversión al catolicismo. Sepan ustedes que hasta los veinte años fui casi un hereje, pues la santa Iglesia católica, apostólica y romana me producía una vituperable indiferencia, y únicamente me acercaba a ella por su parte exterior.

Pero tuve un día la ocurrencia de ponerme en relaciones amorosas con una señorita de la ciudad que, como mujer española y de la clase media provinciana, tenía tal cantidad de creencias, escrúpulos y prejuicios que no resultaba osado calificarla de beata de vanguardia. ¿Ustedes no han tenido nunca una novia vulgar, religiosa y llena de milenarias preocupaciones? Con esa clase de mujeres el beso es un monstruoso pecado, la dulce opresión de las manos algo abominable, y tan sólo conceden ardientes miradas con cierta timidez, como principio pecaminoso que no llega a fruncir totalmente el ceño adusto de Dios. Con estas jovencitas se hace imprescindible la conversación. Esos elocuentes silencios que unen dos almas arrebatada y tiernamente se convierten en tales casos en embarazosos instantes, propios tan sólo para desear que se abra la madre tierra y nos acoja misericordiosa en su seno.

Así aconteció que después de siete noches hablando con Delia en la ventana habíamos agotado todos los temas de rigor. Ya sabía yo que su padre padecía un fuerte reuma y que su única hermana tenía un genio agrio y desapacible. Por mi parte, yo hablé de la inusitada afición que el autor de mis días profesaba al vino y de los dolores de cabeza de que era propietario mi buen hermano. También el tiempo las flores y otras variadas e interesantes cuestiones las habíamos analizado escrupulosamente, y hasta esa verdad inmutable de que en invierno hace frío y en verano calor la habíamos formulado entrambos en repetidas ocasiones.

Y llegó el día temido en que ya no sabía qué decir. Llevábamos dos minutos de silencio, y las miradas de cariñosas se iban tornando desconfiadas. Pensé con horror en lo que ella pensaría de mí, mientras Delia debía de estar poseída de una inquietud análoga, y hasta llegaron a escocerme los ojos, que al fin hube de bajar, en tanto que un fenómeno similar se efectuaba en el campo contrario.

Entonces mi bastón me sugirió la idea salvadora, pues me traje, no sé por qué bendita asociación de ideas, el vago recuerdo de la ley de la gravedad, tema inédito, uno de los pocos que habían permanecido extraños a nuestras conversaciones. De intento dejé deslizar mi bastón, que cayó pesadamente en el acerado. Era la única forma de hablar de dicha ley sin despertar sospechas.

—He aquí bien manifiesta, que-

rida Delia — exclamé, — la acción de la gravedad.

—¿Es posible? — dijo ella.

—El bastón, sustraído violentamente a mis manos, no me dejará mentir.

—Entonces tú crees...

—Sí, Delia, creo en ese fenómeno físico. ¿Para qué ocultarlo?

Y hasta la hora de retirarme departimos acerca de la gravedad gravemente. Aquella noche me había salvado, y pedí a Dios fervorosamente que acudiese en mi socorro para el día siguiente.

Pero en la noche que siguió mi novia me espetó alarmada:

—Me han dicho que eres un hereje.

Doy mi palabra de honor que semejante afirmación no logró conmoverme. Muy tranquilo repuse:

—Según lo que tú entiendas por hereje. Si quieres decir con eso que soy hombre que frecuento poco la iglesia, tus labios acaban de dar salida a una formidable verdad. Pero puedo jurarte que soy cristiano... Me bautizaron, confirmé, hice la primera comunión vestido de blanco y creo haber oído misa algunas veces.

—¡Es horrible! — murmuró. — Estás en pecado mortal.

—No te asustes — contesté; — porque aun dando por cierta mi caída en abismo tan pavoroso, convendrías conmigo, en que nuestra iglesia posee una oficina de perdón donde podemos dejar cuando nos venga en gana los más horrendos pecados y salir puros de espíritu, tal que un recién nacido al que le hayan enjabonado el pecado original.

El rumbo que tomó la charla me

dió la solución para las futuras conversaciones. Me había salvado. Desde aquel momento ya tenía materia para no callar en lo sucesivo.

—No quiero — afirmé — que te disgustes por cosas tan fácilmente remediables.

—¿Qué piensas hacer?

—Mañana lo verás.

Al día siguiente compré dos rosarios, y cuando ocupé mi lugar tras los barrotes de la ventana entregué uno a Delia.

—Toma: no he podido encontrar más espiritual regalo.

—Cuánto me place — exclamó.

—¿Confiesas — indagué — que no hubieras preferido una cajita de bombones?

—Sí.

—¿Ni una sortija, pendiente, brazalete, novela erótica o cualquier otra mercadería?

—Sí, sí. Lo confieso.

—Bien; pues entonces recemos.

Esta vez fué Delia la que me miró absorta e interrogó:

—¿Pero hablas en serio?

—Completamente.

—Sus trastornos peculiares le causaban todos los meses dolor de cabeza, cólicos y malestar.

Eran tres o cuatro días de un odioso martirio que la confinaba en casa, o la reducía al lecho.

¡Lo único que pudo librarla de esa esclavitud fué la prodigiosa



Dos tabletas le alivian los dolores por completo, a la vez que le normalizan la circulación de la sangre, devolviéndole así el bienestar y la energía.

Igualmente admirable para dolores de cabeza en general; dolores de muelas y oído; neuralgias; consecuencias de trasnochadas y abusos alcohólicos, etc.

No afecta el corazón ni los riñones.



ahora los veo llegar sin miedo

—En ese caso debes marcharte, porque comienzo a sospechar que no estás en tu juicio.

—Es la primera vez que oigo llamar demente a una persona que propone rezar el rosario.

—No, no es eso. ¡Dios me libre!; pero convendrías conmigo en que no han existido todavía dos novios que recen en la ventana.

—Tal vez tengas razón. Mas ¿qué se opone a que seamos los iniciadores de tan moralizadora práctica?

No me costó mucho trabajo vencerla, y desde la noche siguiente rezábamos el rosario con toda santidad. Una de ellas, cuando más embebidos estábamos en nuestros rezos, sentí que alguien se había parado tras de mí diciendo:

—Así me lleve Satanás si este sonsonete no es un rezo en toda regla.

—Rezo es, señor cura — contesté viendo que el desconocido no era sino el mismo don Ismael Sánchez, párroco de la ciudad.

—Que me agrada — exclamó — ¡ta prueba de vuestro catolicismo. Y se marchó.

Al otro día, en el sermón de la novena, nos citó como un alto ejemplo de confortadora fe, y por la noche se llegaron algunos curiosos atraídos por tan inusitado fenómeno. Las viejas beatas del barrio acudieron finalmente a rezar con nosotros, y una noche el maestro nacional, llevó formados a los niños de sus escuelas para que aprendiesen a ser excelentes cristianos ante tan alto ejemplo, y para exhortarlos, allí mismo pronunció un vibrante discurso, que se escuchó con complacencia, mereciendo numerosas felicitaciones.

Desde entonces la solitaria calleja alcanzó una animación magnífica. Iban y venían las mujeres con velo, breviario y quedamente, y los hombres, al pasar, se descubrían con respeto. Visto el aspecto urbano que tomó la calle, el Ayuntamiento ordenó iluminarla, y los propietarios de casas allí sitas vinieron a darme las gracias, satisfechos, aumentar el valor de sus predios.

Delia, a la que sin duda alguna hubiera incomodado aquella situación a no tener una causa tan santa, se encontraba contentísima, y la gente del pueblo, al verla colocada en la ventana como en un altar, dieron en llamarla Santa Delia, con lo que me hicieron hablar con ella de rodillas y con dos velas encendidas en las manos. Mis pantalones sufrían lo indecible, aclarándose rápidamente por las corvas, y todo mi indumento en general tomó un extraño aspecto funerario, manchado de cera y oliendo a sacristía. Los periódicos hablaban del caso largamente, unos para alabarlos y otros en tono irónico, según sus diferentes ideologías. Una tarde la Comisión Municipal permanente vino a rogarme que aprovechando aquella bendita efervescencia diese conferencias teológicas, y no tuve más remedio que abandonar mis estudios jurídicos, trocándolos por los religiosos. El "Boletín" eclesiástico de la diócesis me nombró su redactor corresponsal en el pueblo, y su ilustrísima me recibió en solemne audiencia, acompañado del Cabildo. Había momentos en que sospechaba si el mundo no sería una jaula de locos, y yo el primero. Y así pasaron días y pasaron meses.

Mi religiosidad se había agudizado hasta unos límites que nunca

hubiera podido sospechar. Recuerdo un día que me encontré en la plaza a un hombre a quien otro se obstinaba en motejar de cobarde, sin que el así adjetivado pareciera disentir muy vivamente de tan desconsoladora opinión. Aquella falta de virilidad, que me hubiera indignado meses atrás, me pareció entonces una fransedumbre cristiana digna de loa.

Y, para no cansaros más, sabed que la última noche de amor con Santa Delia (no me atrevería, ¡vi-

ra mía? El amor terrenal es un vicio malsano, y en vano la hipocresía social pretende vestiros con ropajes matrimoniales a la lujuria. Afortunadamente, y gracias a tu divina intervención, hoy veo clara la verdad.

—Manuel, estás loco. El matrimonio es un sacramento.

—Desconfía de ese apotegma. Siendo una carga, es demasiado agradable para ser cristiano. Debe tener por origen alguna mala interpretación de un santo, hecha en

Y así todo. En nuestra religión la verdad resplandece, y la verdad es tristeza, sufrimiento, martirio... hasta el día delicioso y claro en que a la vera del Señor un gracioso angelito nos haga cosquillas para ocio de nuestra eternidad.

—¿Entonces?

—Me voy al seminario. "Mi destino no es de este mundo".

Santa Delia prorrumpió en desatinadas quejas.

—Esto es una infamia, Manuel. Te has burlado de mí. ¿Para esto me declaraste un amor que no existía? ¡Infame! Todos los hombres sois iguales.

—Aguarda — exclamé. — Aún puedo ser tu confesor dentro de unos años, cuando termine mi santa carrera.

Pero mi antigua novia terrena, olvidando impiamente sus preocupaciones religiosas, que me habían llevado a tal estado, y olvidando, asimismo su buena educación y su delicadeza femenina, me despidió con esta expresión singularísima: —¡Qué te frían vivo!

Cuando salí del seminario vine destinado aquí, al convento de Santa Clara, y mi vida, se desliza en la gracia de Dios. Sólo tengo este vicio de jugar al tresillo, muy tolerable por cierto.

—¿Y ella, don Manuel? ¿Qué fué de ella?

Don Manuel, mientras barajaba pausadamente, suspiró y dijo:

—¡Ah! ¿Delia? (Ya no quiero llamarla santa). Se casó con el jefe socialista del partido. Y dicen que ayuda a su esposo a hilvanar sus arengas venenosas contra los que ellos llaman la "vil clergalla".

Tomando precauciones

El doctor había recibido un recado urgente para que acudiera a casa de un joven matrimonio que iba a tener el primer hijo. Al llegar a la casa se encontró con el marido en la puerta esperándole, reloj en mano.

—¿Qué pasa? — preguntóle el doctor.

—Nada por ahora, doctor. Mi mujer deseaba saber cuánto tiempo tardaría usted en llegar, en caso de que se sintiera enferma de parto. Ha tardado usted cuatro minutos.

Pedagógica

Un maestro les decía a los chicos:

—Mañana me traéis un huevo cada uno, que os voy a demostrar, como Colón, que se tiene de pie.

—Señor maestro, ¿y si yo no puedo traer un huevo?

—Me traes una manzana, para explicar la ley de la gravedad, según Newton.

Jarabe Pectoral "Esterial"

Lo mejor para la Tos, Catarro, Resirlos, Ronquera y demás afecciones Pulmonares

Elixir Dentrífico "Esterial"

Limpia, dá Esmalte a los Dientes y evita el dolor de Muelas.

Agua de Colonia "Esterial"

La Mejor y más Perfumada.

Pidanlos en todas las Farmacias

Farmacia y Droguería Inglesa Americana

Abierta hasta las 12 de la noche

PERU 901 - 907 U. T. 1887, B. Orden BUENOS AIRES

ve el cielo!, a llamarla de otra manera) hablé a los fieles, que se agrupaban junto a la ventana, de los sacrificios que hicieron los apóstoles para sembrar las ideas de Cristo por el mundo. Cuando terminé me dirigí a la santa, preguntando:

—¿Estas satisfecha?

—Mucho, Manuel — me respondió. — Así quería yo a mi novio. Moví la cabeza tristemente.

—¿Quien piensa ya en eso, seño-

un momento disculpable de extravío sexual. Nuestra religión es muy triste, porque así es la verdad y ella es la única verdadera. ¿Qué te gustan las chuletas empanadas? Pues la religión acude presta para salvarte y te ordena comer espárragos. ¿Qué quieres poseer a una mujer hermosa? La religión te aparta de tan dulce y maldita tentación y te conduce a presencia de un rollizo clérigo para que te absuelva de pensamiento tan ruin.

LA RISA DEL PAYASO

Nació listo aquel muchacho y con cara de alegría; mas su padre era un borracho y su madrastra una harpía. Como en su casa estorbaba, le pegaban con gran arte, para ver si se marchaba con la música a otra parte. Saló al mundo muy chucuelo, y, como cosas del mundo, de él hizo el mundo un pilluelo, según un sabio profundo. Porque es axioma sabido que, en este mundo malvado, siempre el pobre es un perdido y el rico siempre es honrado. Como tanto apremia el pan, aunque es cosa tan pedestre, dirigió el chico su afán a entrar en un circo ecuestre. Y entró con fácil conquista, sin necesitar latines, y pronto se vió en la pista haciendo mil volatines. Y como allí en todo paso mostraba faz complaciente, transformáronle en payaso que divertiera a la gente. ¿Y la divirtió? Sí, tal. Siempre, de donaire lleno, se olvidaba de su mal, por el regocijo ajeno. En estas amenidades

tocó, al fin, con prontitud la edad de las tempestades, esto es, la juventud. Y no hay que decir, señores, si fué su pecho inflamable, ¿Acaso no siente amores el hombre más miserable? Amó a una mujer muy mona, de quien se mostró vasallo. ¡Se prendó de una amazona que saltaba en un caballo! Galán sin ningún reproche, obtuvo una paga infausta, pues su adorada, una noche, se escapó con un gimnasta. Y en tal noche, su actitud de clown no anduvo remisa para que la multitud se retorciera de risa. Y herido por la traición y sumido en soledad vivió, sin interrupción, produciendo hilaridad. Ya a la vejez va llegando, mas sigue, aun su fin sintiendo, por dentro siempre llorando, por fuera siempre riendo... Como esa risa infernal, yo sé también de otras muchas... La mía, y además... ¿Cuál? La tuya, ¡oh, tú que me escuchas!

José M. SILES.

SIEMPRE CAMPEON

Por Will Scott

Si, he visto muchas cosas extrañas. Mi experiencia de la vida es rica, múltiple. Pero nunca me sucedieron cosas más raras que cuando fui cobrador del impuesto a la renta en la ciudad y distrito de Skeg, a cien kilómetros de Londres.

Quiero contarles esta vez las peripecias de Simón Butter y de Lucía Maye, y el extraordinario camino que ha seguido el amor para introducirse en la vida de un hombre.

Todos los veranos yo distribuía cuestionarios entre los pobladores de la ciudad, para que me los devolviesen llenados y firmados con su puño y letra.

En Skeg había un gran parque de diversiones públicas, y todas las personas que allí trabajaban recibieron sin duda cuestionarios a la par de sus demás ciudadanos. De ese modo llegué a conocer a Simón Butter.

Uno de los cuestionarios que me devolvió el dueño del parque de Skeg, llevaba como encabezamiento el nombre de Simón Butter, y abajo, a título de información, las siguientes líneas:

"Oficio: el único hombre más gordo del mundo. Renta anual: cuatrocientas libras esterlinas".

Pues bien, vino el mes de enero sin que Simón Butter me hubiese enviado su contribución.

Le otorgué otro pequeño plazo de tolerancia, pero cuando vi que alboraba febrero y no daba señales de vida, me dirigí al parque y pedí hablar con el fenómeno.

Desde el primer instante el campeón de gordura me inspiró una profunda simpatía. No era como los demás "únicos más gordos del mundo" que había visto. Parecía sumamente desgraciado. Sus suspiros eran tan hondos y prolongados que hubiesen conmovido a una piedra.

—¿Le van mal los negocios?— pregunté.

Lanzó otro suspiro y dijo:

—No. Se trata de algo peor. Lamento haber olvidado de enviarle el importe. Aquí tiene la mitad de lo que le debo. El resto se lo entregaré dentro de una semana o dos.

Charlamos largo rato. Butter me tomó de confidente y me contó todas sus penas.

Estaba enamorado de la boletería del parque. Pero ella, que se llamaba Lucía Maye, no lo quería.

—Nadie me quiere — agregó el campeón con un nuevo suspiro.

—¡Más ánimo! — le dije. — Con el tiempo, quizá se enamore la joven de usted.

Desde entonces visité a Simón Butter con frecuencia. Nos hicimos amigos, y hasta fui presentado a Lucía Maye. Pero lo horrible del caso es que cada vez que veía a Butter, lo encontraba más delgado.

—Si Lucía no se enamora de mí dentro de poco tiempo — me dijo un día — creo que voy a morir. No tengo más interés por la vida. Casi no pruebo bocado.

—¿Por qué no le habla y le confiesa su amor? — sugerí.

—Lucía no quiere hablarme — contestó Simón.

—¿No podría interceder yo en favor suyo?

—¡Oh, se lo agradecería con toda el alma!



MAGNANIMIDAD

Aunque te fatigues, sigue trabajando;
aunque te arruines, sigue prodigando;
aunque te consumas, sigue iluminando;
aunque te incomprendan, ama sin cesar.
Dale a todo el mundo, date sin rodeos;
piedad y largueza sean tus trofeos;
producir belleza sean tus deseos;
tus afanes sean contento irradiar.
Mueve los pensares de toda cabeza;
pon en todo pecho algo de ternura;
ve ofrendando siempre luz y fortaleza;
no te canses nunca de ser fraternal.
Recibir humilla y dar satisface;
el dolor ajeno doliente nos hace;
la dicha más cierta y que más complace
es plantar las dichas entre los demás.
No te pongas triste frente a las penurias;
no te soliviantes frente a las injurias;
y no te acobardes aunque cien mil furias
las esferas todas hagan trepidar.
Si la pena viene, no podrás mermarla
con necios temores, sino fomentarla;
si la muerte ronda, no has de rechazarla
por mucho que llegues a gimotear.
Hasta en los eriales echa tus semillas;
hasta con los malos forma tus gavillas;
destruye pesares, odios y rencillas
a golpes de risa, perdón y bondad.
Resiste y resiste, que la resistencia
es una sublime y exquisita ciencia;
resiste y resiste, lleno de conciencia;
que si resistieses al fin vencerás.
Sonríe si pierdes, sonríe si ganas;
sonríe si sufres, sonríe si afanas;
sonríe si notas que te salen canas;
sonríe a la brisa y a la tempestad!
Pero al dar no ignores que, más que el dinero
valen los perfumes de un amor sincero;
una voz de alivio es lo más certero
que todo potingue, joya o dineral.
Abre tus entrañas, más que tu bolsillo
date dulcemente, de modo sencillo;
ama con vehemencia, sin pompa ni brillo;
date como un genio de cordialidad!

Ricardo MIRO.

Esa misma noche, cuando se cerró el parque, mantuve una larga conversación con Lucía Maye.

Le hablé de los hombres gordos, del amor y de la luna. La joven pareció interesarse, pero no por Butter.

—No importa — consolé después a Simón. — Mañana la llevaré al cinematógrafo, y espero poder traerle esta vez informes más alentadores.

—¿Qué amigo tan leal es usted! — exclamó Butter.

Continué haciendo todo lo que podía, pero no logré conmovir el corazón de la hermosa criatura. Como antes, seguía siendo indiferente a los padecimientos del campeón.

—Un hombre protestó hoy por haber pagado tontamente dos peniques — quejóse Butter cierto día. — Dijo que en su aldea hay personas mucho más gordas que yo. Si esto sigue así, quedará arruinado.

Invité, pues, a Lucía a dar un paseo; me senté con ella bajo un árbol y le dije:

—Lucía, tengo que confesarle algo importante, sumamente importante. Le pido mucha atención.

La joven se sonrojó. Siempre se sonrojaba cuando yo me ponía sentimental.

—No existe nada más valioso que el amor de un pecho inflamado — agregué.

Lucía volvió a sonrojarse.

—Si un hombre la quiere de veras — insistí — ¿qué importa su aspecto físico?

—Nada — admitió la joven.

—¿Ha pensado alguna vez en casarse? ¿Ha soñado con la felicidad conyugal?

—¡Oh, qué impaciente es usted!

Así es cómo el amor se introdujo en mi vida, y cómo yo, un hombre tan experto, caía en el lazo del matrimonio.

—¿Qué ha dicho? No, tiene razón. Nunca más volví a visitar a mi buen amigo Butter. Me daba mucha pena pensar que me había casado con la mujer que él amaba, y que por mi culpa perdería la fama, el empleo y quizá la vida.

Creía verlo, en la imaginación, arrojarse desesperado al Tamesis. ¡Tener que pasar de una renta de cuatrocientas libras al año a la pobreza más franciscana! ¡Y todo por culpa del amor! ¿Qué cosas raras se ven en la vida! ¿Quién diría que me casaría con Lucía?

Pero gracias a Dios, Butter no fué despedido del puesto. En julio le envié un nuevo cuestionario, esperando recibirlo de vuelta completamente en blanco. Pero me engañé. El cuestionario llegó a mi casa, llenado con el puño y letra del campeón.

Esta vez la respuesta estaba redactada como sigue:

"Oficio: esqueleto viviente. Renta: 560 libras anuales".

Luces malas

Por Valentín García Sáiz

En el lejano horizonte, el sol parecía recostarse, cansado, sobre el lomo de una cuchilla; y mientras la tarde se iba poniendo parda con el tizne de las sombras, las dilatadas campiñas llenábanse de tristeza y desolación.

En el galpón medio obscuro, fueron poco a poco congregándose casi todos los moradores de aquella casa de campo. El tema sería sin duda muy entretenido, pues había despertado gran interés en aquellas almas sencillas. Allí estaban reunidos, desde mucho antes del atardecer, don Gregorio, el viejo capataz; Mateo, uno de los "punteros"; cuatro peones, el pardito cebador de mate, y varias mujeres. El nuevo dueño de la estancia, que lo era un joven de la ciudad con ciertos pujos de hombre campero, había salido muy temprano rumbo al pueblo.

En la rueda, hubo momentos en que todos estaban como absortos, y sólo asentían con gestos y movimientos breves a las graves palabras que pronunciaba el capataz, gran conocedor de la comarca. Tanto les había absorbido el tema que, sin que se dieran cuenta, habían dejado de tomar mate. En todos los rostros había como una vaga inquietud, la que acentuábamos más a medida que avanzaba la hora del crepúsculo, lleno de misterio.

—¿Asina que hoy es el día de l'aparición de las tres luces n'el bajo? — interrogó uno de los peones nuevos, a don Gregorio.

—Carculo que sí. Pero si el ánima ha purgado la falta, puede que no aparezca.

—¿Y usted las vido, don Gregorio? — preguntó el mismo paisano.

—¿Si yo vide las luces?... Ahí están esos piones que no me dejarán mentir.

—¡Yo las vide! — atestiguó uno.

—¡Yo también! — agregó otro.

—Y eso de verlas dende lejos no es nada... — añadió el capataz. — Julepe lindo nos yevamos con Ezequiel, el hijo del antiguo dueño d'estos campos. Como sabíamos bien que n'este día tuitos los años y a la mesma hora, n'el bajo aparecían las tres luces, juimos de tarde-cita a bomblar pa saber como era que se prendían.

Algunos paisanos, más criollos que la "ruda", decían qu'era el reflejo de "Las tres Marías". ¿Pero di'ande, si por esos laos no hay ni una triste cañada? Ansina jué que nos escondimos bien detrás del cerro y a poco divisamos prefetamente una cruz de palo, y pegao cuasi al suelo un gran bulto negro. Sin saber cómo, apareció redepente una luz, al rato otra, y después apareció otra que s'encendía y se apagaba, hasta que al final quedó fija. Ya estaba anocheciendo y comenzamos a sentir miedo de tanta soledad. Un lechuzón pasó rozando con sus alas nuestras cabezas. Le dijimos "cruz diablo", y se perdió de vista.

De pronto, el bulto negro s'encendió quedando convertido en una mujer de luto. La vimos tranquilizar muy dispacito rumbo a donde nosotros estábamos. "Vamos", me dijo tuito asustao mi compañero. Y salimos como alma que lleva el diablo, en dirección a las casas, de aquel lugar asombrado. Cuando dimos gñelta la cabeza, ya estábamos cerca del potrero; y en tuavía tuvimos coraje de mirar p'al bajo. Además, vimos bien patente a la mujer de luto que bajaba pa'el otro lao del cerro.

—Y asigún he oído contar, — dijo una chinaza, antigua peona — esas luces son el alma en pena de uno de los primeros dueños d'estos campos, del tiempo de los españoles, que hizo no sé qué fechorías.

—Cuasi le puedo asigurar — replicó el capataz — que no ha sido eso; pues las luces datan de veinte años cuando más. Por estos campos, en tiempos de guerra, si ha pelao mucho y bien puede que sea el alma de algún di-junto que está enterrao y que pide velas pa su salvación.

Estaban en lo mejor de las conjeturas, cuando varios de los peones que no cesaban de mirar al campo, se incorporaron de sus asientos y al mismo tiempo que se santiguaban, con los

semblantes pálidos, llenos de terror, señalaron para el bajo desde la puerta del galpón de donde perfectamente se distinguían las tres luces que brillaban como lánguidas estremitas a flor de tierra.

—¡Las luces malas! — dijeron.

Poco después, llegó el dueño de la estancia, "el pueblerito", como le decían los criollos, el que no creía en las "luces malas", en "lobizones", ni aparecidos, y, al ver a todos allí reunidos, con semejantes rostros en que dejaban traslucir la sensación del miedo, les relató sin alardes y con toda simplicidad, lo que le había acontecido en el camino al pasar por el bajo, donde vió brillar tres lucecitas.

—Me acerqué sin recelo, — comenzó. — Una vieja estaba rezando al pie de una cruz y me dijo que todos los años venía a encender tres velas a un hijo suyo muerto en la última gue-

rra civil y que ella había enterrado en ese campo. Me pidió permiso para conservar su tumba en el lugar aquél, donde se ven esas tres luces.

—¡Pero, patrón! ¿Es verdá lo que cuenta? ¡No nos engaña, patrón!

—¿Por qué engañarlos? Vamos al bajo y se convencerán.

—¡No, patrón! ¡No se debe jugar con esas cosas! Yo rispeto sus ideas, pero naide me vencerá por más letrao que sea. Hace sesenta años que moro en estos pagos; he oído contar y he visto muchas cosas; pero esa vieja de luto con quien usted estuvo prosiendo, debe de haber sido el propio "mandinga" en pinta.

Y la leyenda se fué extinguiendo con la ida de las "luces malas".

Algunos sostenían que la vieja de luto había muerto; esos eran los nuevos, los civilizados.

Y los viejos criollos, sostenían que aquella alma en pena había salvado su deuda ante Dios.



Desalojo y Limpieza

son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido. Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEÍNA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

qué tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una, es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxydriphthalophenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

General Plutarco Elías Calles, Presidente de la República de Méjico

El ciudadano que preside el Gobierno de Méjico es, indiscutiblemente, una de las más altas personalidades políticas del momento actual. Hombre de ideas y de lucha, cuya sinceridad está evidenciada por la firmeza de sus convicciones y actitudes públicas, el general Plutarco Elías Calles, figura entre los patricios empeñados en la obra constructiva que Méjico requería en muchas de sus instituciones fundamentales. De la lealtad de sus propósitos y de la eficacia con que viene cumpliéndolos a lo largo de su gestión, dan cuenta la consistencia incommovible de su Gobierno, el afianzamiento del prestigio internacional y el estado próspero de todas las actividades del país. Méjico ha alcanzado en el periodo del general Plutarco Elías Calles, el puesto que en justicia le correspondía entre las naciones del mundo, por la altura de su civilización social y espiritual. ¿Qué mayor título para un ciudadano que se propuso servir enteramente a su patria, y que, en efecto, contribuyó a su progreso definitivo? El general Plutarco Elías Calles cuenta por ello con la simpatía intensa del pueblo mejicano, el cual en distintas circunstancias supo expresarle su solidaridad e estímulo. Sucedió en el Gobierno al General Obregón, caído recientemente en aras de su ideal cívico, y cuyo sacrificio repudió la conciencia colectiva. Mucho se esperaba de su obra; pero él llenó con creces este anhelo, realizando una labor formidable, concorde con sus principios, y cuyo verdadero alcance fijará la historia una vez desvanecidas las pasiones y los errores que ciegan el juicio contemporáneo. Heredó de sus antepasados, de los cuales es memorable el nombre de D. Matías Elías Calles, hábil político y militar

conspicuo, una noble comprensión de los problemas sociales que afligían a Méjico. Destruído su patrimonio por la dictadura de Porfirio Díaz, el hoy Presidente de Méjico dedicóse con ahínco al estudio y afrontó todas las peripecias de la vida humilde. Desempeñando las más modestas tareas manuales, que le permitieron acercarse íntimamente al pueblo y conocer sus necesidades y su dolor, pudo, al fin, sentar plaza de maestro en el estado de Sonora. Y mientras repartía generosamente las nociones elementales de

instrucción, entre el abecedario y la tabla aritmética, su mente y su espíritu iban esclareciendo los problemas que por su magnitud habían preocupado y arrastrado a la lucha civil a sus antecesores. Desde entonces, la distribución de la tierra, la redención del indio y la propiedad nacional del subsuelo constituyeron el motivo de sus largas vigili-
Encabezó en Camauca una famosa huelga minera, y una vez estallado el movimiento revolucionario contra Porfirio Díaz se incorporó a las filas de Madero, al lado de Obregón y otros líderes que tuvieron más tarde figuración política en el nuevo Méjico. Elegido Gobernador de Sonora en el cruento desarrollo de las convulsiones civiles, tocóle resistir heroicamente el sitio llamado de Agua Prieta, recordado por las múltiples accio-



General Plutarco Elías Calles, presidente de la República de Méjico.

nes de valor personal a que dió lugar. En los gobiernos de Carranza y Obregón desempeñó, luego, en diversos periodos, los cargos de Ministro de Guerra, Industria e Interior. Su gobierno se caracterizó por la propulsión dada a todas las actividades de Méjico y por el amplio camino que abrió a los intelectuales de su patria en la función pública.



Don Alfonso Reyes, embajador de la República de Méjico

Una alta personalidad intelectual y diplomática

El maestro gongorino está entre nosotros, representando a Méjico, su patria. Siempre hemos merecido de la nación hermana la honra de que sus enviados diplomáticos fueran, a la vez, misioneros intelectuales. Artistas y pensadores desempeñaron invariablemente la representación de Méjico; y no ya sólo en nuestra Cancillería, sino ante todos los gobiernos del mundo, como si se quisiera restaurar así el prestigio gentil de la diplomacia de las antiguas repúblicas, cuando el título consular era un signo de jerarquía del pensamiento y del espíritu. Pero el hecho de ser D. Alfonso Reyes quien haya venido ahora con la representación de Méjico, evidencia en qué alta estima nos tiene este país. D. Alfonso Reyes contaba desde hace mucho tiempo con la profunda simpatía argentina. Su obra literaria, tan "de círculo", tan de aristocracia, había trascendido sin embargo a nuestro público. Se le admiraba, ciertamente, más por alguno de sus ensayos o de sus poemas que por la intensa acción diplomática que realizaba en distintos países amigos. Y es que, a hacer justicia, los escritores cumplen en cualquiera de sus líneas bien dichas, esa diplomacia superior que resulta acaso más eficaz que la oficial y que, seguramente, es siempre más bella y más clara. No era, pues, un desconocido de nuestros sentimientos, D. Alfonso Reyes. Pero su presencia unió a la cordialidad nuestra, nacida a distancia, a través del conocimiento espiritual, el aprecio de su persona. Cuando D. Alfonso Reyes, Embajador de Méjico, nos estrechó la mano, ya éramos por anticipado sus amigos; y esta amistad debió hacerse pronto comunicativa y abierta. De ahí que la figura de D. Alfonso Re-



Señor Alfonso Reyes, Embajador de la República de Méjico, acreditado ante el gobierno argentino

PUESTOS Y COMISIONES DESEMPEÑADOS POR EL DOCTOR ALFONSO REYES EN LA SECRETARIA Y EN EL CUERPO DIPLOMATICO Y CONSULAR, POR ORDEN DE ANTIGUEDAD

Segundo Secretario en España, junio 10 de 1920; Primer Secretario, en España, enero 21 de 1921; Encg. de Negocios ad-interim en España de febrero 10 a agosto 20 de 1921; Encargado de Negocios ad-interim, enero 1 de 1922; Plenipotenciario para firmar el Convenio de Propiedad Literaria, Científica y Artística entre Méjico y España, marzo 31 de 1924; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Argentina nombrado solamente, junio 1 de 1924; Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial para manifestar al Gobierno de Francia el agradecimiento de Méjico por el envío de una Misión Especial a la toma de posesión del Presidente Calles, septiembre de 1925. — Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Francia, del 1 diciembre 1924 hasta 15 marzo 1927.

Puestos y comisiones desempeñados o en desempeño en otros ramos de la administración pública:

Secretario de la Escuela de Altos Estudios 1912-1913; Profesor fundador de la cátedra de Historia de la Lengua y Literatura Españolas, en la misma Escuela (gratuitamente). 1913; Delegado del Gobierno de Méjico al Séptimo Congreso de la Unión Postal Universal, reunido en Madrid, en octubre de 1920; Secretario de la Comisión Cultural de Méjico en España, 1919-1920; Delegado de la Universidad Nacional de Méjico al Congreso Sociológico Internacional de Turín, 1921. Delegado de Méjico al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París 1927.

yes sea frecuentadora de nuestra retina: se le ve en todas partes, se reclama su asistencia a todo acto intelectual y social de significación; se pudo a menudo oír su palabra sobre delicados temas, y también su firma fué, desde entonces, reiterada en las publicaciones argentinas, donde con razón se le consideraba entre las firmas extranjeras de excepción. De tal modo D. Alfonso Reyes prosigue en la representación de Méjico la noble labor de acercamiento con nuestro país. Su talento y su sincera vocación hispanoamericanista son una garantía del efectivo consorcio que alcanzan ambas naciones en todos los aspectos de su actividad, como así también de los múltiples beneficios que redundará ello en favor del progreso común, tanto en el orden material como en el campo puro del espíritu.

D. Alfonso Reyes pertenece a la generación prócer de Méjico. Se cuenta entre los nombres habituales del último período histórico del pueblo hermano, cuya definitiva consolidación institucional costara tantos esfuerzos y sacrificios. Investigador profundo de las letras castellanas ha producido estudios que le valieron la forma de ser uno de los más armoniosos y nobles cultivadores del idioma. Sus ensayos sobre Góngora y el Arcipreste de Hita son conceptuados, por ejemplo, sobre lo mejor que acerca de dichos ingenios se haya escrito; y su poesía, poesía de hondo acento personal, donde la imagen tiene un sabor de clasicismo y modernidad al propio tiempo, incorpora a la antología castellana un indudable artista. Temperamento aplicado a todas las especulaciones generosas de la cultura y la sensibilidad, su constante acción diplomática complementa su notable personalidad.

Los altos funcionarios de la embajada y el cónsul general de México



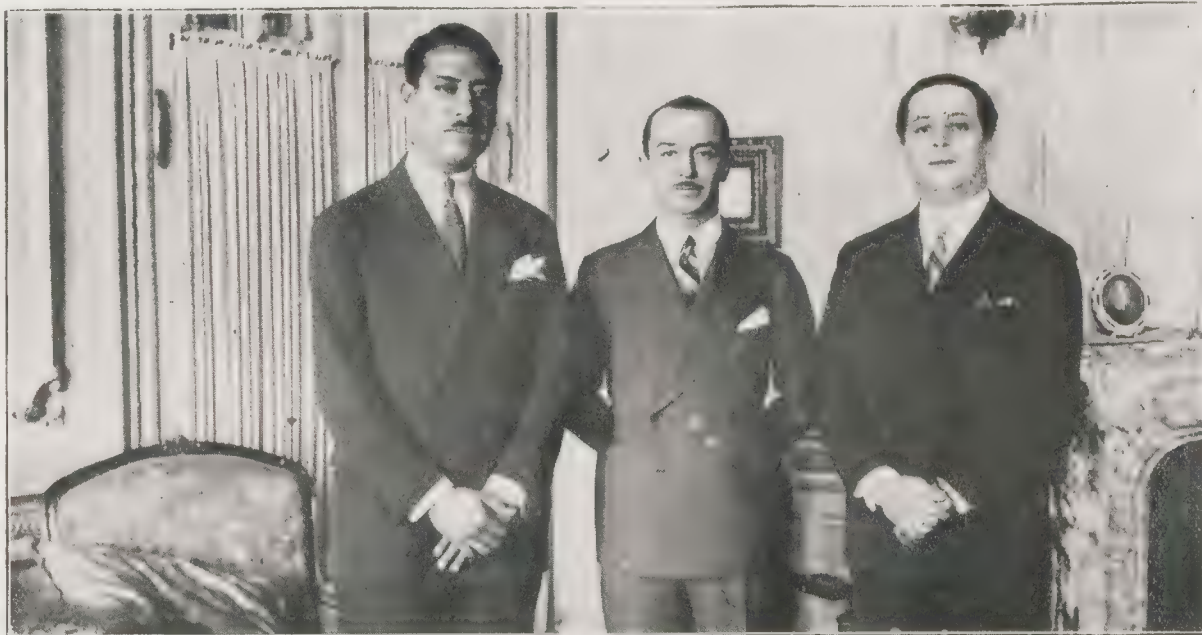
Don Eduardo Soriano Bravo, cónsul general de México, acompañado de su señora esposa y de su hijo

D. Eduardo Soriano Bravo, Cónsul General de México en nuestro país, es una personalidad de reconocido prestigio dentro y fuera de su patria, donde le ha correspondido desempeñar múltiples y elevados cargos, representativos. Aplicado por indudable vocación a las tareas consulares, su larga carrera acreditó sus méritos: una singularísima adaptabilidad a los distintos medios en que actuara, una inteligencia despejada, que le permite compenetrarse rápidamente de todos los problemas inherentes a su función, y, por último, una constante actividad de la cual se han derivado considerables beneficios para México y las naciones en que ejerció su representación.

D. Eduardo Soriano Bravo es así uno de los ciudadanos que honran el cuerpo consular del pueblo hermano. Nacido en 1881, después de una brillante iniciación en la Escuela Superior de Comercio fué adscripto a diversas dependencias de gobierno. En virtud de los servicios prestados en dichos cargos fué nombrado luego Segundo Secretario de la Comisión Internacional de Límites con los Estados Unidos. Si se comprende la magnitud adquirida en tales circunstancias por la cuestión limítrofe referida, fácil es advertir qué condiciones

requeríanse para el desempeño de aquella secretaría. D. Eduardo Soriano Bravo demostró, sin embargo, a pesar de su juventud y de su ingreso reciente en la vida pública, las aptitudes excepcionales que exigía la delicada misión. Producidos más tarde memorables acontecimientos históricos, D. Eduardo Soriano Bravo se incorporó a las filas de la revolución constitucionalista. Apaciguada la situación general del país, su Gobierno le confió la representación consular en New Orleans, siendo esto la consagración de su carrera. Sucesivamente ha desempeñado los importantes consulados de San Francisco, Filadelfia, Nueva York, Vancouver, Canadá, Suecia, Glasgow y Gotemburgo. Preocupado principalmente por la intensificación de la corriente comercial de México, en esta esfera de su labor D. Eduardo Soriano Bravo supo descollar en forma tan notable que al ser llamado a desempeñar el Consulado General en Buenos Aires se confió en que ello significaría abrir una nueva era en nuestras relaciones con la nación hermana. Y por cierto que no ha sido defraudada la esperanza, pues la actuación de D. Eduardo Soriano Bravo hizo efectivos los antiguos lazos de simpatía que unen a ambos países.

El personal de la Embajada de México está integrado por los siguientes funcionarios, D. Mario Gabucio S. M. Primer Secretario, Profesor D. Gustavo Villatoro, Segundo Secretario; Comandante D. Rafael Muñoz, Agregado Militar. Para compartir la delicada misión de D. Alfonso Reyes, misión que sin embargo tórnase accesible a todo espíritu culto y activo, dado los tradicionales vínculos de amistad que nos unen a México, seguramente sería difícil hallar, quienes lo hicieran con mayor dignidad. El ilustre representante del país hermano tiene en ellos colaboradores eficientes, acreditados por una larga e intensa carrera representativa en la cual han sabido poner de relieve singulares cualidades personales. D. Mario Gabucio S. M. ha desempeñado igual cargo en las embajadas de México en Guatemala, Japón, Chile y Uruguay. Una afanosa dedicación por el acrecentamiento de las relaciones internacionales de México, es el compendio generoso de su actividad pública, de muchos años al presente. Ha trabajado en este sentido con ahínco y con fe realmente admirables; y, justo es decirlo, se ha ganado así el prestigio moral que rodea su nombre tanto en su patria como en los diversos países en que le correspondiera representarla. El profesor D. Gustavo Villatoro es igualmente un diplomático de meritoria actuación, cuya labor está directamente vinculada al éxito de numerosas y difíciles comisiones internacionales. El comandante D. Rafael Muñoz, Agregado Militar de la Embajada, representa dignamente al Ejército mejicano, glorioso por tantas empresas de libertad en que derramara su sangre y consagrara su valor. Dentro de su respectiva esfera de acción, cada uno de estos funcionarios realiza la obra de acercamiento en que se halla empeñado el Embajador D. Alfonso Reyes.



Los altos funcionarios de la Embajada de México en la República Argentina



Don Jorge Colomic, agregado comercial honorario a la Embajada de México

Agregado comercial a la Embajada de México en nuestro país es el señor Jorge Colomic, funcionario activo, ampliamente vinculado a las esferas económicas de ambas naciones y a quien inspira un claro anhelo de servir el progreso común. D. Jorge Colomic viene cumpliendo desde hace años esta delicada misión pública para cuyo feliz desempeño requiérense cualidades sobresalientes de energía, de constancia, de desinteresada dedicación. Las relaciones de México con nuestro país se han beneficiado mucho de la actividad patriótica de este joven diplomático. No es exceso decir con seguridad que desde que D. Jorge Colomic asumió el alto cargo que inviste, la nación hermana ha entrado con respecto a la Argentina en una nueva etapa de sus vinculaciones materiales. Comprendiendo la magnitud que revestiría para el futuro hispanoamericanismo la existencia de medios directos de negociación entre México y la Argentina, D. Jorge Colomic ha persistido en forma práctica en su propósito de llevar a término el vasto ideal de organización de una flota mercante destinada al intercambio de ambas naciones. Conociendo sus aptitudes y la fe entrañable que pone en todas sus empresas, es indudable que el proyecto será, finalmente realizado en la medida de su concepción. D. Jorge Colomic colabora así, eficazmente, la tarea general de la Embajada.

Damas mejicanas



Señora Virginia Trejo Lerdo
de Gabucio, esposa del primer
secretario de la embajada de
Méjico en la República Ar-
gentina



Señora Julieta Provenzano de
Villatoro, esposa del segundo
secretario de la embajada de
Méjico



Excm. señora doña Manuela
Mota de Reyes, esposa del
embajador de Méjico acredi-
tado ante nuestro gobierno



Señora Margarita M. de
Colomic, esposa del agre-
gado comercial a la em-
bajada de Méjico



Señora Carmen Longoria
de Muñoz, esposa del
agregado militar a la em-
bajada de Méjico





ESPAÑA

EL 13 DE SEPTIEMBRE



El 13 de Septiembre próximo cúmplase el quinto aniversario del movimiento militar que salvó los destinos de España, confiando el Gobierno a su organizador, el General D. Miguel Primo de Rivera. El acontecimiento tiene enorme representación histórica, y repercutió demasiado hondo en la conciencia del mundo, para que sólo sea recordado y celebrado en la Madre Patria. No podemos, por fuerza, permanecer indiferentes a una fecha que nos alcanza por igual, dado los eternos vínculos que nos unen a España y los saludables efectos que se derivaron de aquel movimiento en beneficio del común de los pueblos hispanos. Precisamente, en esto reside nuestra manera de ver y sentir el iberoamericanismo. Comprendemos su valor como asociación verdadera de naciones, a las cuales relaciona entre sí, profundamente, tanto como la identidad de origen y el armonioso lazo del idioma, una fraternal atención de sus intereses recíprocos.

El propio general D. Miguel Primo de Rivera nos dió el ejemplo, preocupándose a diario, con loable celo, del desarrollo de los países iberoamericanos. Y hubiéramos dudado de la vitalidad rebotante de esta corriente de sentimientos afines, si en el próximo aniversario del 13 de septiembre las naciones de estirpe española — principalmente la nuestra — permanecieran ajenas al justo regocijo de la Madre Patria. Por suerte, los pueblos iberoamericanos se disponen a rendir homenaje, de fervorosa simpatía y espontánea adhesión al Gobierno del General D. Miguel Primo de Rivera. El movimiento militar histórico ha sido interpretado en toda su magnitud. Se sabe con certidumbre definitiva qué legítimo patriotismo lo inspiró y qué oportuna influencia tuvo él para los destinos de España. Estamos constatando, pues, a

la luz de una fecha memorable, el solidario imperio del iberoamericanismo. La ascensión del General D. Miguel Primo de Rivera al Gobierno significa para nosotros el renacimiento de la Madre Patria. Un largo perio-

fácilmente explicable, habíanse convertido a la postre en sus estimuladores directos. La corrupción es un círculo concéntrico, que extiende gradualmente su radio, y así el gobierno que fué un día invadido por la mi-

consiguientes resultados, la ruina de las industrias y la desorganización del comercio; el desorden institucional; la reagravación de problemas artificiosos como el separatismo y la cuestión social; la crisis de la instrucción primaria y superior, y, finalmente, el atraso progresivo de todas las actividades públicas, fueron otras tantas circunstancias de la comprometida situación en que se hallaba España por virtud del antiguo régimen. El episodio trágico de Annual fué el corolario lógico de semejante panorama de desquicio. La honda herida abierta en el pecho de la juventud española, llamó a su deber a los patriotas. La inquietud trascendió al pueblo. Voces de protestas levantábanse en defensa de la dignidad ofendida. Y el Ejército, depositario fiel de las Glorias de España, salió de su expectación para asumir la actitud que le correspondía. Respaldado en la voluntad unánime del país, el General D. Miguel Primo de Rivera, su jefe notorio, se puso al frente del movimiento, y, haciéndose cargo de la responsabilidad, ascendió al poder el 13 de Septiembre de 1923. El tiempo ha demostrado que ese acto significó la salvación de la Madre Patria. Escasos años han sido suficientes para reintegrar el país hacia su rumbo de grandeza. Como el fénix alegórico España reemprendió su vuelo, ávida de espacio. Ya no quedan de su pasado inmediato, sino las cenizas del recuerdo, que la generosidad aventará también. Consolidadas sus instituciones, saneado su ambiente moral, reafirmado su crédito interno y externo, España ha vuelto a ser digna de su tradición gloriosa. El General D. Miguel Primo de Rivera se ha ganado en justicia la gratitud imperecedera de sus conciudadanos y de los pueblos que aman y siguen a España en la plenitud de sus altos destinos.



Teniente general don Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, presidente del gobierno de España

do de malestar político viciaba las instituciones españolas, desde la caciquería electoral, que llegó a adquirir los contornos de un problema terrible, hasta las altas esferas de la administración pública y de la justicia. Recabábase a los gobiernos la solución necesaria, sin atinarse a reconocer que los tales gobiernos eran realmente productos de tanta descomposición y que, por ende, cumpliendo un fenómeno

seria moral de la politiquería, se constituyó en el polo de ésta y fué luego su vehículo directo. Los gobiernos sucedíanse por rotación natural, manteniendo un equilibrio de intereses partidarios, y encubriéndose unos a otros las malas prácticas administrativas. Entretanto España sufría las consecuencias de ello. La postración del carácter nacional fué su más doloroso indicio. La baja financiera, con sus





Margarita

Por Rafael Nogueras Oller

Sobre la tosca y bien fregada tabla de la larga mesa, humeaba la sopa dentro de los negros platos de tierra cocida.

Llegaron los trabajadores del campo y ocuparon sus puestos.

Blas, el colono, antes de sentarse, notó un vacío entre los suyos.

—¿Y Margarita?, preguntó bruscamente a su mujer.

—Enferma... Le duele el corazón... Pobrecita, ¡me da una pena!...

Sin duda al hablar así, con el acento muy triste, quería ablandar al marido. Este tenía un genio insoportable.

Medio engullendo, medio masticando, bostezó con ironía:

—¡La pobre! ¡Siempre encienque!... ¡Ya le daría yo, holganza!...

Colóse un trago de vino y enjugándose rudamente los labios regañó de nuevo:

—¡El corazón, la cabeza!... ¡Ah!... ¡Y tienes tu la culpa; vaya si la tienes!... Con tanto mimo la vais a perder. ¡La "señorona"!... Nunca hace nada. Llego a creerme que entre la baronesa y tú le habéis medido un orgullo tan grande en el cuerpo, que ya se avergüenza de su padre. Le doy asco porque no me lavo las manos veinte veces al día como ella... ¡Cómo si trabajar la tierra fuese pecado!... Me critica porque como así, con los brazos desnudos... Y no se ve que lo hago únicamente porque me da la real gana y para que aprenda que su padre no hace nada que esté mal, ni puede hacerlo porque es su padre...

Blas se salía de tino, pegaba con el puño sobre la mesa, furioso.

Sus hijos se miraban satisfechos. Ambiciosos de la suerte de Margarita, a la que consideraban más feliz que ellos, se alegraban viendo triunfar al padre.

No la comprendían. Con su color pálido y la eterna melancolía que entrístece infinitamente sus ojos azules y sus labios blanquecinos, no les daba lástima. En ella veían solamente a la mimada, la distinguida de siempre.

Le tenían unos celos atroces.

Antes, de pequeños, cuando la baronesa vivía con su hijo en la parte alta de la gran casa, Margarita se pasaba todo el día con ella. Jugaba con Luis, salían de paseo los tres, y la señora la colmaba de regalos y caricias como si fuera su madre.

Ellos, todo lo contrario; ayudaban forzosamente a su padre y con currian al colegio como si hubieran de purgar alguna falta enorme.

Y era que la naturaleza había dotado a Margarita de un sentimiento y claridad exquisitos que no tenían ellos.

Luis, enfermizo y delicado por temperamento, no podía intimar con los rudos hermanos de su amiguita. Sus juegos ruidosos y sus bromas pesadas le aturdían.

En cuanto al presente, los celos habían crecido considerablemente y rayaban en rencor.

Margarita, muy crecida, casi mujer, aunque poco desarrollada, hacía ningún trabajo pesado. Su madre no le permitía; la veía en el huerto y regaban con su sudor los largos surcos que abrían en la tierra dura, ella, la "señorona", paseaba tranquilamente bajo la sombra de los naranjos de oro, o bien sentada en la gran balsa se reposadamente.

Por esto gozaban en la creciente irritación de su padre, el estallar de una manera ridícula.

La madre, con el santo propósito de calmar a su marido, le decía:

—Déjala estar, no le hagas caso... No ves que ella ha recibido una buena educación...

Blas la interrumpió enfurecido.

—¡Qué educación!... ¡Con poco más nos tratas a todos! Malditos libros! ¡Ah! Yo te juro que el primer día en que me enseñen a leer, yo te enseñaré a leer, ¡en mala hora!...

—No maldigas más. Cálmate, por Dios...

—¡Mira, no me reprendas!... Digo que la quemó y la quemó. ¡Oyes?... Y a Margarita no la defiendes más... Calla, no defiendes a tu mujer. Ya estoy harto de cosas.

Aquí se levantó echando fuego como un condenado.

—¡Mando que baje Margarita! Quiero concluir de una vez con esta educación...

—Está en cama. Sufre mucho...

—Digo que baje.

Margarita, como de costumbre, a media tarde fué a sentarse en la gran balsa de aguas dormidas.

Estaba más abismada que nunca. Sus ojos claros se fundían en las manchas grises de la gran tristeza que la consumía.

Había llorado mucho. Por los despliegues de su vestido delicado brillaban aún alguna que otra de las perlas de sus lágrimas.

Quería a su padre y a sus hermanos como nunca podrían quererla.

Y no obstante, Blas se portaba muy mal con ella. Casi le había echado de casa.

La pobre, después de sufrir el más bestial y destemplado sermón, había servido de chacota ante los mozos de labranza.

Y ahora, vieron a sus faenas sonriendo los unos y los otros rascándose como si lo sintieran.

La furiosa irritación del colono llevaba un fondo que él no sabía pero que todos conocían.

Sabía de sobra que Margarita le amaba, que cosía y recogía las cosas, lista, sin dar importancia al caso; que arreglaba las camisas y cepillaba los trajes de fiesta, pero todo esto no bastaba aún para que él se calmara.

Blas pretendía disponer del porvenir de su hija; le había escogido un hombre que a pesar de ser algo estúpido era el primogénito de un rico labrador, y ella se había negado firmemente.

Era buena y no se vendía por nada. Era lo bastante fuerte de espíritu para no ceder. Debido sin duda a su temperamento refinado, creía en el amor de una manera ideal y desinteresada.

Era un carácter; nada de romántica ni de influida, lloraba puramente porque había razón.

Educada por la baronesa con el mismo cuidado que emplease para su hijo, se había desarrollado en un ambiente refinado que nunca disfrutó su familia.

Amaba a Luis como si fuera su hermano, y la buena señora amoldaba en ellos su manera de ser, sus costumbres sencillas, sus ideas puras, para desarrollar sentimientos en sus tiernos corazones.

Esta manera de vivir, ese ambiente apacible que les envolvía continuamente, les crió reflexivos, buenos, sossegados.

Para doña Berta, tan maternal de sí, el amor de aquellos dos seres era un hermoso lenitivo a sus pesares.

Unida a la fuerza con un hombre superficial, mezquino de alma, vicioso, había sido una víctima, y aquel retiro, aquel completo abandono a la dulce pasividad del campo, le alegraba su existencia triste.

Luis tenía la naturaleza muy débil y los médicos habían aconsejado este régimen de vida.

El marido aprovechó la ocasión para aligerarse de la esposa, así es que la dejó escoger. Y ella, a los severos castillos del barón prefirió la gran casa de campo de sus padres, que solo guardaba del antiguo castillo un trozo del piso superior y la vieja torre casi derruida, cuya gran base en el presente servía de granero.

Allí, libre de trabas sociales, olvidada del marido, que la visitaba muy de tarde en tarde, vio pasar siete años de su existencia, los más hermosos tal vez, abismada en un dulce ensueño, como si temiera despertar...

Y el despertar fué terrible: un día el padre quiso disponer del hijo para educarle a su voluntad.

Y madre e hijo, con lágrimas en los ojos, marcharon a hundirse otra vez en la densa sombra de la ciudad odiada.

Margarita quedó sola, triste, aplastada por el burdo realismo de la vida de su casa...

Silenciosamente cruzaba cien veces al día todas las dependencias de aquel piso que parecía una tumba y lloraba en cada una de ellas, como si fuera el alma quejumbrosa de un pasado feliz. Dolorosamente quitaba el polvo a todo aquel montón de juguetes y lo guardaba con devoción como si fueran reliquias... Sentábase frente a los grandes cris-

tales del antiguo mirador y se abismaba clavando sus ojos azules en los dorados naranjos que brillaban bajo de un sol que ella encontraba inferno.

—Buenas tardes... ¿La propiedad del barón?...

Margarita, absorta en la infinita vía de sus recuerdos, al oír una voz tan cerca de ella, cuando más sola se creía, tuvo un estremecimiento frío y volvió la cabeza con cierto espanto...

Y se quedó aturrida, sin saber que hacer ni decir, temblorosa, helada. Ante ella, sorprendido, como petrificado, estaba Luis, el hijo del barón.

Dominándose de la manera que pudo, perpleja, balbuciente, afirmó que sí, y su palidez de muerte se trocó en el rojo purísimo de las campesinas.

—Sí, señor; ésta es.

Hubo un instante de silencio que pareció inacabable. Luis, al fin, calmóse y dijo vivamente, emocionado por lejanos recuerdos:

—Corríamos, andábamos siempre juntos... Lo mío era suyo, lo suyo mío... y... sin embargo... ¡Oh!, el tiempo... el tiempo...

—¿Ha pensado en mí? — preguntó débilmente Margarita sin alzar los ojos.

—¡Pensar, pensar!... Primeramente sí; pero más tarde, el colegio; luego los estudios, la juventud, el bullicio de la ciudad, los amigos, todo, todo esto tejó sobre mi corazón como un velo que amortaja mi pasado.

Mas la muerte de mi madre, la voluntad de hierro de mi padre, su carácter dominador, luchas y tristezas, han rasgado a menudo aquel velo, y entonces, cansado, decaído, me han sonreído lejanamente estos naranjos de oro...

—Los naranjos...

—Sí, los naranjos, — continuó con cierta turbación; — los naranjos como si brindaran una vida nueva rebosante de verdad... como si el jugo de esta fruta fuera néctar de salud y de alegría...

Margarita estaba hermosa, magnífica; el sol muriente, pasando entre las verdes hojas de los frutales, le doraba la cabeza. La joven doblaba una punta del delantal sin parar atención en ello. Estaba fría otra vez, casi temblaba. Hacía diez años que no se habían visto. ¡Qué cambiados los dos!...

—¿Ha sufrido mucho usted? Veo que allí, en la ciudad — hablando así, extendía la mirada a través de los huertos, — en la lejana ciudad, también se sufre...

—Se lucha con fiereza, con los dientes, perdiendo trozos de corazón, ahogando el alma... He sufrido mucho, mucho, lo indecible; yo me

(Continúa en la pág. 39)

Inauguración del monumento a Rawson



El ministro del Interior, doctor José P. Tamborini, hablando en nombre del Poder Ejecutivo durante la inauguración del monumento erigido a Guillermo Rawson.



Los cadetes de la Escuela Naval y del Colegio Militar y los alumnos de las escuelas del Consejo Escolar 9, congregados al pie de la estatua durante el acto inaugural.



El monumento erigido al ilustre estadista, en la intersección de las calles Pueyrredón y Las Heras

Celebración del centenario de la paz con el Brasil



El presidente de la República, doctor Alvear, acompañado de los ministros del Poder Ejecutivo, escuchando, desde el palco oficial la ejecución de los himnos argentino y brasileño



Un detalle de la concentración de alumnas realizada en la plaza del Congreso, donde concurrieron diez mil escolares de la capital, acompañados del respectivo personal docente

Homenaje póstumo al señor Martínez de Hoz



En la avenida Sarriente, frente al local de la Sociedad Rural Argentina, fué erigido un monumento al señor José T. Martínez de Hoz, primer presidente de la mencionada institución. — A la izquierda: el presidente de la República, doctor Alvear y miembros de la familia Martínez de Hoz, escuchando el discurso del presidente de la Sociedad Rural, ingeniero Duhau. — A la derecha: el monumento inaugurado.



Círculo de la Prensa

La cabecera de la mesa en el banquete ofrecido por la Comisión Directiva del Círculo de la Prensa, en honor de los miembros de la Comisión Directiva saliente, en reconocimiento de su eficaz desempeño durante el ejercicio 1926-1928. — La demostración también se hizo extensiva al director del servicio médico rentado, doctor Eloy A. Escobar Bavió, al médico oficial rentado, doctor J. E. Olivera Báez y a los demás componentes del cuerpo médico de la institución como agradecimiento por los importantes servicios que prestan a la entidad.



Cumpleaños de la reina Guillermina



El ministro de Holanda, acompañado de su señora e hija, y de un grupo de connacionales, durante la recepción ofrecida en la legación, celebrando el aniversario de la reina Guillermina

BIBLIOGRAFIA



Señor Paul Groussac, autor del libro "Páginas de Groussac" recientemente editado



Nuestro colaborador, don Fermín Estrella Gutiérrez, autor del volumen "El idolo y otros cuentos" que acaba de aparecer

Entrega de las banderas italianas al Museo Histórico Nacional



El jefe del regimiento 9 de caballería pronunciando su discurso en el acto de la entrega de las banderas italianas al director del Museo Histórico, Dr. Antonio Dellapiane



Las banderas de los legionarios italianos que actuaron en la guerra del Paraguay, entregadas al Museo Histórico Nacional por el jefe del regimiento 9 de caballería

Busto de Ameghino



Busto del doctor Florentino Ameghino, obra del escultor Perloti, recientemente inaugurado en el Museo de Historia Natural

Los restos del general Martínez y del coronel Aguirre



Las urnas conteniendo las cenizas de los guerreros de la independencia, general J. A. Martínez y coronel J. M. Aguirre, antes de ser embarcadas en el cañonero Paraná para ser conducidas a Santa Fe, con objeto de que descanen en la ciudad natal.

NOTAS TEATRALES



Una escena de la obra histórica en 2 actos, original del señor F. A. de Zabala, que ha sido recientemente estrenada en el teatro Onrubia por la compañía Serrador-Mari, obteniendo un señalado éxito escénico. — A la izquierda: Carmen Olmedo, "vedette" perteneciente al elenco que actúa en el teatro Ateneo, donde es muy aplaudida por el público que concurre a dicha sala.



Doctor Juan Bacigalupo, distinguido bacteriólogo, profesor de la Facultad de Medicina y jefe de laboratorios del hospital Militar, recientemente designado representante argentino en el Congreso de Medicina Tropical que se reunirá en el Cairo a fines de diciembre próximo. — (Retrato al carbón de Ramoneda).

Recital poético



La notable declamadora señorita Rosario Beltrán Núñez, acompañada de la poetisa señorita Mary Rega Molina, después de la audición que la primera dió en la Facultad de Humanidades de La Plata.

Traslado de la estatua de Viale



La estatua que recuerda el acto de abnegación y sacrificio del señor Luis Viale, dispuesta para ser trasladada desde la tumba que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta a su nuevo emplazamiento en el espigón del balneario Municipal.

Baile en el Centro Germania



Vista parcial de las familias concurrentes al baile organizado por el Centro Germania a beneficio del Hospital Alemán.

GENTE MENUDA



Juan Ernesto y Carlotta Ríos Laurenzana.

Actualidades cinematográficas



Dos escenas de la notable superproducción "La tempestad roja", interpretada por John Barrymore, Camila Horn y Lewis Wolheim, que Artistas Unidos estrenará mañana en los principales salones.



Bert Lytell y Gertrude Short en "Prendas comprometedoras", que la Corporación estrenará el domingo próximo

Andrey Ferris y Carol Nye, que con Rin-Tin-Tin, con protagonistas de "El terror del desierto", cinta que la General estrenará el viernes próximo.



Escena de "Cadenas de honor", film del cual son protagonistas George O'Brien y Estelle Taylor, y que el jueves estrenará la Fox

Jean Hersholt y Marian Nixon en "El veneno del Jazz", cinta Jewel que la Universal exhibe desde la semana anterior

DEL INTERIOR



SAN LUIS. — Señorita Alodia A. Moyano, que ha concertado compromiso matrimonial con el señor Antonio Alorie



Los esposos Matel-Vilches rodeados de sus hijos y nietos al cumplir sus bodas oro matrimoniales



Señorita Matilde Beraja, recientemente fallecida



BOLIVAR. — El señor Benjamín Marzuka y su esposa señora Paulina Yorio en ocasión de celebrar sus bodas de plata matrimoniales.



LA PLATA. — Alumnas de la Escuela Normal de Profesoras "Mary O'Graham", pertenecientes al curso de sexto grado A.



SANTA ROSA. — Delegados al séptimo Congreso de Municipalidades y Sociedades Pro Fomento, últimamente realizado en Santa Rosa (Pampa).



ROSARIO DE TALA. — Pescando en el arroyo Obispo. — "Estos peces sabios son como algunos hombres: no tragan el anzuelo, por más cebo que se les ponga"



BUENA ESPERANZA. — Vista parcial de los concurrentes al almuerzo organizado por los residentes vascos festejando el día de San Ignacio.

Los amores de Pedro I de Rusia y Catalina

Un personaje de relieve y que con mayor precisión se destaca en la historia de Rusia, es Catalina I, convertida, por azares de la guerra, en esclava del general Checremeteff, amante luego de Menschikoff y elevada, al último, por Pedro I, a quien cautivó su belleza tanto como su ingenio.

¿Qué caminos la condujeron hasta tales alturas? ¿El general Checremeteff — dicen los historiadores de la época — cedió la esclava Catalina de Menschikoff?

Por aquel tiempo el zar salió en posta de San Petersburgo (llamado entonces Neuhaus), en dirección a Polonia; pero al llegar a Livonia se detuvo en casa de su favorito Menschikoff. Entre las esclavas que servían la mesa, Pedro reparó en Catalina y se informó de dónde era y cómo la había adquirido Menschikoff. Después de haber conferenciado secretamente con su favorito, Pedro habló a Catalina y observando en ella una inteligencia excepcional, le indicó que aquella noche tuviese la bondad de subirle la luz a su cámara.

Ante aquella orden inapelable, Menschikoff bajó dócilmente la cabeza. Cuando el zar hubo partido, la joven reprochó a su amo que le hubiese cedido de tal modo al capricho del emperador y aquellos tiernos reproches llegaron a lo más profundo del alma de aquel hombre que se creyó sinceramente amado por su esclava.

¡Pero, ay!, que las depredaciones de Menschikoff hicieron necesario el regreso de Pedro el Grande, deseoso de poner un término a aquellos abusos. Se hospedó nuevamente en casa de su favorito y Catalina no se presentó ante él. Una noche, durante la cena, preguntó el zar: "¿Qué ha sido de aquella linda muchacha?" ¿Por qué no se la ve?" Y la joven se vió obligada a presentarse ante el soberano, con una timidez y un rubor que no hacían sino realzar su belleza.

Al ofrecer el zar un vaso de licor, según la costumbre rusa, dijo Pedro I: "Me parece, Catalina, que no estamos en tan buenas relaciones como en mi último viaje, pero cuento con que haremos las paces". Y levantándose de la mesa y tomando a la joven por el brazo, dijo a Menschikoff: "¿Me la llevo?"

Ni al día siguiente ni al otro día dijo el zar nada a su favorito acerca de la esclava que le había arre-

batado, mas al tercer día exclamó bruscamente, en el momento en que Menschikoff se despedía de él: "Oye, me llevo a Catalina; me gusta y tienes que cedérmela." Inclínose el favorito en signo de asentimiento, y el zar continuó: "Sin duda, no piensas en que esa

Esto no es mío". Abrió luego el estuche que contenía una hermosa sortija y unos cien mil francos en pedrería. Entonces Catalina miró fijamente al zar y le dijo: "¿Es un regalo de mi antiguo amigo o de mi nuevo amo? Si es de Menschikoff, preciso es convenir en que

esclava: "Si esto procede de mi antiguo amo, le devuelvo sus presentes. Sólo guardaré esta sortija de poco valor como recuerdo de las bondades que ha tenido para conmigo, y si este regalo es de mi nuevo dueño, tampoco lo recibo, que yo no quiero sus riquezas, sino algo que vale más que todos los tesoros de la tierra". Al decir esto, rompió a llorar y perdió el sentido.

Aquel terrible déspota quedó a tal punto impresionado, que por primera vez en su vida conoció el amor, y él que siempre lo compró, y a bajo precio, tratando a los instrumentos de sus caprichos con el desdén más absoluto, parecía un tímido colegial al lado de Catalina.

Años más tarde, en las brillas del Pruth salvaba Catalina a Pedro el Grande y a su ejército. Cercados por los turcos, sin medio de escapar, entró Catalina en la tienda del emperador y le dijo que había un medio de salir del aprieto: corrompiendo al Gran Visir y al Kaimakan, a fuerza de oro.

—Catalina — exclamó Pedro el Grande, — el medio es maravilloso, pero, ¿dónde encontrar dinero necesario para comprar a esos hombres?

—¿En dónde? Aquí. Por lo pronto tengo mis joyas, y antes del regreso de nuestro enviado tendré en mis manos hasta el último céntimo que haya en nuestro campamento.

Montó a caballo Catalina y recorrió las filas dirigiendo la palabra a todos. "Amigos — decía, — nos encontramos en trance tal, que no podemos salvar nuestra libertad sino perdiendo la vida, o haciéndonos un puente de oro. Si perecemos defendiéndonos, el dinero y las joyas nos serán inútiles; pues empleemos uno y otras en comprar a nuestros enemigos. He sacrificado mis alhajas, pero no basta: es preciso que cada cual dé lo que posea. ¿Qué puedes darme? — preguntaba a cada oficial. — Dámelo ahora mismo. Si salimos salvos de aquí, tendrás cien veces más y te recompensaré el zar, nuestro padre". Todos, desde los generales hasta el último soldado, le entregaron cuanto poseían, y con aquel dinero se compró la paz y se salvó el ejército...

La recompensa fué proporcionada a la hazaña: Pedro el Grande hizo a Catalina emperatriz de todas las Rusias.



pobre muchacha está casi sin trajes; no dejes de enviarle en seguida ropa para que se vista..."

Menschikoff comprendió lo que el zar quería, y dos esclavos llevaron a Catalina sus efectos, en su cofrecillo que la joven abrió delante del emperador. "¿Qué es esto?" — exclamó Catalina al ver un estuche. —

despide magníficamente a sus esclavas". Algunas lágrimas brotaron de sus lindos ojos y permaneció turbada un buen rato. Luego, levantando la vista hacia el emperador que la miraba atentamente, preguntó: "¿Pero, no decís nada?" Esperó su respuesta. Como aún permaneciera mudo Pedro, agregó la

EL FUMADOR DE PIPA

Con los ojos perdidos en la calma del viento, recogen sus pupilas el paisaje, y se afana por buscar en su negra cabeza una ventana, para que pase el ala de un tenaz pensamiento.

Muerde la amarga pipa con gesto soñoliento; y, en la hilazón celeste que del tabaco mana, sombriamente iluso parece que devana la vida en la brumosa madeja de su aliento.

Sumergido en sí mismo, como en la sed de un rito, sus ojos van tornándose dos gotas de infinito que penden de la nada sobre la nada inmensa...

Y en el fondo estelar de un cielo de aguafuerte, el fumador de pipa, despertándose, advierte que es la bella escultura del animal que piensa.

César R. RODRIGUEZ

La notable exposición que se sus telas ha hecho el pintor Fantuzzi, da actualidad al artículo que transcribimos a continuación, donde el autorizado crítico, señor Scarpa, se ocupó, en Roma, del mencionado artista.

En el "Augusteo", en los salones de "Fiamma", ha sido expuesta durante un mes, la producción pictórica y en blanco y negro de Roberto Fantuzzi, artista nuevo para Roma y no todavía suficientemente conocido en Italia, porque, si bien es italiano, siendo aún joven se trasladó a la lejana América, radicándose en la Argentina, donde durante muchos años desarrolló su actividad de artista pintor.

Con todo, no vaya a creerse que Fantuzzi se halle ya en edad madura. Al contrario, tiene por delante tanta vida como para disponer del tiempo necesario para un inmenso progreso y para alcanzar la meta que su idealismo y su conciencia de estudioso le señalan como seguro porvenir.

Roberto Fantuzzi puede considerarse, entonces, como emigrante del trabajo, de esos emigrantes que, lejos de la Patria, se proponen conservar bien alto el propio nombre mediante la rectitud y la obra, y que, gracias a los dones de la inteligencia y del corazón, consiguieron afirmar el trabajo de nuestra estirpe en tierras lejanas donde las afinidades de raza y las liberalidades de las leyes permiten considerar a los italianos como en su propia casa.

Pintor eminentemente latino, en sus producciones de la Argentina ha podido hacer resaltar sus dotes de pintor honesto y sensible, recogiendo el aplauso sincero de todos los que en el país se interesan por el arte ya sea por amor, ya sea por pasión.

Nacido en Reggio Emilia, nuestro artista estudió dibujo en la ciudad natal, con Cayetano Chierici y cuando se sintió suficientemente preparado se trasladó a Florencia para perfeccionar sus conocimientos consultando las obras de los grandes artistas del renacimiento.

Más tarde vino a Roma para decorar algunas capillas, y, concluidos estos trabajos, pasó a París con objeto de estudiar.

En ese extraño y tumultuoso ambiente se quedó aislado y dedicado a la pura tradición de la forma y del color, reafirmando sus facultades en varias otras que expuso allí mismo consiguiendo elogios y estímulos de las personas competentes.

Por fin se decidió por trasladarse a la Argentina, tierra de promisión y de gran porvenir, donde el arte y la ciencia empiezan a dar frutos apreciables, cuyos méritos sobrepasan ya las fronteras del país para marcar su estela promisor en el orbe civilizado.

Roberto Fantuzzi

Quiso aplicar allí sus capacidades, frutos de una larga preparación; y como se hubiese ejercitado por mucho tiempo en el retrato,

imponerse en ese género de pintura como lo había hecho antes como paisajista.

Soportando así la pesada tarea



"LA PRIMERA TENTACION", cuadro original de Roberto Fantuzzi

se dedicó al cuadro compuesto con retratos cuyo parecido resultó forzosamente perfecto.

A pesar de las grandes dificultades que tuvo que superar consiguió

del estudio intenso de los distintos ambientes y de las características de los personajes que se había propuesto retratar, obtuvo resultados reconfortantes, y conforme apare-

cieron sus primeros ensayos de esta nueva orientación artística, fueron muchos sus admiradores y abundantes los encargos de trabajo.

Mediante la concurrencia a las clínicas universitarias con el objeto de retratar a profesores y a estudiantes, pudo crear una abundante serie de cuadros palpitantes de vida e históricamente interesantes, puesto que en ellos, aparte la fiel reproducción de las personas, existe también la solemnidad de un acontecimiento académico relacionado con el examen de un caso clínico o con el estudio de un nuevo bacterio.

Estos cuadros en los cuales los profesores, los estudiantes y los ayudantes son representados en diversas actitudes con un parecido perfecto, han sido reproducidos por varios sistemas y forman parte de una preciosa colección de la Universidad.

En 1924, el artista fué invitado por la Comisión de Bellas Artes de la Argentina a organizar una exposición personal en Buenos Aires, exposición que obtuvo gran éxito y que se repitió con igual resultado en Montevideo.

Recientemente regresó a Italia para pedir a sus connacionales un juicio sobre su obra en el extranjero. Se detuvo en Florencia y ejecutó, del natural, algunos cuadros de retratos colectivos en varias clínicas de dicha ciudad suscitando una intensa admiración. Se detuvo después en la península Sorrentina, donde pintó una hermosa serie de paisajes y de marinas al óleo, algunos de los cuales reprodujo al agua-fuerte y al agua-tinta.

Estos días, en el salón "Fiamma" ha expuesto todo el material de cuadros y de composiciones, de desnudos y de paisajes al óleo y al agua-fuerte, obteniendo de parte de la crítica y de los aficionados la acogida que cada creación se merece. La exposición tuvo el honor de ser visitada por S. M. el Rey, quien se entretuvo largamente con el pintor haciéndole objeto de palabras de efusivos elogios.

Roberto Fantuzzi es un pintor muy sensible y un dibujante analítico; quizá sea demasiado buscador de las particularidades; sin embargo, sabe imprimir a sus telas una humi-

dad cuyos efectos nunca desentonan aun cuando pudiera parecer, a primera vista, algo violenta.

Siente algo la pintura española que los argentinos aman, exagerando la tonalidad, debido tal vez al carácter fuerte y sin "sfumature" de sus paisajes y de sus marinas. Simplificando y resumiendo en pocos valores su técnica, Fantuzzi, que, para crear cuadros de retratos y de ambientes con buscada fidelidad ha debido alterar su propio gusto artístico, conseguirá



"UNA CONFERENCIA DEL PROFESOR SPERONI"

ser más comunicativo, más amplio y convincente, puesto que no carece de ingenio, capacidad y nobleza de expresión.

Ahora que se prepara a realizar otros estudios en Italia, para llevarlos a América, donde regresará pronto para reanudar el trabajo que le espera dentro de breve tiempo, sabrá darnos noticias de sus progresos y de la afirmación definitiva que lo conducirá a las más bellas y merecidas satisfacciones que un artista de su valer tiene el derecho de conquistar.

PIERO SCARPA

La vida

Reunidos todos los hombres, clamaban contra la vida. Y he ahí que, de pronto, surgió entre ellos una aparición radiosa, que deslumbró todas las miradas, como si de pronto se hubieran encendido mil soles, e hizo palpar con nueva fuerza todas las arterias, como si de súbito tuviera la sangre bríos más potentes. Era que la Vida llegaba para contemplar de cerca a los que animara con su soplo, y, aun los que contra ella blasfemaban, sentían el beneficio de su presencia. Majestuosa y bella, contemplaba con lástima su obra, y desdenosa oía las imprecaciones de los que no supieron aprovechar sus dones.

—No he vivido sino para padecer, — gemía un gotoso.

—Mi existencia ha sido una lucha continua y una derrota constante, — clamaba un pordiosero.

—El amor, el más apreciado de los dones, me ha inutilizado para siempre, — mascullaba un atáxico.

—La dicha ajena causa mi tormento, — rugía un envidioso.

—Mis amigos me han engañado, — exclamaba un embustero.

Y el tremendo coro aumentaba a cada instante, y la Vida escuchaba con desdén imprecaciones y quejas.

Cuando más formidable era la tempestad desencadenada por su presencia, la Vida paseó su mirada soberana por aquel mar de cabezas doloridas o repugnantes, y brilló la atmósfera, y palparon con mayor fuerza todos los corazones. Los ojos luminosos descubrieron dos bocas inmóviles, que no maldecían ni se quejaban.

—¿Por qué no abominas de mí como tus hermanos? — preguntó la Vida a uno de los dos hombres.

—Porque no he conocido jamás la ambición, ni el odio, ni la envidia, ni la ira. Soy idiota.

—Y tú, — repuso la Vida, dirigiéndose al otro que permanecía callado, — ¿cómo no me maldices?

El taciturno se encogió de hombros, y con un ademán indicó que era mudo.

Comprendió la vida la tremenda lección y desde entonces abominó de aquellos que no sabían apreciar sus dones.

La Vida desapareció airada, y por primera vez conocieron los hombres el rostro de la muerte.

PARALELO

El mar es ululante, solapado, uniforme, con sus revueltas aguas, con su extensión enorme.

La montaña está inmóvil, piramidal, erecta; el nivel aborrece y odia la línea recta.

El mar es insaciable; nuevo Moloch engulle víctimas indefensas, y se agita y rebulle.

La montaña se yergue, sólida y silenciosa, y es cordial y efusiva como una buena esposa.

El mar engaña siempre, como un fácil miraje, a los que se deciden a emprender largo viaje,

y en el puerto lejano de la ruta elegida no todos los que parten desembarcan con vida.

Por el contrario, nunca se muestra la montaña, con los pobres viandantes, orgullosa y huraña,

y ofrece a quien le pide su benéfica sombra lecho para su cuerpo, para sus pies alfombra.

El mar siempre se irrita, como un viejo gruñón, presa de sus achaques y su exasperación.

Es capcioso y sutil, como un hábil sofisma. Si se le ve en sosiego, como a través de un prisma,

parece inofensivo, pero, ¡guay con su calma! que sólo es transitoria, tal como la del alma.

La montaña, muy rica de curvas y declives, se contonea, ufana, con tantos arrequives.

Es tal como una novia solemne y señorial lista para una grande apoteosis nupcial.

Y celebra sus bodas con el sol, día a día, mientras el mar ensaya su ruda sinfonía.

Ante el sol que aparece y ante el sol que se pone a los siete colores de la luz descompone,

que cada uno de ellos tiene su equivalente en la base, en la cima, en el dorso, en el frente.

El mar nunca varía, superficie incolora, subterránea existencia de una exótica flora.

La montaña es cambiante, porque la perspectiva a veces la hace mansa y otras veces altiva.

La montaña resiste triunfante el paralelo, como que en sí resume la grandeza del cielo,

y del mar la perenne desolación abruna, abajo, turbio fondo; arriba, hirviente espuma.

ANGEL ROGELIO DURO

La muerte

No hay servidor más solícito y puntual que la Muerte, desde que la Vida le encargó del cuidado de aliviar las humanas desdichas.

—Tu vida es un perpetuo tormento; padeces sin esperanzas de mejorar de estado. ¿Quieres que acabe tu agonía?

—¡Aparte! ¡Huye! ¡Perdóname!

—Han muerto tu esposo, tus hijos; estás sola en el mundo; eres vieja y miserable; la enfermedad te muere. ¿Quieres descansar para siempre?

—¡No, no! ¡Deja que viva!

—No te queda ninguna ilusión; tu corazón ha muerto y se ha embotado la sensibilidad de tu cerebro. El resto de tus días será una serie de años que no te han de traer ni una dicha ni un placer. ¿No te decides a venir conmigo?

—Librame de tu presencia!

—Eres un fracasado, un imbécil destinado a ser blanco de las ajenas burlas. Nadie te hace caso, nadie te odia, nadie le envidia. ¿Qué provecho sacas de vivir?

—¡Por lo menos vivo!

—Hace años que estás en la cárcel y no saldrás de ella si no para ir al cementerio. ¿No es mucho más lógico que, abreviando tu vida, abrevies tus tormentos?

—¡No! ¡No me mates aún!

—Eres fea, horrible, contrahecha; inspiras repugnancia y horror a cuantos te miran; hasta para tu familia eres como un castigo perenne. ¿Te libro de la vida?

—¡Piedad!

La muerte se encogió de hombros y se dirigió a un hombre que la miraba sin espanto, diciéndole:

—¿Te asusta morir?

—No.

—¿De qué arcilla estás hecho, que tan distinto eres de tus semejantes? Gozas de buena salud; tu aspecto no revela pobreza. ¿Quiénes eres?

—Haz el favor de hablar menos y de cumplir tu cometido. ¿También la Muerte resultará bachillera?

Y la gorgona se quedó con la curiosidad, y nadie sabe tampoco en el mundo quién fué el único hombre que no temió a la Muerte. Sin duda sería el único dotado de buen sentido. Y murió sin hijos.

NECROLOGICA

Un sujeto pronunció en el cementerio un sentido discurso ensalzando las cualidades de un amigo suyo a quien van a enterrar.

—¡Descansa en paz! — decía.

—¡Has dejado una amante esposa en este mundo! ¡Has dejado el cariño de tus hijos! ¡Has dejado a tus amigos!

—Oiga usted — dice un oyente, — diga usted que me ha dejado a mí también con una cuenta pendiente.

BUEN CONSEJO

—Dudo entre la Poesía y la Pintura.

—Yo que tú, me dedicaría a la Pintura.

—¿Es que has visto mis cuadros?

—No; pero he leído tus versos.

El fantasma de Ganivet

Por Manuel Álvarez Juárez

Las agujas del reloj de la plaza habían traspuesto ya las doce y media de la noche cuando Holmes se dirigía hacia su casa dispuesto a dormir, no sin haber recorrido antes algunos callejones extraviados de la población y practicado ciertas investigaciones a que habitualmente le impulsa su condición de psicólogo y su inclinación de detective científico.

Sobre la mesa de noche había unos cigarrillos egipcios de los cuales tomó uno fumándolo ya en la cama, y "El Retorno", de Carmen de Burgos, que también alcanzó poniéndose a leer al azar, precisamente en uno de los capítulos en que la fantasía de la gran escritora describe las espeluznantes apariciones de algunos habitantes de la sombra, en tanto el viento gemía doloridamente en las velas y la lluvia caía de los aleros con el rumor de una plegaria monacal.

Ya sentía que los dedos invisibles de Morfeo cerraban sus párpados cuando observó que del techo se desprendía una tarjeta que vino a caer sobre el edredón, al alcance de la mano, la cual solo contenía la inscripción siguiente: *Angel Ganivet*.

¡Como! — dijo Holmes lleno de asombro.

¿Tan ilustre huésped me anuncia su visita?

Pues que pase.

No bien hubo pronunciado la orden cuando el fantasma de Ganivet apareció en el umbral de la alcoba, envuelto en una túnica blanca apenas sujeta por un tahalí de cuero.

— Buenas noches, Holmes.

— No tan buenas al parecer, ilustre huésped. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

El fantasma sentándose cómodamente en un sillón de mimbre, continuó:

— Los espíritus gozamos de facultades excepcionales: poseemos la suprasensibilidad, la velocidad de la luz y la ultravisión que traslada distancias fabulosas en el espacio y en el tiempo, en el pretérito como en el futuro...

Ahora mismo vengo de la cuarta dimensión, en donde resido, y en una milésima de segundo, según vuestra cronometría o sistema de medir el tiempo, estaré en París, en la biblioteca nacional, en donde me reuniré con algunos filósofos eminentes, a fin de tratar cuestiones importantes, muy importantes para el género humano.

— Me atrevería a suplicaros una merced, en virtud de esas prodigiosas facultades que poseéis.

— Pedídme.

— Quisiera saber algo de... de mí mismo. Decidme: ¿qué pensáis de Azucena?

— ¡Uff!... Parece mentira que seas un psicólogo y no la conozcas bastante... ¡*Quod Natura non dat!*...

Vano delirio el tuyo pensar en reformar la ética de esa mujer y cambiar lo que en ella es connatural. Sois dos tipos antagónicos, Holmes.

A ti te gustaría que fuese una mujer recatada, aristocrática, previsora

ra y temerosa del "qué dirán", que se estimara mucho a sí misma y que apareciera ante el concepto público con una personalidad distinguida, nunca discutida ni barajada, ni maltratada por bocas groseras, maledicentes y mal educadas.

Y es todo lo contrario, Holmes.

Azucena es buena, y en el fondo de sus actos no existe nada pecaminoso, pero es así... es como es. Es despreocupada, tiene una inclinación incorregible hacia lo plebeyo, propende al contacto con lo más bajo de la sociedad como por inevitable condición de familia o de atavismo, y... tiene poco juicio. Bien es verdad que el amor y la

si divisa ya el "Wandik" más que como un punto negro que se pierde en el horizonte, a la hora en que el sol parece acostarse perezosamente sobre un lecho de bruma.

Sobre la popa, con los ojos clavados en la costa. Holmes permanece mudo, inmóvil, como el mascarón del navío. Piensa en Azucena, evoca los tristes recuerdos que deshojaron su ilusión y pone el sentimental mensaje de un suspiro en las alas de la brisa marina y una lágrima silenciosa en la inmensidad del océano...

Quince días de recogimiento en el fondo de una cabina, después de los cuales, el sol y la flora porten-

"¡NO TE RINDAS CORAZON!"

(Verso oriollo)

Especial para "Fray Mocho".

¡Corazón! no seas flojoso
ni te piales en tus penas;
ricordá que hasta en las piedras
abren floritas 'e raso;
y que 'unque el sol en su ocaso
emponche al vaye en tristezas,
repuntando l' asperesa
de la sintura serrana,
güelva a apareser mañana
con oro, luses y fiestas.

Que si el malón del pampero,
atronador y bravío,
con sus chusos 'e frío
hase gemir los aleros,
cambea también los arreos
y en susurro, brisa, canto,
traí 'e las cosas del campo,
aromas, besos, suspiros,
y hasta el "amén" de un estilo
pa' que se duerman los ranchos.

¡Quién te ve, no lo creería!
vos qu' en malambo de amores
sapatíastes tus primores
sobre el querer de las chinás,
hoy; sólo porque una indina
en yerra de ingratitud,
te mareó con su atitú,
¿vas a hoscicar en la vida?
no pues; ¡corasón arriba!
y a repechar juventú.

¡No te rindas corasón!
ni pasuquies tu congoja;
mirá que la vida es floja
no tiene más qu'el tiron;
aguantale su encontrón,
que dominada en el chumbo,
te ha de cabrestiar po el mundo
alegre, amorosa, güena,
¡hecha arpegio en tu vigüela
y coscoja en tu lobuno!

ARSENIO CAVILLA SINCLAIR

locura son dos palabras equivalentes, y tú... tampoco andas muy bien de la cabeza. Mucho has sufrido, pero te espera un ciclo de años muy feliz que quiero veas por ti mismo.

Ganivet puso, entonces, sobre la frente de Holmes la mano derecha por cuyos intersticios articulares fluía una luz opalina que daba a éste un aspecto cadavérico. Momentos después caía en el sueño magnético y el estado de catalepsia.

Holmes divisa un enorme transatlántico fondeado en un puerto español para el cual tomó billete.

Barcazas abarrotadas de pasajeros se acercan a la escala del buque, en tanto, allá, en el muelle, las familias de los emigrantes lloriquean y agitan los pañuelos despidiéndose.

Pasea impaciente por las crujías de cubierta hasta que, por fin, la sirena del barco lanza al espacio un alarido anunciador de la salida.

Desde la torre de Hércules que los fenicios construyeron siglos ha para atalaya del Atlántico, apenas

tosa del trópico desperezan su espíritu y lo acarician con la primera ráfaga de alegría.

Dos meses después Holmes pasea muchas veces con Fany, mujer delicada, cariñosa, espiritual y culta, que lo entusiasma con la amabilidad de sus charlas y lo seduce con el timbre de su voz cantarina.

— Despierta, Holmes, — ordenó entonces Ganivet, al tiempo que dibujaban sus labios un rictus de satisfacción.

Al abrir los ojos observa que unos buhos, que revoloteaban en la penumbra de una habitación contigua, vienen a posarse en la barandilla del catre, mirándole con sus ojos circulares y fosforescentes.

— ¿Qué huéspedes son esos, Ganivet?

— Pues son los que me esperaban en la biblioteca de París, que vienen a buscarme porque tardaba. El Aguila de Hipona, San Agustín, Fray Ceferino, Balmes, Bosuet...

Los adalides formidables cuya ortodoxia ha sido en vano combatida por las escuelas filosóficas del monismo, el determinismo, el he-

donismo, el fuero absoluto de la razón, la mentempsicosis de Pitágoras y toda esa balumba de sistemas con que Rousseau, Hekel, Kant, Goethe, Lutero, Aristóteles, Epicuro, etc... han envenenado el mundo de la moral.

Estoy convencido, Holmes.

Ahora nos vamos porque tenemos que tratar problemas de gran trascendencia.

— Antes de marcharte, ¿no podrías explicarme lo prodigioso de vuestros movimientos, de vuestra casi ubicuidad, de vuestra sutileza, de vuestra fuerza?...

— No puedo.

Nuestros movimientos extralimitan toda explicación cinemática de la física mecánica de los hombres; nuestra sutileza, nuestra inteligencia y nuestra fuerza es ajena a la dinámica de los mundos y de los cuerpos ponderables y tangibles.

Pertenecen a un plano superior que perdura en el misterio.

— ¡Adiós Holmes! — dijeron todos a un tiempo.

Y los ilustres viajeros de ultratumba desaparecieron dejando en la alcoba del "detective" un resplandor tenue como esa claridad que se observa en el occidente tras un ocaso de luna...

La revancha del inglés

Un andaluz y un inglés decidieron hacer una excursión de caza para lo cual se proveyeron de lo necesario, llevando además unas botellas de whisky.

El andaluz se dedicó durante el viaje a tomarle el pelo a su amigo que, aun comprendiendo las bromas no se atrevía a decir nada por no saber expresarse con facilidad en español.

La noche antes de dar por terminada su excursión se alojaron en la cabanía de un pastor, y, como era invierno y hacía mucho frío antes de acostarse decidieron beber la mitad de la última botella de whisky que les quedaba, guardando el resto para la mañana siguiente.

A media noche, el inglés se levantó y con mucho sigilo cogió la botella de whisky y se puso a beber su contenido. Por un momento pensó dejar algo para su compañero, pero recordando las bromas que le había gastado, decidió beberlo todo.

Al poco tiempo se levantó el andaluz aterido de frío y dispuesto a consumir el whisky que creía contenía la botella, pero como hiciese demasiado ruido el inglés se despierta y le pregunta:

— ¿Eh? ¿Qué buscar usted ahí?

— ¡Na, home, na; no ce apure uzté! contestó el andaluz.

— ¡Ah! bueno, si usted buscar nada entonces lo encontrar en la botella de whisky.

El capitán Brown cuenta como mató a Richthofen

Como supo quién era su víctima y quiénes se atribuyeron la victoria — Su impresión ante el cadáver del "as" alemán.

(Continuación)

Le ví por fin sobre Corbie, al Norte de donde me encontraba yo. Parecía encontrarse sereno. Volaba hacia Bertangles, según yo le había aconsejado. De pronto advertí que le seguían. Por entre la niebla vi un triplano rojo que iba como una flecha detrás de él, en posición que podía ser mortal para el perseguido.

Ascendí para colocarme en situación que me permitiera dar a May rápida ayuda si le fuera necesaria. Maniobraba bien, indudablemente, en círculos y zigzags; pero el triplano seguía pegado a su cola. Parecían enormes aves que se dieran caza una a otra. Los dos describían curvas y círculos a la vez. Cada movimiento que May hacía lo duplicaba su rojo enemigo. Pero el muchacho se defendía bien.

Me di cuenta poco después de que el alemán iba ganando la partida. Dejé de describir curvas, y cuando May las hacía él volaba recto y acortaba la distancia entre los dos. May no iba mal, sin embargo. Si podía conservar aquella marcha...

No tardé mucho en darme cuenta de que estaba perdido. Había hecho todo lo que sabía. Llevaba ahora al triplano apenas cien pies detrás y al mismo nivel. De un momento a otro las ametralladoras del triplano entrarían en acción. Era el momento de actuar. Afortunadamente había yo ganado tres mil pies de altura. La hélice hacia abajo, descendí rapidísimamente hacia la cola del aparato rojo. Me encontré en posición perfecta: arriba y detrás. No era más que cuestión de tirar ya. Ningún aeroplano me había visto. May danzaba como un pez cogido en el anzuelo. El triplano buscaba la puntería para una bomba cuando llegó la bala cierta. Fue en el momento en que May pensaba: "No hay remedio. Ya no puedo hacer nada". Y se recostó en espera de la muerte.

Entonces fué cuando oí mis disparos. Miró. "¡Dios! ¡Si es Brownie! A la otra que miró, el triplano rojo había desaparecido. Lo vió estrellarse contra el suelo. El fin de Richthofen fué exactamente el mismo que había sido el de la mayoría de sus víctimas. Murió antes de que pudiera reponerse de la sorpresa de mi presencia.

Así fué de sencillo todo. Yo había descendido hasta que la roja nariz de mi camello apuntaba a su cola. Apretaron mis dedos el gatillo. Los proyectiles dieron en los planos de la cola. "¡Un poco más cerca!" Despacio toqué el timón de profundidad, y la nariz del camello se elevó ligeramente. Pura teoría. "¡Ahora está bien! ¡Ya!" El reguero de proyectiles pasó ahora a lo largo del cuerpo del triplano rojo. Su ocupante se volvió y miró atrás. Percibí la llamarada de sus ojos a través de las gafas. Luego se estremeció y se dejó caer en la tarima. Le perseguían mis balas. Mis dedos seguían apretando el gatillo.

Richthofen estaba muerto.

Todo fué cuestión de segundos, en menos tiempo del que se emplea en referirlo.

El triplano se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó hélice abajo. Las trincheras de reserva de la infantería australiana estaban a no más de trescientos pies. Fué un rápido descenso. May lo vió. Yo lo vi al mismo tiempo que pasaba por encima. Mellersh lo vió también.

riendo y me estrechó la mano:

—Gracias, Brownie. Te hiciste con aquel alemán rojo. Yo estaba ya entregado. Hubiera sido cosa de un segundo.

Se mostraba encantado de estar vivo.

No hizo mención de Richthofen. Ni yo tampoco. Apenas en lo más recóndito de mi pensamiento se atrevía a asomar la idea de que aquel triplano rojo podía haber si-

—¡Yo tiré a uno!

—¡Yo tiré a uno!

—¡Y yo también!

Se bebió de firme. Fisicamente estábamos deshechos, pero enardecidos, animados.

Poco después me senté a escribir el informe de mi combate. Dije en él simplemente que había destruido un triplano todo rojo. He aquí el texto:

"Acometimos a un importante grupo de triplanos y albatros de un asiento. Vinieron a mi cola tres triplanos y pude deshacerme de ellos. Ascendí para emprender el regreso. Me lancé sobre un triplano todo rojo que iba a la cola del teniente May. Descendí aceleradamente y se estrelló. Lo vieron el teniente Mellersh y el teniente May. Descendí sobre dos triplanos Fokker que seguían al teniente Mellersh. No pude cazarlos".

En el hangar encargué a los mecánicos que dieran un repaso total al aparato. Pedí uno nuevo. Luego fui a comer a la vieja tienda que hacía veces de comedor.

Sonó el timbre del teléfono. Contestó nuestro oficial de ingenieros, que se volvió a nosotros rápidamente:

—¡Brownie! ¡Brownie! ¡Prepara el pecho para la condecoración!

—¿Por qué?

—El triplano rojo era el de Richthofen.

Casi me desmayé. Cierto que yo había tenido la sospecha de que podía ser; pero aquella plena confirmación me desvanecía. ¡Richthofen! ¡El barón rojo! ¡El "as" de los pilotos alemanes!

Los compañeros se echaron sobre mí felicitándome, aplastándome:

—Ya verás cuando vuelvas a Inglaterra, Brownie. Tendrás las mueres así.

—Dirán cuando pases: "¡Ahí va el bravo que mató a Richthofen!"

—Y espera a que empiecen a llegar las medallas: francesas, italianas, rusas...

Estaban entusiasmados. Era una gran hazaña para el escuadrón.

Nos sentamos a comer, por fin. Estábamos terminando cuando Cairns, comandante del ala, entró. Nos pusimos en pie. Vino a mí. Su semblante era severo y no había en su actitud el menor asomo de felicitación. Su tono me dió un escalofrío:

—¿De manera, Brown, que dice usted que ha matado a Richthofen?

—No, señor. Yo no.

—Pues yo creo que sí.

—No, señor. Yo he dicho que he derribado un triplano Fokker todo rojo... No sé quien era el piloto.

—Era Richthofen. Pero la cuestión es ésta: los artilleros australianos dicen que han sido ellos los que le han cazado desde tierra. Hay también un informe de que fué derribado por uno de los R.E. 8-s. Además del informe de usted.

No dije nada. Los demás pilotos guardaron silencio también. Yo estaba seguro de que mis proyectiles le habían derribado, absolutamente seguro; tan seguro que me indignaba que otro pudiera atribuir-

El reloj parado (Couplet-Tango-Milonga)

Se ha parado, mi negra, no camina
mi reloj de bolsillo ¿te acordás?
el reloj que tu dicha y mi ventura
marcó con su sincrónico tic-tac.

Se ha parado, no marcha, no funciona
la cajita de acero con cristal,
que en la mesa de luz de nuestro nido
solíamos poner para mirar.

Se ha parado, por mucho que le he hecho
no quieren sus manillas girar más;
sin duda porque entienden que han pasado
las horas que se deben señalar.

¿Es posible que así se vaya yendo
lo que vino sin irsele a buscar?
Porque, vos, me has querido ¡ciegamente!
y, sin embargo, ahora, ¡no es igual!

Ya no pides mis besos, los recibes;
tus brazos aunque oprimen no son ya
cinturón o collar como eran antes
que hacíanme la piel amaratar.

Ya no gimes de dicha como otrora;
hoy todo te resulta muy igual:
que te quiera dos veces una noche,
o que pase sin verte un mes o más.

¿Es posible que así haya terminado
(porque el fin del comienzo ya es final)
lo que fué, yo no sé, pecado o gloria,
aroxismo de amor, idealidad?

Se ha parado, mi negra, no camina
mi reloj de bolsillo, ¿te acordás?
el reloj que tu dicha y mi ventura
marcó desde el principio hasta el final.

Se ha parado, no marcha, no funciona,
y al verlo siento ganas de llorar;
lo mismo me sucede al contemplarte
tan otra, tan cambiada, tan formal!

José PAVIA R. JAEN

Mellersh estaba metido en un mal asunto. Dos triplanos iban pegados a su cola. Acudí en su ayuda lo más de prisa que me fué posible. Los alemanes abandonaron la presa y volaron hacia sus líneas. Se había acabado el jaleo. En él había llevado cada uno lo suyo.

Renqueando como un pato cojo emprendí el regreso a Bertangles. El aeroplano estaba destrozado. Funcionaban solamente tres cilindros. La hélice apenas giraba. Pero llegué al aeródromo.

La primera persona que encontré fué Wop May. Vino a mí co-

do el de Richthofen. ¡El "as" de los "ases" alemanes! Parecía inmodesto pensar que yo le hubiese derribado.

Se nos acercó Mellersh:

—Echaste abajo aquel granuja colorado, Brownie. ¡Buena pieza!

Mackenzie había derribado también un triplano y recibido en la contienda una ligera herida en la espalda. Una bala le había abierto el chaquetón y rozado la piel. No habíamos perdido ni un hombre, así que no era maravilla que el aeródromo entero estuviera aturrido con nuestra charla:

selo. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué podía decir?

Los australianos en cuestión estaban en la 11.ª brigada de Infantería, en cuyas trincheras de reserva se había estrellado el aeroplano rojo. No dejaba de ser curioso que los R. E. 8-s., por cuya salvación habíamos trabajado, y que ahora se atribuían haber matado al "as", fuesen aparatos australianos.

Cairns me sacó del escuadrón para hablar del asunto.

—¿Qué le parece a usted que hagamos? — preguntó.

Yo estaba aturdido.

—Lo único que podemos hacer — dije — es ir a las líneas y ver el aparato. Con eso sabremos en seguida quién ha matado al piloto. Podemos ver el cadáver también. Las heridas dirán si se le hirió desde tierra o desde el aire.

Cairns se mostró conforme, y nos preparamos a marchar.

Yo estaba excitadísimo cuando me dirigí a mi tienda para cambiarme de ropa y acompañar al comandante a las líneas a fin de ver el cuerpo de Richthofen y los restos del triplano rojo. Estuve al borde de decir: "Está bien. Déjese a los australianos, y que se vayan al infierno".

De momento no me explicaba yo bien que hubiera en la muerte de Richthofen ningún motivo para armar semejante estrépito. Sabía yo mejor que nadie lo fácil que había sido. Pero la terquedad me condujo a llevar el asunto adelante.

Dos pilotos de mi escuadrilla y los tenientes May y Mellersh habían visto que había sido yo el que lo había matado. En un combate ordinario hubiera bastado esta evidencia. Generalmente el testigo bastaba para acreditar que se había derribado a un adversario. Pero, según las señales, con Richthofen ya era harina de otro costal.

De repente me sentí disgustado de todo el asunto. Después de todo, lo importante no era quien se apuntase la hazaña, sino que la carrera de aquel caballero de la muerte estaba para siempre terminada.

Reconstituía yo en mi imaginación los momentos de dar los proyectiles en las alas y luego en el fuselaje; por último, en la tarima; cómo se dejó caer el piloto. Y, sin embargo, los artilleros australianos se ufanaban de haberlo derribado a balazos desde las trincheras.

Por otra parte, estaba la afirmación de los R. E. 8-s. — los aeroplanos de observación de la artillería, — a los que nosotros habíamos salvado acometiendo a los cirios. Este informe era una increíble audacia. Richthofen solía liquidar aparatos de esa clase como una especie de aperitivo para sus comidas fuertes. Indudablemente estaban ya de vuelta en su base, dando gracias a Dios de estar vivos cuando murió Richthofen.

Todas estas cosas me daban vueltas en la cabeza mientras me cambiaba de ropa. Cuando estuve vestido subí al coche del comandante, y juntos partimos para el cuartel general de la 11.ª brigada de Infantería australiana. Viajábamos en silencio. Cairns nunca era muy locuaz, y yo no tenía gana de hablar.

Por fin encontramos la tienda del general en el bosque, al Este de Corbie, me parece.

Fué Cairns quien habló al general. Estábamos de pie los dos. A mí no me presentó. Solamente di-

jo que tenía interés en saber exactamente lo que había ocurrido con Richthofen.

—Mandaré a buscar — dijo el comandante general — al oficial que estaba al mando de aquella sección de la línea.

Aquel oficial australiano sabía de memoria su papel. Dijo que ha-

camello que estaba detrás del triplano rojo?

El oficial titubeó, ruborizado y confuso.

—No, no había ningún *camello* nariz roja detrás — dijo.

Entonces comprendí que mentaba. Porque, hubiera yo derribado o no a Richthofen, no hubiera podido



—¿Con que un viaje de placer?

—No lo sé aún... Voy a asistir a la apertura del testamento de mi tío...

bían estado contemplando la lucha; el ataque de los triplanos a los R. E. 8-s.; luego cómo los *camellos* se habían precipitado sobre los triplanos y se habían empeñado con ellos en comprometida lucha. Después un *camello* nariz roja se había visto perseguido muy de cerca por un triplano todo rojo. Los dos en persecución habían ido acercándose cada vez más; tanto

dejar de verme quien tantas cosas había visto. Yo estaba a la cola de Richthofen cuando cayó.

Pero no hizo comentario alguno.

Cairns preguntó por el cadáver, y le dijeron que se había enviado a la Fuerza Aérea Real. Después supimos que no fué sino una verdadera batalla verbal. Los australianos no querían que se lo llevaran.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

llegaron a acercarse que dió orden a sus artilleros de abrir fuego contra el avión enemigo. Habían tirado y habían derribado el aparato.

—¿Había por ahí algún otro *camello* nariz roja? — preguntó Cairns.

—No — dijo el oficial. — No había más que el perseguido. Siguió su vuelo.

Entonces hablé yo.

—¿Y qué hizo — pregunté — el

Los oficiales australianos ni siquiera nos ofrecieron un guía. Se limitaron a indicarnos fríamente el camino.

De regreso, Cairns me preguntó:

—¿Qué piensa usted de esas declaraciones?

—El oficial es un embustero.

Y le indiqué como no podían haber dejado de ver mi *camello*, que iba a la cola del triplano.

—Pero — añadí — después de haber examinado el cuerpo debemos examinar el aparato. Ahora no quiero decir nada más. Hay una ligera posibilidad de que lo hayan derribado desde tierra. Pero podré asegurar lo que haya una vez visto el aparato.

Encontramos el cadáver de Richthofen tendido en tierra, cerca de unas tiendas de Sanidad. Le rodeaba un pequeño grupo.

Me acerqué con una mezcla de curiosidad y de duda. Hasta entonces todo enemigo que yo había derribado había caído del lado alemán de las líneas. Era aquél el primer hombre muerto por mis ametralladoras al que yo tenía ocasión de ver. Hubiera preferido no verlo. Su aspecto era para mí desagradable posdata a la lucha abierta en los aires. Arriba uno no piensa en la muerte. Arriba es vida todo, velocidad, alegría. Pero ¡aquel cuerpo silencioso! Me impresionó pensar que podía haber sido yo. Me estremecí.

Richthofen llevaba puesto uno de los chaquetones de reglamento en la Aviación británica. Sin duda cogido a una de sus muchas víctimas. También llevaba cuando cayó botas de las que usan nuestros aviadores; pero se las habían quitado ya y estaban allí al lado. Hay razones para creer que aquellas botas habían pertenecido a un amigo mío, a Jerry Nash, del que supe que había sido muerto por Richthofen, aunque su nombre no figura en el informe últimamente publicado. Nash estuvo prisionero en Alemania, y siempre refería que en el cuartel general del escuadrón alemán, que fué donde le cogieron, Richthofen le quitó sus botas forradas de lana.

Richthofen, silencioso, muerto, me produjo una gran impresión. Parecía un muchacho. Hasta parecía un buen muchacho. Sus pies pequeños semejaban los de una mujer, y, en cuanto era posible con aquel absurdo atavío de aviador, revelaba elegancia. Le habían quitado el casco. El pelo rubio, fino, y suave como el de un niño, caía a los lados de la espaciosa frente. El rostro, de rasgos particularmente apacibles, daba impresión casi de dulzura. Yo no podría decir exactamente lo que esperaba ver; pero lo que ví me impresionó mucho.

No le faltaba, sin embargo, a aquel rostro fuerza y carácter, lo que me produjo no menos extrañeza.

—Es un tipo de hombre — pensé. — Me hubiera gustado conocer a este buen chico".

De repente me sentí oprimido por una especie de vergüenza, de dolor, viéndome culpable de que aquel hombre, exuberante de vida horas antes, yaciese ante mí exánime. En lo hondo de mi corazón maldije las razones que hacían necesaria la muerte de un hombre tal. Apreté los dientes. Maldije la guerra.

Si hubiera sido posible para mí volverle a la vida lo hubiera hecho alegremente. Pero eso era distinto de apretar el gatillo de una ametralladora.

No quise mirarle más a la cara. Mis ojos se fijaron en sus manos. Aquellas manos parecían hablarme, parecían vivas. Aún ahora las veo: largas, blancas, delicadas como las de un músico, en vivo contraste con el áspero caqui del traje de volar.

(Continuará)

La venganza de "Luz de Estrella"

Los muchachos de Sage Brush habían estado cantando y bebiendo en el Golden Salón de Blue Springs, pero, como todas las cosas tienen un fin, el cow-boy Charlie y sus camaradas resolvieron retirarse y se encaminaron hacia el exterior en busca de sus caballos.

Bender otro cowboy, que no formaba parte del grupo y que había estado también en el Salón, salió un par de minutos antes que ellos. Cuando llegó a la puerta Charlie, vio algo que le hizo encender la sangre.

El caballo de Bender había hecho sin duda algo que no gustó a su amo y este le golpeaba en una forma brutal.

—¡En! ¿Qué hace? — exclamó el cowboy corriendo hacia el que maltrataba al noble animal.

Pero Bender estaba completamente alterado y volviéndose hacia el que le hablaba le preguntó en forma soez quien le metía en sus asuntos y quien era.

—Voy a decirle quien soy, — respondió Charlie—. Soy, un hombre que no permite que en su presencia se castigue de esa manera a un pobre animal.

—El caballo es mío y puedo hacer con él lo que me parezca... Y le prevengo que si no se aparta de mi vista haré con usted lo mismo que con él.

—Eso es algo que me gustaría ver, — respondió el cowboy poniéndose en guardia, en previsión de un ataque.

—Pues voy a complacerle, — agregó el otro. Así trató yo a los intrusos.

Y como una furia se lanzó contra Charlie quien, con un brazo paró el golpe, mientras que con la otra mano dió un tremendo puñetazo en la nariz de su atacante. El hombre retrocedió pero para atacar de nuevo con mayor furia aún, y blasfemando como un hereje. Continuó en esa forma encarnizada la lucha y lo que pudo recordar de ella Bender fué que al recobrar los sentidos le estaban echando aún agua con un balde. Tenía un ojo cerrado y cuando miró con el que le quedaba sano vió que Charlie se sacudía el polvo tranquilamente mientras le decía.

—Y como vuelva a verlo tratando de esa manera a un animal le aseguro que esta me la pagarás!...

Luego, seguido de los otros muchachos montó a caballo y partieron al galope. Bender no pudo ponerse en camino hasta un cuarto de hora después y lo hizo a caballo pero sosteniéndose a duras penas en la silla y con marcha moderada. Ronco de ira exclamó: ¡Te aseguro que estas me las pagarás!...

No había junto a él cuando pronunció estas palabras, más que otro hombre, Dutchy, un cowboy del Ranch de la doble X, quien, por rara coincidencia, había sido tratado en forma similar por Charlie, pero aquella vez porque el castigado era una criatura.

—Yo también lo odio, — exclamó en voz baja. Voy a acompañarle Bender y así le diré algo que quiero que sepa.

El otro lo miró con desconfianza y después encojiéndose de hombros se puso en marcha. Cuando se encontraron fuera de Blue Springs, Bender dijo a su acompañante: — ¡Habla!

—Yo también odio a ese cowboy, pero como lo conozco bien sé que no podré hacer nada contra él pues siempre está alerta y es rápido para el revólver, pero sé que se le puede herir en forma indirecta atentando contra Luz de Estrella, su caballo.

Un destello de satisfacción brilló

Reflexiones de un optimista

¿Ha visto usted una tortuga boca arriba? Es objeto de lástima o de risa ver cómo mueve sus patas al aire y cómo lucha en vano por darse vuelta. Si lo consigue por su propio esfuerzo, es cuando ya está rendida.

Un hombre que se ve engañado por un amigo de su confianza, se encuentra en parecida situación a una tortuga boca arriba. La base sólida de la amistad deja de existir y el amigo engañado da puñaladas al aire. En la edad madura comprendemos la triste lección que envuelve la deslealtad de ciertos hombres. Pero en la adolescencia, cuando un amigo nos engaña, deja huella indeleble en el corazón. A esa edad todavía no estamos a prueba de impresiones, se nos hiere con relativa facilidad.

Necesitamos establecer un término medio en nuestras relaciones con la humanidad. Aquél que es excesivamente desconfiado, acaba por desconfiar de sí mismo, se amarga la vida. Aquel que es confiado en exceso, se ve engañado a menudo. Aquellos que prestan ayuda a la tortuga cuando forcejea boca arriba por cambiar de posición, realizan un acto de valor. Hagamos lo mismo con los amigos víctimas de la deslealtad.

Frank CRANE.

en los ojos de Bender.

—¿Cómo dices? Esa es ciertamente una buena idea.

—Ahora lo que debemos hacer es vigilar a Charlie para cuando vaya sólo a caballo, nos emboscamos y uno hiere al caballo. ¿Qué ocurrirá entonces? que Charlie atacará furioso al que ha herido al animal y mientras tanto el otro dispara contra él y lo hiere, o lo mata.

—Dutchy, tienes una sorprendente imaginación. Estamos de acuerdo camarada. Pero, por si no llegásemos a matarlo será conveniente que no nos reconozca.

—Eso es fácil, — dijo Dutchy. — Cuando lo ataquemos nos cubrimos el rostro.

—De acuerdo entonces. Ahora utilizaremos los detalles.

Entre tanto los muchachos de Sage Brush habían llegado a su destino y todos le dijeron a Charlie que tuviera cuidado con Bender, pues era un tipo muy traidor.

—Es una víbora y te atacará en la oscuridad como encuentre ocasión para ello, — le dijo Curly.

Charlie prometió estar siempre en guardia, pero transcurrieron muchos días sin que ocurriese nada

desagradable. Así llegó uno en que el cowboy marchaba solo con su caballo por las montañas. Bender y Dutchy lo espiaban.

—Esta es nuestra oportunidad, — exclamó Dutchy. — Yo voy a dar un rodeo para colocarme detrás de él.

Convinieron en que Bender se ocultaría detrás de una peña y dispararía su rifle contra Luz de Estrella cuando llegase a un punto determinado.

El noble animal de Charlie galopaba y el cowboy marchaba alerta pero sin temer realmente un ataque ya que no se veía a nadie, cuando se distinguió una pequeña nube de humo, el chasquido de una detonación y Luz de Estrella vaciló y cayó al suelo.

Charlie tuvo apenas tiempo para saltar y caer de pie. En seguida comenzó a reconocer a su querido caballo.

—¡Mi buen amigo! — exclama-

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

cabeza haciéndolo caer desvanecido.

Apareció entonces Dutchy sonriendo triunfador, lanzó un silbido que era la señal convenida con Bender y entre los dos iniciaron la tarea de atar y amordazar al herido. Después le condujeron hasta una choza oculta entre unos matorrales en el corazón de la montaña.

Charlie abrió los ojos y un ligero temblor agitó su cuerpo. Miró al techo y en torno suyo. La cabeza le dolía enormemente. ¿Qué había ocurrido? No lo recordaba. ¿Dónde se hallaba? Tampoco lo sabía. Volvió la cabeza a uno de los lados y distinguió unos ojos que lo observaban. Aquello tuvo la virtud de un tónico pues inmediatamente pensó en que había sido víctima de alguna traición e inmediatamente recordó a Luz de Estrella.

—¡Hemos estado esperando la ocasión durante mucho tiempo! — exclamó una voz ronca. Ahora estas a merced nuestra. Aquellas amenazadoras palabras fueron acompañadas de un brutal puntapié y luego alguien le quitó la mordaza.

—Quiero oírle quejarse — dijo otra voz.

Pero aunque los golpes empezaron a menudear cada vez con más furia, ni un solo gemido escapó de los pálidos labios del cowboy.

—Oye esto, — exclamó Bender— Mi compañero y yo empezamos ahora nuestra venganza. Te hemos traído aquí donde nadie te encontrará y tu martirio durará horas largas... Tal vez días... ¿Qué te parece la idea?

De pronto se abrió violentamente la puerta y apareció Luz de Estrella que había seguido el rastro de su amo. Iba con él, Tigre que lo había hallado tendido en el camino y había restañado con su lengua la sangre que brotaba de una herida que tenía en el cuello. La bala había rozado tendones que lo inmovilizaron haciéndolo aparecer como muerto. Pero la reacción se produjo a poco y los dos animales partieron en busca de su amo.

Tigre, el perro, al ver a Charlie en el suelo y atado, se arrojó a la garganta de Bender y el canalla cayó lanzando un gemido. Al mismo tiempo Luz de Estrella se lanzó sobre Dutchy y comenzó a patearlo.

—Luz de Estrella! Mi buen amigo Tigre! — murmuraba Charlie sin poder creer apenas lo que veían sus ojos. — Ven aquí, — exclamó, comprendiendo entonces la buena inspiración que había tenido al enseñar al animal a defenderlo.

Los dos canallas permanecían en el suelo desmayados. Entretanto, Luz de Estrella mordía las ligaduras del cowboy hasta que logró liberarlo de ellas.

—¡Mis buenos compañeros!

Pasó algún tiempo antes de que se hallara en condiciones de marchar en busca de auxilio, pero lo consiguió, y en unión de sus camaradas logró llevar a los dos bandidos a presencia del sheriff, quien, ante las pruebas, no vaciló en condenarlos a un largo encierro.

De la vida de Benvenuto Cellini

Que todos los hombres buenos no son interesantes, ni todos los hombres interesantes son buenos, es cosa que no hay que probar, pero como ejemplo de lo segundo podemos citar a Benvenuto Cellini, orfebre florentino, escultor, soldado, seductor y matón, con crímenes suficientes en su vida para haberla perdido una docena de veces en el patíbulo, y en él hubiera muerto, a no contar con papas, duques y cardenales, que le defendieron para salvar su talento por el bien del arte.

Si nos interesan los malvados, he aquí uno que merece nuestra atención: el canalla Benvenuto.

Cellini, según uno de sus traductores, no era tan perverso, no era sino un ejemplar tolerable del Renacimiento que infundía admiración y terror.

En una ocasión después de uno de sus homicidios, un amigo del muerto preguntó al recién elegido papa Pablo III cómo era que empezaba su papado sin castigar un crimen tan grande como el cometido por Benvenuto. El papa, que era muy amante del arte, le contestó que los "hombres como Cellini, único en su profesión, estaban por encima de la ley."

El mismo se hace justicia en algunos de sus juicios.

Tenía como modelo a su amante, una tal Catalina a quien casó con un infeliz a quien con la punta de la espada obligó a aceptar como esposa a su modelo.

Ya casada, obligó a Catalina a que le sirviese de modelo y de amiga, como cuando era soltera. Cuando ella alababa a su marido y decía al artífice que era mejor que él, Cellini la cogía por el pelo y la arrastraba por el estudio, maltratándola horriblemente con fuertes puntapiés y continuos puñetazos y esto repetía días y días. El mismo Benvenuto confesaba que esta conducta era algo bárbara, pero por lo general se enorgullece de sus actos, aun de los más violentos, y su concepto de la moral, era tal, que sus actos más repugnantes los consideraba como méritos; no tenía conciencia y todo lo más repugnante de su conducta, lo relató en su autobiografía.

Es un libro que vale la pena de leerlo; es la historia de un canalla y de un genio.

No es que haya que presentar a Benvenuto como un monstruo aborrecible; hay que admirarle enormemente bajo muchos aspectos. Su talento literario fué muy grande.

Un crítico italiano, Baretti, dice que: "La vida de Benvenuto Cellini, escrita por él mismo, en el puro y claro idioma del pueblo florentino, sobrepasa toda obra de nuestra literatura, en lo que se refiere al deleite que procura al lector".

Es una obra maestra, de un estilo que emociona y entusiasma, lleno de experiencia vivida, en la que todos sus párrafos, desde el primero hasta el último, impresionan vivamente.

La literatura, sin embargo, no fué su arte principal ni había re-

cibido educación para ello. Su padre le enseñó todo el misterio de la retórica en una brevísima y única lección.

Un día, el viejo Juan Cellini llamó a su hijo Bienvenido para que viese una salamandra que comía sobre unas ascuas, y al mismo tiempo le aplicó un formidable cachete que le hizo silbar el oído, y esto no lo hizo como el mismo padre confesó, para corregirle de falta alguna, sino para enseñarle a recordar las cosas notables que veía.

Benvenuto aprovechó la lección y a los cincuenta y ocho años, cuan-

y hacer bien todo cuanto se me antoje".

Sus impulsos artísticos y su ambición los heredó de su padre.

Era su progenitor un artista en marfil, un grán mecánico y un constructor de instrumentos musicales, que había gozado del favor de Piero y de Lorenzo de Médicis. El anciano tuvo a su lado a su hijo hasta que éste tuvo quince años, enseñándole a tocar la flauta, con la esperanza y la creencia de que llegaría a ser "el mejor flautista del mundo".

Benvenuto también creía que llegaría a ser el primero del mundo, pero no por el camino de la música. Tocaba la flauta bien y con gusto, pero él sería la gloria de Florencia por la pintura y la escultura siguiendo las enseñanzas de Miguel Angel, Leonardo y Donatello.

La puerta por donde entrar en la gloria, era entonces la orfebrería, y a los quince años entró de aprendiz en un taller y pronto de-

A una mujer espléndida

Regia mujer, que al pasar
por las calles de mi tierra,
vas esparciendo el asombro
de las magníficas hembras.

Mujer del pisar seguro
y el porte alroso y soberbio
¡qué bien quedará en tu diestra
la antorcha de los incendios!

Imperativa y espléndida,
de cuyos senos al triunfo,
capitaneando una nave
nos dieras un nuevo mundo.

La del aurea cabellera,
que a dos hombros desplegada,
parece que "el mismo sol
le saliera por la espalda".

Ojos que son dos asombros
y tantas luces destellan,
que fueran boreal aurora
en las antárticas tierras.

La de los brazos torneados,

largos y blancos, en pos
de cuyo ruego a los cielos
al punto bajara Dios.

Labios que son todo un grito
de la púrpura y el fuego:
Inquisición de las flores
en la hoguera de sus besos.

No sé por qué te presiento
hasta valiente y audaz:
tal vez hay sangre en tus venas
de la Doncella de Orleans.

No extrañes que yo te aclame
con ansias, ardor y bríos
¡si hasta las mismas mujeres
sueñan de noche contigo!

Y aquí termina el poema,
proclamando al vasto azul,
que si Dios tuviera madre,
por lo hermosa... fueras tú.

Alberto J. MAZZA

do dictaba la historia de su vida, recordaba tan bien todo lo notable que en ella le había ocurrido, como el famoso incidente de la salamandra.

En todas las páginas de su obra hay algo de la bofetada para el lector, algo que hace vibrar las fibras del que lo lee.

En todo momento mostró un gusto artístico exquisito y un calor, un entusiasmo que no le abandonaron en su vida.

Estaba satisfechísimo con todo lo que era suyo; se siente orgulloso de ser lo que es, lo que ha sido.

Dice que la fortuna empezó por favorecerle desde el día en que nació, el día de Todos los Santos del año 1500. Su padre, que esperaba una nena, al ver al niño dió gracias a Dios por el chico que le enviaba y le puso por nombre Bienvenido.

Nació ya con la aureola, que él mismo declaraba se veía en él a ciertas horas del día, como prueba de la divina elección que Dios había hecho en su persona. "Yo soy así — decía — por el don especial que el Dios de la Naturaleza me ha otorgado, y me ha dado un carácter, un temperamento tan feliz y tan excelente que puedo hacer

mostró ser un artista hasta la médula de sus huesos.

Su admiración por los grandes maestros florentinos raya en la adoración. Se enorgullece de aprender dibujo copiando las obras de Miguel Angel y Leonardo y se vanagloria de ser el íntimo del nieto de Fra Filippo Lippi. Tiene la conciencia y la vanidad del artista.

Cuando modela en cera o en arcilla no se muerde la lengua para afirmar que su obra, terminada, será cien mil veces mejor que su anterior.

No le gustaba que le abrumaran con prisas. Como le manifestaran deseos de que terminase pronto un jarrón, una joya cualquiera, tardaba meses en darle los últimos toques.

Era un trabajador constante y paciente, y sin embargo, la impaciencia, la grosería y la violencia eran tres de sus rasgos dominantes, como lo prueba una anécdota que él mismo relata, con ocasión de hallarse en París cinceland una plancha de plata para la estatua de Júpiter por encargo de Francisco I.

Dice Cellini:

"Tenía yo un muchachito francés que trabajaba a mi lado y que me había hecho no recuerdo qué

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —



Pujol, Preysler & Cia'

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

chiquillada. Para castigarle le di un puntapié tan bien dado, que mi pie encajó entre las piernas del muchacho, que salió lanzado a distancia y dió contra el rey que en aquel momento entraba en el estudio. El rey se echó a reír, y yo me sentí anonadado".

Francisco I le aconsejó que tomase más obreros para que descansase y cuidase de su salud. Benvenuto le contestó:

"Yo dije a Su Majestad que si en aquel momento dejaba el trabajo caería enfermo y que también sufriría mi arte, y no alcanzaría el éxito con que soñaba para satisfacerle. Creyendo el rey que no decía la verdad encargó al cardenal de Lorena que me repitiese lo que él había dicho; pero le expliqué y expuse mis razones tan claramente, que aconsejó al rey que me dejase trabajar cuanto yo quisiese: mucho o poco".

Ya hemos hablado algo de lo que en su época se decía: su "vida amorosa"; pero el hecho es que jamás sintió un amor romántico. Admite Cellini que en sus mocedades sintió cierta pasión por una joven siciliana, a la que sacó de su casa y con la que vivió un año, al cabo de cuyo tiempo se separaron. "Ella quedó llorando y yo me fui riendo".

Después de eso, hasta que ya entrado en años, mejor dicho, ya viejo, se casó, sus relaciones con las mujeres fueron muchas y variadas, pero nunca románticas.

Su nombre no ha podido aún verse libre de las acusaciones que se le han hecho por hurtos y poca delicadeza en las cuestiones de dinero.

Pero su pasión principal, su verdadero vicio, más que el de la mujer era el del homicidio.

Sus actos de violencia son numerosos, y se enorgullece de sus crímenes. Sobre todo no cabía en sí de gozo cuando narraba que durante el sitio de Roma no hubo día que no matase a algún enemigo.

También se enorgullece de la venganza que tomó de su casero. Después de haberle pagado lo que le debía volvió a la casa del propietario, y con un puñal destrozó cuatro camas causando al casero

(Continuación de "Margarita")

sentía artista, yo soy artista, y mi padre en sus trece; me quería matar con el demonio de la carrera. ¡La diplomacia, la diplomacia!... Hasta que refinamos y trabajé sin descanso, con hambre de pan y con sed de gloria, pero al fin triunfo!... ¡Ah, la ciudad, la ciudad!... ¡La lucha, el eterno desgaste!... Pero aquí, en estas tierras sin sombra, en este cielo de la vida espléndida, ¿también se sufre?...

—Sola, sin nadie que me comprenda, gente con grandes espaldas, llena de fuerza, pero vacía... Mis hermanos..., hasta mi padre... Suerte de mi madre que me ama mucho... El gran piso abandonado, silencioso como una tumba que guardara un ayer feliz, una vida difunta... El sol me parece enfermo, los campos grises..., los días interminables, monótonos, las noches frías, como si estuviera condenada a una eterna quietud... ¡Ah!... No hablemos más... No es nada... Extravíos... No, no, vivo alegre, muy alegre; soy una dichosa campesina...

—Lloras, ¿qué bello es llorar!... ¡No seques tus ojos, Margarita!... ¡Sí, sí, Margarita, recuerdo perfectamente tu nombre!... ¡Oh, Margarita, hermana! ¡Te hemos olvidado!... Abreme el corazón, trátame de tú, como en aquellos tiempos que saltábamos los dos bajo los besos del sol y las rosas del día, como entonces, en que lo mío era tuyo y lo tuyo mío... ¡Margarita!...

—Margarita, — repitió maquinalmente la joven.

Luego prosiguió en la más amarga tristeza:

—Pero Luis es un hombre, vive en la ciudad, pasará unos días en la casa de su infancia, y aquella infancia, aquella tierna fraternidad, está lejos, eternamente lejos...

—Pero... quedamos nosotros, los mismos...

—Los mismos: Luis, el hijo del barón; Margarita, la hija del colono...

—¡Ah, no..., qué importa!... El barón es el barón, y el colono el colono, siempre... Como tú y yo, eso mismo, como tú y yo... Y yo me aburro, me muero, en la desolación de mi taller... Sólo, sin familia, sin amor; sin nada, perdido por las calles y callejuelas húmedas de la ciudad sin sol..., y tú te mueres y te aburres en la desolación de este piso polvoriento y deshabitado... Sola, como si no tuvieras familia, sin amor, sin nada, perdida por los huertos, a través de los campos grises, porque los encuentras sin vida... ¡Ah, Margarita, alma de mi pasado y mi presente, que deseaba, sin buscar por donde estabas; por algo florecen los árboles y cantan las flores y ríe paternalmente el sol, ciertamente por algo en la ciudad florece mi nombre!...

un perjuicio de más de 50 coronas.

Sus dos primeros asesinatos fueron inspirados por la venganza, pero los cometió con toda sangre fría, si alguna vez Cellini tuvo una sangre que no ardiera.

En una rifa callejera, un arcabucero mató en defensa propia a un hermano de Benvenuto. Durante varios días anduvo espiando al arcabucero "como un enamorado a la muchacha que adora" — dice él, — hasta que una noche dió con él. Dejemos que Cellini nos cuente la aventura:

"El individuo vivía en una casa cerca de la plaza llamada Torre Sanguigna, una puerta más allá de donde habitaba una de las más elegantes cortesanas de Roma, la Signora Antea. Se encontraba el arcabucero apoyado en la puerta de su casa, y yo pasé por delante soltándole de repente un tajo con una daga de Pistoria, con intención de cortarle la cabeza de un solo golpe, pero como se volvió de repente, sólo pude herirle en el hombro rompiéndole el hueso. Dió un salto, sacó su espada; pero medio atontado por el dolor, la dejó caer al suelo y echó a correr. Yo le seguí los cuatro pasos le alcancé. Levanté la daga en alto, y como llevaba la cabeza agachada se la metí en la nuca con tal fuerza, que por más que hice, no pude sacar el arma de la herida. Cuatro soldados que salían de casa de Antea me atacaron, y tuve que sacar mi espada para defenderme".

El papa le perdonó su crimen, pero poco tiempo después, celoso de un joyero de Milán que trabajaba muy bien, le dió dos cortes

por debajo de la oreja dejando sin vida al infeliz artífice.

Mataba al que le insultaba, al que con él se mostraba ingrato, al que no le pagaba lo que se le debía.

Papas, reyes, duques, cardenales, fueron con él indulgentes, por eso se tomaba siempre la justicia por su mano; no respetó al prójimo, odiaba el hogar y la monogamia; era supersticioso y borracho, independiente y asesino, pero el amor por su arte era admirable; la confianza en sí mismo, magnífica. Para su inmensa satisfacción "demostró ser un hombre que supo conquistar un nombre", según dice uno de sus biógrafos.

Las obras auténticas que de Benvenuto Cellini se conservan actualmente son las siguientes:

Salero monumental, labrado por encargo de Francisco I de Francia.

El Perseo, expuesto en la Loggia dei Sossi, de Florencia, obra que se reputa como la más importante que el artista aventurero ejecutó y que le ofreció dificultades enormes admirablemente descritas en las memorias que de su vida andariega nos dejó Benvenuto. Esta obra la ejecutó por encargo del gran Cosme y le entretuvo los años de 1545 a 1554.

El famoso crucifijo de El Escorial, esculpido en 1562 y que Francisco de Médicis regaló a Felipe II y este monarca colocó en el hueco que existe detrás del sitial prioral del coro de El Escorial.

El busto de Cosme de Médicis, y el de Bindo Alto Viti, alabado por Miguel Angel. Un relieve representando a un perro. Una estatua antigua restaurada y la Ninfa de Fontainebleau.

A Angeles

Me han dicho de sopetón que tus ojos hechiceros a un teniente de lanceros han robado el corazón. Y aunque encuentro natural que el cariño que te embarga entrara al paso de "carga" en tu pecho angelical; Como ignoro los motivos de ocultarme tu pasión, al saberlo, con razón he perdido los "estribos". Tal silencio me atortola y en grandes dudas me abrasso, porque se trata de un paso que casi siempre trae "cola". Y aumenta mi indignación, y dobla mi enojo inmenso el no tener ni por "pienso" tu reserva explicación. Dando a mi queja otro giro hasta llevo a sospechar que te obstinaste en callar sólo por hacerme "tiro". Sin temer en tu obsesión, al jugarme tal pasada, qué "se fuera a la empinada" mi profunda indignación. No extrañes que te alce el gallo y que bufe y que alborote, ni te sorprenda que vote por cinco mil de a "caballo". Y aunque al escuchar mis que-

jas, dé tu proceder en pro te descuelgues con que yo me "apeo" por las orejas; No te debe incomodar, queriéndote a más querer,

que mi enojo te haga ver dando "rienda" a mi pesar. Cuando amor el pecho embarga la reserva no hace al caso, pues la pasión se abre "paso" a la corta o a la larga. Y de amores la primera noticia, ve el más miope, que se despliega al "galope" y desfila "a la carrera". Si tu amor cierto o no es saberlo muy pronto quiero, y ya "lanza en ristre", espero las noticias que me des. Que sea jinete me peta, si su cariño promete que no tendrá tu "jinete" los "cascos" a la "jineta". Ya sé que vive soñando con el tálamo nupcial, que es fino, atento, marcial, y "muy maestro marchando". Y que es tanta su pasión que, ante tu rostro hechicero, le da "saltos de carnero" en su pecho el corazón. De "perilla" un hombre así le viene al alma que adora, si cual la tuya atesora de ternura un potosí. Y si marchando a compás de los dos el dulce anhelo, aun cuando monte "hasta en pelo" no "monta" en celos jamás. En fin, si él forma tu edén, mientras el regalo encargo, te anticipo al "trote largo" mi sincero parabien.

CARLOS C A N O

Una boda hebrea

La novia recibe siete mil besos y da en pago otros siete mil

Como se sabe, en Polonia, en Rumania, en Checoslovaquia y en algunas partes de Austria y de Hungría viven unos rabinos llamados por los judíos "rabinos milagrosos", que, según parece, son autorizados intérpretes del Talmud y además sirven de médicos, abogados y jueces a sus correligionarios, los cuales hacen muchas veces viajes de 200 y 350 kilómetros para consultarles.

Hace poco tiempo el hijo mayor del "rabino milagroso" de Sandoz, en Polonia, se casó con la hija menor del "rabino milagroso" de Vizin, en Checoslovaquia, y para asistir a la boda se reunieron más de siete mil judíos, hombres y mujeres, procedentes de Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría y Austria.

La ceremonia se celebró con gran pompa, y cuando terminó el marido de la desposada dijo:

—Autorizo a todos los invitados a que besen a mi esposa.

Esta apareció en la puerta del domicilio conyugal en todo el esplendor de sus diez y seis primaveras, y todos los invitados desfilaron ante ella, y cada uno le dió un beso, que fué pagado con otro, de manera que la joven fué besa-

da 7.000 veces y besó otras tantas.

La ceremonia duró cuatro horas, y cuando terminó, la pobre joven cayó al suelo desvanecida, pues le faltaban las fuerzas.

Su padre la auxilió, y rociándola con agua logró hacerla volver de su desmayo.

Terminado este incidente se celebró el banquete en un inmenso jardín, donde habían sido puestas más de doscientas largas mesas, a las que se sentaron los siete mil invitados.

Todos los víveres del país habían sido requisados por los organizadores del pantagruélico festín, y a pesar de esta precaución algunos se quedaron sin comer, y manifestaron su descontento ruidosamente.

Los dos rabinos, para calmar éstos, les dieron vales para diversos restaurantes.

Terminado el banquete comenzó el baile y más de tres mil parejas estuvieron danzando hasta hora muy avanzada de la noche.

Docenas de fotógrafos enviados por los periódicos húngaros, austriacos, polacos y checoslovacos tomaron diversas fotografías de los distintos actos de la boda.

Según la tradición, Enrique I de Inglaterra murió por comer lampreas.

Era este monarca un perfecto caballero, de arrogante y hermosa presencia y gran amigo de la caza.

En 1135 fué a Normandía a visitar a su hermana, la Condesa de Anjou.

Dícese que llevaba una temporada en la que no se sentía muy bien, sin que los médicos pudiesen averiguar la causa de su malestar.

Según la crónica, pasó a Normandía para ver si mejoraba, y al regresar de una cacería pidió que le sirviesen lampreas y aunque los médicos le dijeron que no le convenía tal pescado, no desistió de su empeño, las comió en gran cantidad y a poco le dieron unas fiebres que le llevaron al sepulcro.

Las lampreas se han considerado desde el tiempo de los romanos como un bocado exquisito, y a causa de su escasez, se ofrecían como tributo a los soberanos.

El río Severn tenía fama por sus lampreas y hasta hace menos de un siglo, hasta 1830, la ciudad de Gloucester enviaba todos los años al rey de Inglaterra una empanada de lampreas con ornamentos de oro.

Puesto que Enrique I se entretenía en su favorito deporte de la caza, su salud no debía ser muy delicada y debía encontrarse bastante bien cuando le dió el fatal ataque. Si comió las lampreas antes o después de la partida de caza, es difícil de asegurar, pero es de suponer que fuese después, pues la crónica dice: "al llegar a casa se empeñó en comer lampreas".

Es muy probable que el rey, cuyo apetito se había abierto con el ejercicio de la caza, comiese de aquellos pescados en demasía, pero que su rápida enfermedad se debiese únicamente al abuso de su plato favorito, es lo que la historia no admite sin dudas.

Se sabe que la lamprea es un pescado que se descompone muy rápidamente, y quizá los que sirvieron al soberano no estuviesen en buenas condiciones. Admitiendo esto, bien pudiera ser la causa principal de su enfermedad repentina, y más si su estómago estaba un poco delicado. El hecho es que el rey, a poco de comer su manjar favorito fué presa de violentos vómitos y fuertes dolores. Pero ¿por qué dice la crónica que fué un ataque de fiebre? ¿Por qué pretenden algunos hacernos creer que fué un envenenamiento?

Todo ello pudo ser y el envenenamiento producido por los microorganismos de las lampreas en descomposición.

La misteriosa muerte del rey Juan

La tradición ha envuelto en un velo de misterio la muerte del rey Juan de Inglaterra.

Las circunstancias que rodearon su muerte se cuentan de diferentes maneras y aunque todas coinciden en el fondo, los detalles varían grandemente.

La jornada en la que acabó la vida el rey fué una serie de desastres desde el principio. Amenazado por el enemigo extranjero y en el interior por las discusiones, de los nobles, decidió el rey marchar con su ejército al Este de Inglate-

Misterios de la historia

La muerte de tres príncipes ingleses

rra, para fortificar la costa contra las invasiones. Por miedo a que le robasen sus joyas reales y su tesoro, todo lo llevó consigo en aquella expedición.

"Llegado a la costa, dice un cronista, la expedición se embarcó y tomó rumbo al Norte, pero una tormenta que les cogió en aguas de Millsheme destruyó casi toda la flota, yéndose al fondo del mar los barcos que llevaban las joyas de

llo de Newaske, donde se agravó de tal modo que el abad de Croxton hubo de administrarle los sacramentos.

Pocos días después, el 19 de octubre de 1216, entregaba su alma a Dios, en el citado castillo.

Según otros cronistas, el rey cayó enfermo al llegar a Lyun, con un ataque de disentería y en el viaje a Swinerhead, la fiebre adquirió alarmantes proporciones.



—¿Pero dónde se habrá metido ese condenado de muchacho?

la corona, los vasos preciosos, todos los ornamentos de la corte y de su capilla, el dinero, más la mayoría de los hombres y caballos que formaban su ejército. Sólo el rey con algunos soldados se libró milagrosamente de aquella catástrofe, por llevar una buena delantera al resto de la flota. Aquella noche llegó a la abadía de Swynsted donde se hospedó y permaneció dos días.

Tal fué su disgusto, por la catástrofe sufrida, que una fuerte calentura se apoderó de él, quedando muy quebrantado. Dióse a comer gran cantidad de melocotones y a beber sin medida sidra nueva, lo que empeoró su estado.

Sin embargo, al amanecer del tercer día se encaminó al castillo, de Sleaford, en Lindrey, perteneciente al obispo de Lincoln, donde se detuvo, con intención de continuar la marcha al día siguiente, pero era tal su debilidad que apenas podía mantenerse a caballo. A pesar de todo pudo llegar al casti-

Aunque enfermo y debilitado continuó su marcha hasta Sleaford, donde fué necesario sangrarle en cuanto llegó.

Quiso aun continuar el viaje, pero al llegar a Newark, estaba tan decaído que tuvo que abandonar su propósito.

No falta quien asegura que el rey no murió de muerte natural, sino envenenado; pero esta afirmación sólo empieza a escribirse en el año 1366, es decir, ciento cincuenta años después de su muerte.

Según Holinshead le envenenaron con unas peras, refiriéndose sin duda a la fruta que le sirvieron en Swineshead, donde se agravó la disentería.

La historia relatada por Grafton y Speed de que el monje Simón vertió veneno de sapo en un vaso de vino que dió al rey debe ser desechada, pues aunque durante mucho tiempo se haya creído que la ponzoña del escuerzo era mortal, no hay especie de estos animales

cuyo veneno pueda matar a un hombre.

Lo más probable, lo que la mayoría de los historiadores aceptan sobre la muerte del rey Juan es que éste sucumbió a consecuencia de una enteritis aguda.

El duque de Clarence y el tonel de vino.

La pintoresca historia del asesinato del duque de Clarence, en 1478 ahogado en la Torre de Londres en un tonel de malvasía, no es aceptada por todos los historiadores.

Es indudable que el desgraciado duque fué asesinado en la Torre por instigación de su hermano, pero es dudoso que tuviese el fin que dice la leyenda.

Stow escribe:

"El 11 de mayo, después de haber oído misa en la Torre de Londres, murió en un tonel de malvasía y fué enterrado en Tewkesbury, al lado de su esposa, que hallándose en cinta había sido envenenada pocos días antes.

La malvasía era un vino de fama en aquella época, que se importaba de Cadnia desde hacía algún tiempo. Alcanzó gran popularidad en el siglo XV.

Que el duque era muy aficionado a aquel vino no cabe duda, pues en las ordenanzas de la casa de los Clarence se lee que en 1409 se destinaban veinte libras esterlinas para la compra de vino malvasía.

Cualquiera que fuese la causa de las discusiones entre el duque y sus hermanos, es evidente que el Rey, instigado por Gloucester, se decidió a quitarlo de en medio.

Con una disculpa cualquiera se encerró al duque en la Torre de Londres, y al poco tiempo la duquesa fué envenenada, según queda dicho.

El Parlamento, para halagar al rey, acusó al duque de alta traición, siendo condenado a muerte; pero el verdugo no llegó a cortar la cabeza, sino que, según algunos, fué ahogado en un tonel de su vino favorito, donde se le metió cabeza abajo y luego fué colocado en el lecho "para hacer creer que había muerto de muerte natural".

Lo más aceptable es que fué envenenado como su mujer, y que el veneno se le administró en una copa de vino malvasía.

Es probable que de aquí naciese la leyenda, que se hizo pronto general y fué aceptada por la mayoría del público.

Epigramas

La mujer de don Benito, que es gorda a más no poder, se encontró a Francisco ayer y le dijo: —Adiós, "Frasquito". Y al ver la gordura de ella, y creyéndose ultrajado, le contestó amostazado: —¡Vaya usted con Dios, "botella"! *

A Arroyo le pegó un tiro, en venganza Luis Canseco. Pero, por fortuna, Arroyo no se llegó a quedar seco.

ANECDOTA

La reina Isabel de Inglaterra visitó al canciller Baun en su modesta casa de Herfort.

—¡Esta es una casa muy pequeña para un hombre como usted! — le dijo.

—Señora, la culpa es de vuestra majestad, que me ha hecho demasiado grande para mi casa — contestó el canciller.

EL CAPITAN COOK

El gran navegante del Pacífico

Parece extraño que hace siglo y medio, la mayor parte de las islas que hay en el Pacífico no fuesen conocidas de los europeos, pero hay que tener en cuenta que esa gran extensión de agua cubre, ella sola, una tercera parte de nuestro planeta; que su área es mayor que la de todos los continentes juntos y que su anchura en el Ecuador es casi la mitad de la circunferencia del globo terráqueo.

Ese es el Océano que recorrió Cook, sobre todo por el hemisferio Sur.

Como la de muchos hombres célebres, la historia de este navegante es un poco oscura.

Fué un hombre que todo lo que sabía lo aprendió él sólo, pues sus principios escolares dejaban mucho que desear.

Cuando en 1756 estalló la guerra entre Francia e Inglaterra, ingresó de voluntario en la Real Marina Inglesa.

En 1768 mandaba el buque "Endeavour" de 368 toneladas; llevaba 85 hombres, entre ellos 41 marineros, 12 soldados de infantería de marina y provisiones para diez y ocho meses; todos sus acompañantes, dice él mismo, menos un par de hombres de ciencia, eran mal encarados, peor hablados y bebedores empernidos. Sobresalían, por su barbarie entre los ignorantes y bárbaros hombres de mar del siglo XVIII, dice un historiador. Eran unos verdaderos salvajes pero eran fieles y jamás se amotinaron contra su capitán.

La expedición se dio a la vela en Plymouth en agosto de 1768 y en septiembre tocó en Madera y de allí al Brasil.

Con rumbo al Sur dobló el Cabo de Hornos, no atreviéndose a internarse en el Estrecho de Magallanes, por temor a que le ocurriera lo que al capitán Wallis, que tardó cuatro meses en atravesarlo.

El 13 de abril de 1769 llegó a Taití y empezó sus exploraciones en el archipiélago al que dio el nombre de islas de la Sociedad, en honor a la Real Sociedad, bajo cuyos auspicios viajaba.

Cook hizo varios regalos a una especie de reina llamada Oberea, pero el que más le agradó a ésta fué una muñeca. El rey Tutahah, tuvo tal envidia de este regalo, que hubo que darle otra muñeca para aplacar su mal humor.

Tres meses permaneció el capitán en aquellas islas, observándolo todo y escribiendo unas curiosas memorias de cuanto vió.

Antes de abandonar a Taití, Cook sembró sandías, naranjas, limas y otras frutas, dejando al mismo tiempo gallinas y cerdos para que allí procreasen.

Al levar anclas se llevó Cook a un indígena llamado Tupia, que les había de servir de guía e intérprete por aquellos mares, pues los taitianos, en canoas de 70 pies de largo, hacen largos viajes de tres y cuatro semanas.

Después de recorrer las islas de la Sociedad hizo rumbo al Oeste y después al Sur, llegando a Nueva Zelanda.

Al principio, los exploradores se extrañaron del franco canibalismo de los maories, los cuales no se querían acercar a los blancos hasta que se convencieron de que no se comían a los hombres. Luego les llamó la atención la limpieza de sus poblados y aldeas, sus fortifi-

caciones, cuya eficacia hubieron de sentir más tarde los soldados ingleses; sus largas canoas y sus precauciones higiénicas y sanitarias, que parece eran superiores a las de los palacios del Rey de Inglaterra.

Cook exploró el estrecho que separa las dos islas que forman la Nueva Islandia, estrecho que hoy lleva su nombre y la isla de Tama-

nia. Después de cuatro meses de recorrer aquellas costas, el "Endeavour" puso proa a Australia a don-

Después se supo que había sido un kanguro.

Cook lo describió detenidamente, añadiendo uno más a la larga lista de animales de todas especies que en su viaje había visto; describió igualmente las costumbres de sus habitantes y el empleo del boomerang y hasta hizo un diccionario de palabras maories.

Después de navegar por el estrecho descubierto por Torres, y que lleva el del navegante español, Cook se dirigió a Batavia.

Hasta entonces había tenido la

viveres como: Malta, coles fermentadas, caldo embotellado, limones, zanahorias, otros vegetales y una bebida alcohólica preparada con plantas. Además, llevaba buen número de toros, vacas, cabras, ovejas y aves de corral, y un buen cargamento de artículos para comerciar con los indígenas. Iban son él dos hombres de ciencia: los Forsters, padre e hijo y un tal Hodges, pintor encargado de reproducir los paisajes raros que viesen durante la expedición.

En este segundo viaje, Cook, recorrió más mar que tierra y duró tres años y diez y seis días.

Llegó al círculo polar Antártico y de allí en otro viaje llegó al extremo Norte del Pacífico, al estrecho de Bering, visitando la isla de Vancouver en donde establecieron un observatorio. Describió, las figuras de madera o totens que encontró en las chozas de los indígenas, y se extendió en consideraciones sobre las pieles de lobo, oso, marta, zorro, foca y de todas aquellas con las que se podía comerciar.

Recorrió la costa Noroeste de América del Norte; la Nordeste de Asia y Kantchaka, volviendo después a las islas Hawai.

Allí, en febrero de 1779, los indígenas robaron una lancha a los expedicionarios y Cook, bajó a tierra para apoderarse del rey y tenerle en rehenes hasta que devolvieran la embarcación. Los indígenas opusieron a ello con tal energía que los ingleses no tuvieron más remedio que huir y guarecerse en sus embarcaciones.

Al día siguiente Cook bajó a tierra, pero en cuanto le vió un hawayano le dió un golpe en la cabeza que le hizo caer. Otro indígena le remató de una cuchillada.

Así terminó la vida del mejor navegante inglés, a quien la Gran Bretaña debe una inmensa extensión de su territorio colonial.

Hoy se alza en Hawai, en el lugar mismo donde hace 228 años fué asesinado, un sencillo monumento que sus paisanos han erigido.

MODELO PERFECTO

Un escultor dice a un pobre hombre que le sirve de modelo para hacer un santo:

—¿Qué le pondría yo en la mano para que le diera el aspecto de un hombre completamente feliz?

—Póngame diez pesos en una mano y en la otra unos sandwiches de jamón.

SEMEJANZA

—Siempre que te veo, me acuerdo de López.

—¡Pues no me parezco a él en nada!

—Ya lo sé. Pero es que López me debe también cincuenta pesos.

PARANDO EL GOLPE

—Pues, verás, me encontré ayer a Ricardo y le dije que me prestara cien pesos, pero ni él ni Ortiz a quien ví después me los dieron. ¿Tu crees que andan tan mal de dinero?

—Sí, y yo también.

FRAY MOCHO

Ha trasladado sus oficinas de
Dirección, Redacción y Administración,
a su nuevo domicilio
situado en la calle
CERRITO 607

esquina a Tucumán

U. T. 38-MAYO 1899

de llegó el 28 de abril de 1770. Examinó todo el litoral y dió nombre a las partes más salientes de la isla. A uno de los promontorios le dió el nombre de Cabo de las Tribulaciones, por haber encallado en uno de sus arrecifes el "Endeavour" de donde sólo con suma paciencia y gran trabajo lograron sacarlo y llevarlo a otro punto más apropiado para hacer en él las necesarias reparaciones.

Recorriendo un día la isla, un marinero que se había internado más que los demás, regresó presuroso donde su capitán para decirle que había visto un animal grande de forma de botella, con cuernos y alas pero que andaba tan despacio que hubiera podido tocarle con la mano si no hubiera tenido miedo de aquella fiera.

suerte de no tener una sola baja en su tripulación, pero el insano clima de la capital javanesa le costó siete vidas y otros 23 marineros murieron en el viaje de regreso a Inglaterra, a consecuencia de la disenteria que habían contraído en Java.

Al llegar a Inglaterra, una de las cosas que más aplaudieron a Cook, fué el haber podido vencer el escorbuto.

Cook fué entonces ascendido al empleo de comandante y fué recibido por el rey, a quien presentó una copia de sus memorias.

Más tarde se prepararon para otra expedición dos buques llamados: "Resolution" y "Adventure", cuyo mando se otorgó a Cook.

Este se preparó eficazmente para el viaje y llenó sus bodegas de

UN RECUERDO

Fué tan solo un recuerdo... Pero acaso
Tan pequeño y tan grande al mismo tiempo
Que era como una luz que centellara
Entre lo oscuro de mi pensamiento.

Fué tan solo un recuerdo... Y sin embargo
Yo sentí florecer toda mi vida;
Era como el puñal que ensangrentado
Vuelve a clavarse en la profunda herida!

Fué tan solo un recuerdo!... Pero acaso
No es recordar eterno mi destino?
No sé hasta cuándo beberé sonriendo
La exquisita amargura de este vino!

Delia Esther VISILLAC

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Pasta negra para rótulos de metal. — Para llenar las letras grabadas en hueco en rótulos y placas de puerta hechos de latón, da muy buen resultado una pasta negra que se hace mezclando asfalto, lacca y negro de humo. Apenas se han rellenado las letras, debe limpiarse el borde de las mismas con un poco de esencia de trementina.

Cemento de limaduras de hierro. — Se toman cien gramos de aceite craso, medio kilo de sal común, tres cabezas de ajos machacadas y kilo y medio de limaduras de hierro. Mezclado todo esto, se añade vinagre en cantidad suficiente para que forme una pasta muy fluida y se deja reposar veinticuatro horas. Este cemento es muy bueno para ajustar y tapar rendijas en los objetos de hierro que, como los cañones de estufa, los hornillos y otras cosas semejantes, tienen que resistir temperaturas muy elevadas.

Para limpiar los cepillos de cabeza, se frotan primeramente con salvado, luego se prepara agua alcalina disolviendo 50 gramos de carbonato de sosa en cristales en medio litro de agua, donde se moja un trapo limpio, y con él se frotan fuerte y rápidamente las cerdas del cepillo. Después se repite la operación con otro trapo mojado en agua clara y fresca, y, por último, se mojan las cerdas en amoníaco y se dejan secar. De este modo recobran la rigidez primitiva.

Vinagre de fresas. — Es un producto poco conocido, y que sin embargo, resulta muy bueno para preparar bebidas refrescantes y para sazonar varias salsas. Para hacerlo se echan fresas secas y picadas, en frascos de boca ancha o en tarros, y a cada 250 partes de fruta se añaden 1000 del mejor vinagre de vino blanco que se encuentre. Los recipientes se dejan tres días perfectamente tapados, transcurridos los cuales, se saca el vinagre se echa en otro recipiente con otras 500 partes de fresas, y se vuelve a dejar en reposo tres días. Pasados éstos, se repite por tercera vez la operación echándolo con fresas frescas.

Al cabo de este tiempo el vinagre está ya saturado de aroma de fresa, y entonces se cuela por un paño, y puesto en una cacerola nueva se deja que hierva a fuego vivo unos cinco minutos, espumándolo con cuidado. Una vez frío, se embotella y se guarda bien tapado hasta que se necesite.

Las pipas de ámbar rotas se componen perfectamente, siempre que la rotura sea, como lo es por lo general, neta, con el siguiente procedimiento:

Se echa en agua un poco de potasa cáustica hasta obtener una disolución, si no saturada, al menos muy concentrada. Se moja en ella una cerilla, y con ella se untan las dos partes rotas. Sosteniendo con ambas manos los dos peda-

zos que se van a soldar, se une uno con otro, cuidando de ponerlos bien iguales, y teniéndolos al calor de la lumbre. Al cabo de poco tiempo, la escasa cantidad de líquido interpuesto entre las dos caras de la soldadura, desaparece, y

la pipa queda pegada de tal modo, que es imposible distinguir la rotura...

Este procedimiento da resultado en las pipas de ámbar, como lo dará igualmente para componer otro objeto de la misma materia.

LA CONSULTA

Como veía que movía los labios y no pronunciaba una sola palabra, interrumpí su soliloquio:

—¿Qué le pasa?

—Pensaba en lo que acaba de ocurrirme.

—Y que parece que le preocupa.

—¡Y tanto! Vengo de casa de un médico.

—¿Está usted enfermo?

—¡Yo?... Nunca.

—¿Entonces?

—Verá usted. A las tres en punto me he presentado en casa del célebre doctor Morticohus, y como eran horas de consulta, el criado me dijo:

—Voy a pasarle inmediatamente, porque una vez empezada la consulta no le recibirá. Me hace pasar, y me encuentro con un señor calvo, sentado ante la mesa. Después de clavar en mí unos ojos que brillaban en la sombra de sus cejas espesas, volvió a enfrascarse en la lectura de los papelotes que tenía delante, y yo esperé en silencio a que terminase.

De pronto el hombre aquel se pone en pie de un salto, como si un resorte le hubiera hecho saltar de su sillón, y con voz autoritaria me ordena:

—Tiéndase en ese diván.

—Pero, doctor...

—Cállese. No pido nunca explicaciones a mis enfermos. Tengo bastante edad para saber lo que les pasa.

Usted comprenderá que aquello me hizo mucha gracia; y como parecía que le causaba placer al médico el que yo me tumbara en el canapé, me tumbé.

El doctor se inclinó sobre mí, me auscultó, escuchó los latidos de mi corazón, me reconoció el estómago, el hígado, me hizo jugar las articulaciones, me pidió que pronunciase cinco veces la palabra "anticonstitucionalmente", luego se interesó por lo que hacían mi difunto padre y mi difunta madre, me consultó sobre todos los individuos de mi familia, pero con tanta meticulosidad, que por un momento creí que iba a establecer gráficamente mi árbol genealógico.

Por fin, después de hacerme poner a gatas y andar de puntillas, me miró y me dijo:

—No tiene usted nada, ni la más pequeña enfermedad. Sus órganos todos están en perfecto estado. Ahora sí que le pregunto: ¿Por qué ha venido a verme?

Yo sonrei, y con voz suave le contesté:

—Muchas gracias, doctor, por las buenas noticias que acaba de darme, aunque ya sospechaba yo que no estaba enfermo. He venido a traerle, para que la firme, la póliza del seguro contra incendios que ha contratado usted.

El doctor palideció y dijo:

—¿No podía usted haberlo dicho antes?

—No me ha dado usted tiempo, doctor.

—¿Sabe usted que en mi casa la consulta cuesta doscientos francos?

—Lo creo; pero le confieso que no tengo ni los cinco primeros francos de esa bonita cantidad.

—Ya lo supongo... Bueno; deme esa póliza, que la firme.

Saqué del bolsillo un papel y le dije:

—Tiene usted que firmar aquí, a menos que después de reflexión un momento prefiera usted firmar esta otra póliza en lugar de la que le he dado.

—¿Qué diferencia hay?

—A fe mía, doctor, puesto que usted me ha reconocido gratuitamente por error, voy a darle un consejo. Si le van a engañar, lo mismo le engañarán firmando cualquiera de las dos pólizas; pero con la segunda le costará menos caro.

—¿Y firmó la segunda?

—Y me dió las gracias. Pero lo mejor del caso es que como en la primera no había intervenido yo, no tenía comisión, mientras que en la segunda, que firmó por mi consejo, me queda el 15 por 100.

Fernando SERNADA

Para limpiar perfectamente el cobre. — Algunos objetos de cobre son muy difíciles de limpiar con polvos a causa de sus adornos en relieve.

Esta dificultad se salva por medio de líquidos, los cuales devuelven su brillo a los objetos penetrando entre los adornos.

Ante todo los objetos se sumergen en una solución de sosa caliente, y después se aclaran con agua limpia para quitarles la suciedad, y después, para que queden brillantes, se prepara el siguiente baño:

Ácido nítrico, dos partes; sal de amoníaco, una parte; ácido sulfúrico, una parte; ácido cítrico, una parte; agua, una parte.

La sal de amoníaco debe ser disuelta en agua a saturación.

Los artículos no se tendrán sumergidos más de dos o tres segundos, y se aclararán primero en agua fría y después en agua caliente jabonosa, secándose en servilletas también caliente.

Los encajes de seda deben lavarse con leche caliente y borax para que no se pongan amarillos.

No deben envolverse nunca en papeles blancos cuando vayan a guardarse, sino en papel azul, doblando y cerrando bien los extremos del paquete con alfileres, para que no penetre la luz y descolore los encajes.

Betún plástico. — Se trata, sencillamente de dar al betún amarillo la conveniente plasticidad; es bien sabido que su principal defecto es el de resquebrajarse. Se obtiene un excelente resultado, añadiendo al betún en el momento de fundirlo, una cuarta parte de vaselina o de tocino.

Para filtrar vino de una botella a otra, debe emplearse un sifón hecho con un tubo de cristal acodado que lleve en su rama más corta un ensanchamiento ovoideo que se llenará con algodón en rama muy limpio. Según sea la longitud de la rama más larga del tubo, la succión del aparato será más o menos vigorosa; el algodón en rama retendrá las lías y todas las partículas que enturbien el vino. Cada vez que se va a usar de nuevo el mismo algodón, debe hervirse previamente en agua y dejarse secar bien.

Para lavar la seda blanca o negra se debe hacer en agua de lluvia, a la cual se añade un buen puñado de sal. No se debe restregar la seda con jabón sino plancharla cuidadosamente con una plancha que no esté demasiado caliente.

Los hornillos de hierro se pulimentan mezclando una pequeña cantidad de azúcar y una cucharada de vinagre con algo de plomagina, hasta obtener una pasta con la cual se frota el hierro. Las partes del hornillo que estén manchadas de caldo, grasa o leche, se frotan primeramente con sal o un trapo.

PAPEL Y TINTA

"Vendimias líricas", por Antonio de la Torre. — Editorial Tor.

El autor de "Vendimias líricas", señor de la Torre, es un poeta sencillo, tierno, sin complicaciones o enrevesamientos estróficos. Se caracteriza, como él mismo nos lo dice en algunos de sus versos, por su "amor a Natura' amor a lo bello, amor al trabajo". Y esta estrofa, que lo define como poeta campesino: "¡Cuánto me deleita trabajar mi tierra, y querer mi yunta de animales pardos!".

Antes de seguir adelante, digamos que hay poesías que adolecen de falta de ritmos, y otras, que acusan cierta debilidad en la fuerza expresiva de sus versos. Defectos corregibles, claro está, pero que conviene apuntarlos para que se enmiende el autor en obras posteriores.

A estar a este su segundo volumen de versos, el señor de la Torre se muestra en este libro un poeta amante de los paisajes campestres, es decir, un poeta cabalmente campesino. Así, por ejemplo, el lector advierte a cada instante poemas bucólicos, con mucho sabor a tierra húmeda, a pasto fresco; y de vez en vez, una acequia cantarina, una siembra, una viña, un amanecer...

Entre las poesías que merecen citarse, ya por su ligera vaguedad musical, por su carácter subjetivo, como por su fina sensibilidad y buen gusto, se encuentran las siguientes composiciones: "Paisaje", "Invitación", "Quietud", "Segando el pasto", "Inquietud", "Ansiedad", "Ritmo interior", "Naturaleza" y "Hoy he visto en el fondo..."

Al frente de "Vendimias líricas", del señor Antonio de la Torre, trae un inspirado soneto del poeta Francisco Villaespesa, escrito expreso para esta obra.

Y para concluir, agreguemos que el poeta de Carpintería, provincia de San Juan, es un joven campesino que trabaja la tierra, y sin otra preparación, que la que le brinda la vida o le ofrecen los libros.

"Aztlán", por Justo G. Dessein Merlo. — Librería "El Ate-neo".

Bajo el evocativo título de "Aztlán", cuyo vocablo significa: cuna de la raza azteca, según las tradiciones mejicanas, el señor Dessein Merlo acaba de publicar un interesante y curioso libro de glorias rimadas, sirviéndole de asunto todo lo que se refiere al Méjico pre-colonial. Para realizar esta ardua empresa, y sobre todo en

verso, el autor de esta obra tuvo antes que empaparse de la historia inicial de los pueblos de Méjico, de sus leyendas, de sus mitos, etc., a fin de poder evocarnos con conocimientos, y tomar de ellos lo más característico, para transportarnos sin esfuerzos a aquellas épocas legendarias, y esto es lo que ha hecho el señor Dessein Merlo; pues de otra manera, no le hubiera sido posible referirlos tan brillantemente, como lo acaba de efectuar en el volumen que nos ocupa. Se trata pues, entonces, de un esfuerzo digno de aplausos e interesante testimonio, por lo que ello significa un valioso aporte para nuestra cultura intelectual.

Citemos ahora, algunos de los títulos en que se divide dicha obra. Hélos aquí: "Leyendas de Teotihuacán", "Los cuatro soles cosmogónicos", "Las moradas de los muertos", "Mitos mejicanos", "Ritos aztecas", "Toltecas y Chichimecas", "Presagios de la conquista" y "Episodios de las conquistas". En suma, "Aztlán" es un libro que merece ser leído.

"Páginas de Groussac". — Editorial "América Unida", de L. J. Rosso.

"Páginas de Groussac", es una valiosa selección de artículos extraídos de las "Obras Completas" del eminente director de nuestra Biblioteca Nacional, hoy editada en un volumen en ocasión de cumplir el autor sus ochenta años de edad, y como una muestra para nuestra generación de lo que realizara, a través de los años, el gran crítico y polemista, don Paul Groussac.

A pesar de ser ésta, una reedición de algunas de sus más substanciosas páginas, las que se ofrecen aquí han sido detenidamente corregidas por su autor, depurado y cincelado las frases, embellecido las ideas, hasta perfeccionar los períodos que los textos exigían. Es así, que ahora nos encontramos con capítulos enteramente nuevos, llenos de poesía, sentimiento y emoción. El artifice de hogaño, no amenguó en nada la fuerza emotiva del artista que los engendrara antaño.

Este libro, que es como la culminación de su gran obra, abarca los siguientes tópicos: Historia, ensayos bibliográficos, crítica histórica, viajes, crítica literaria, literatura, teatro y poesía. Trae además, suscrito por el señor Alfonso de Laferrère, un extenso y meditado prólogo.

"Páginas de Groussac", es una meticulosa selección cuya lectura recomendamos.

José MAURICIO PEIXOTO

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matrón, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

CLARO DE AMOR

Mi amor fué luz inmensa, mi amor fué un plenilunio tan claro como el claro de las noches de junio.

¿Siempre? ¡Siempre, oh sí, siempre! La bondad del ensueño no ha conocido nunca... nunca, nunca el beleño,

y ha sido en todo tiempo, luna... una luna calma y eterna como un símbolo en el cielo del alma!

Cuando yo tuve penas y cuando tuve angustias...; cuando mis ilusiones, como las hojas mustias,

unas tras de las otras cayeron de mi vida alfombrando la senda de la pasión perdida,

y eran noches mis ansias y noches los reproches, noches todos mis pasos, noches, noches y noches,

mi amor fué luna plena, ¡mi amor fué un plenilunio tan claro como el claro de las noches de junio!

¡Ah, pero nadie sabe de esa bondad secreta que es luz, eterna luna del alma del poeta!

¡Nadie mira hacia el fondo de las cajas divinas donde encerradas lloran las notas argentinas!

¡Y nadie en mi alma ha visto tan blanca nota, abierta como rosa de plata sobre mi dicha muerta!

Ni el versó tembloroso sobre l'alba corola, epitafio de luna, o inmolación de ola:

¡mi amor fué luz inmensa, mi amor fué un plenilunio tan claro como el claro de las noches de junio!

Hoy, sin embargo, el mismo que antes fui, sigo siendo, y es mi amor luna clara que en mí sigue luciendo!

Con tantas penas hondas y con tantas angustias... con tantas ilusiones como las hojas mustias,

unas tras de las otras por caer de mi vida para alfombrar la senda de la pasión ungida;

con tantas noches puras prendidas de mil broches de astros espirituales, con noches y más noches,

desnuda tengo el alma con su rosa de plata donde leer se puede mi estrofa más innata:

mi amor es luna plena, ¡mi amor es plenilunio tan claro como el claro de las noches de junio!

Alberto G. OCAMPO.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

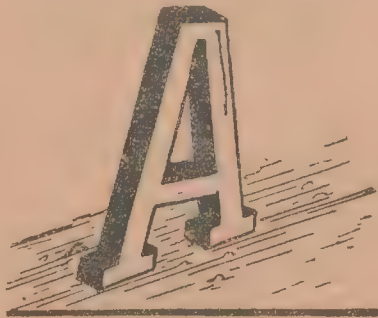
N.º 11 — CHARADA

Dos tres, una todo primera cuatro, mírela que dos cuarta, ¿quiere que la una cuatro y la cure?

—Sí, para que nos primera dos todas las aves del gallinero, ¿no sabes que ese bichejo se cuatro dos un par de pollos diarios?

—Entonces se la llevaremos a la una, dos tres de la bohardilla que es la protectora de los animales dañinos.

N.º 14 — JEROGLIFICO



N.º 1 — CHARADA

—Estoy prima segunda prima cuarta con vosotros. Vaya unos amigos. Tenéis preparado un prima terciá cuarta para ir de campo y no me decís nada.

—Ya te hubiéramos todo.

N.º 16 — COMPRIMIDO

K! PRA D:: PRA

N.º 17 — CHARADA

—¡Caramba, prima terciá! ¿has visto qué elegante va ese? ¿Es terciá segunda terciá?

—Algo parecido en el nombre. Es todo.

N.º 18 — FRASE HECHA



N.º 19 — JEROGLIFICO

DAR-DER-DIR-DUR

N.º 20 — JEROGLIFICO



N.º 21 — TARJETA

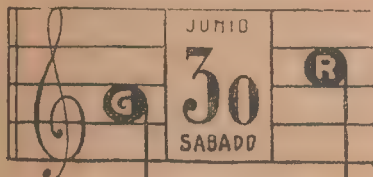
Hermanas Roer

Con las letras de esta tarjeta formar el nombre y apellido de una famosa estrella de cine.

SOLUCIONES DEL NUM. ANTERIOR

- N.º 1 — Americana.
 " 2 — Atrazo.
 " 3 — Los de pompas fúnebres, porque todos los días defunciones.
 " 4 — La sangre corre a torrente.
 " 5 — Cuatro pares de medias.
 " 6 — Piano.
 " 7 — Mascarilla.
 " 8 — Centenario.
 " 9 — Botarate.
 " 10 — Vapor encallado.

N.º 12 — JEROGLIFICO



N.º 13 — COMPRIMIDO

2TI2UNI2

En el hall del hotel, Jorge miraba a la linda señora perfumada que le sonreía. Venía de la playa con su cubito y su pala.

La linda señora perfumada se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Ha levantado usted muchos castillos de arena, caballero? ¿Ha jugado usted mucho?

Jorge, de ordinario tan natural, se limitó a afirmar con la cabeza, y luego, bruscamente, dijo ruborizado:

—Sí, señora.

La joven le miró con ternura, y prosiguió:

—¿Estáis aquí con tu papá y tu mamá?

—Sí, señora.

—¿Cómo te llamas?

Pero no tuvo tiempo de contestar. Su padre apareció en la puerta, y el niño corrió hacia él, como necesitado de su ayuda para disimular su confusión.

—Buenos días, papá.

La mirada de la joven le había seguido. Se estremeció.

—¿Qué hacías?

—Hablaba con esa señora tan linda.

El desconocido se estremeció a su vez. Reaccionó y se acercó a la joven.

—¿Es usted, Magdalena?

—¿Usted aquí, Pedro? Agradecida por haberme reconocido.

—¡Oh! No ha cambiado usted nada.

—No es por eso por lo que le doy

DIEZ AÑOS DESPUÉS

las gracias. Es por el mal que le he hecho en otro tiempo.

—No hablemos de eso.

El pasado, sin embargo, estaba entre ellos. Un pasado doloroso. Pedro había amado a Magdalena y había oído que ésta no era indiferente a su cariño. Y en el momento de decidirse se le presentó a la joven un partido magnífico: un hombre cuya inmensa fortuna hacía olvidar sus cincuenta años. El sufrió mucho; ella padeció al ver

su dolor; pero, débil, su amor al lujo venció y se casó por el dinero.

El pasado estaba entre ellos; pero había que romper el silencio. —¿Es su hijo este niño tan hermoso?

—Sí, Magdalena.

—¡Ah!

Y su sonrisa se tiñó de ironía.

Pedro lo advirtió.

—Veo que piensa usted, que las penas no son eternas. Es verdad.

SONETO

No me preguntes nunca si te quiero
 que no es cariño lo que por tí siento;
 es tan inmaterial mi sentimiento
 que yo, más que quererte, te venero.

Tu amor es para mí el verdadero
 y único motivo de mi vida...
 ¡Es la fe de mi alma incomprensida!,
 sin tí nada concibo y nada espero.

Antes de conocerte te adoraba,
 mi corazón sediento te soñaba
 diciéndome que pronto llegarías;

y llegastes al fin... Pero cobarde,
 mi destino cruel ya disponía
 que fuese tarde, ¡demasiado tarde!

Alejandro SPINARDI

He sufrido mucho; pero el dolor se gasta como todas las cosas. ¿Quién sabe? Acaso estaríamos nosotros al final de nuestro amor.

—¡Oh!—protestó Magdalena.

Y prosiguió:

—¿Es usted dichoso?

—Sí. Mi mujer es una compañera dulce y fiel y le debo tres hijos. El que acaba de ver es el mayor.

Estuvo a punto de preguntarle a su vez si ella era feliz; pero los ojos de Magdalena habían dicho ya lo bastante. Tuvo lástima y reanudó un diálogo mundano.

—¿Va usted a estar mucho tiempo aquí?

—No. Almorzamos y salimos en seguida.

—Pues buen viaje, Magdalena.

—Gracias, Pedro.

La campana anunciaba la hora del almuerzo. El comedor los reunió por última vez; Magdalena contemplaba a Pedro y a su mujer felices, con sus tres pequeñuelos que alborotaban y reían. La joven estaba sentada frente a su marido, un hombre viejo, muy acicalado, que con sus años y su atildamiento daba la impresión de un ser artificial. Pensó que hubiera podido ser tan feliz como la mujer de Pedro, y sintió que el llanto acudía a sus ojos.

—Mira esa señora tan hermosa —decía a Pedro su mujer—. ¡Qué cara de aburrimiento tiene!

Luis LEON MARTIN

"CINCO PROTAGONISTAS", EN LA COMEDIA

El escritor italiano radicado entre nosotros, Raniero Nicolai, poeta de alto vuelo y literato de nota, ha hecho sus primeras armas en la literatura escénica, con la pieza del epígrafe estrenada en la Comedia por la Compañía Rivera-De Rosas-Franco. Apresurémonos a decir que el Sr. Nicolai ha hecho una presentación digna de mencionarse. Su obra, clasificada como tres actos de dos comedias, es de una concepción moderna, de todo punto interesante. Difícil sería relatar el asunto que, partiendo de una vieja raíz, el adulterio, aparece como un árbol nuevo, bello y original, cuyo primer fruto es sabroso.

No puede negarse que Pirandello ha ejercido influencia en Nicolai. "Cada uno a su modo", del gran autor italiano, ha debido quedar grabado en la memoria de Nicolai, quien, si no ha repetido el asunto, demuestra que no pudo alejar el recuerdo de aquella pieza, una de las más singulares de Pirandello. Podría decirse que parte de lo que esbozó éste último en procedimientos teatrales, fué recogido por Raniero dándole fisonomía personal, que aleja toda sospecha de plagio.

Raniero demuestra ser bastante talentoso para necesitar abreviar en otras fuentes. Por ello, acaso sea una simple coincidencia de estilo teatral y nada más. Por lo que respecta a la materia prima, en "Cinco protagonistas" nada hay que recuerde a Pirandello. La ideología, los sentimientos ocultos al principio y luego en la superficie de los personajes, acreditan la personalidad del poeta de "Canto a la vida", vigoroso temperamento capaz de volar muy alto, sentir muy hondo y cantar muy bellamente. De Rosas, estuvo muy feliz, lo mismo que La Rivera Eva Franco y Allen. de, en su labor de intérpretes, siendo muy aplaudidos, en unión del autor. La obra, empero, se resiente de un léxico deficiente, siendo necesario depurarla de giros ajenos a nuestro idioma.

"NO PREGUNTO CUANTOS SON"

Tal el título de un bonito sainete de Juan A. Caruso, que ha estrenado Muñío con mucho éxito. Si bien viejo el sainete en su construcción, se prueba una vez más el progreso del autor que agrega con éste otro acierto a los muchos ya obtenidos en la escena por horas del teatro criollo. Muy bien Muñío y aplausos para autor y demás intérpretes del público.

"LA HERMANA MARIA", EN EL IDEAL

Propósitos morales han presidido la construcción de "La hermana María", comedia del Sr. José J. Berrutti que estrenó en el Ideal la compañía de la Sra. Pagano. Su autor en todas sus obras teatrales, no olvida los cánones clásicos del teatro y es así que por lo común se desprende una enseñanza al caer la cortina sobre las comedias del Sr. Berrutti. Escritor atento a la moral, suelo crear asuntos en que la honestidad de una mujer pasa por un trance delicado, pero por lo común la virtud queda en salvo, por la intervención de algún personaje, previsto por el autor y

TEATROS

que representa la ideología del mismo.

Complace en estos tiempos de subversión casi total todas las cosas, ver a un comediógrafo volviendo por la moral y las buenas costumbres, un tanto olvidadas en la sociedad actual.

"La hermana María" es una religiosa que cumple cristianamente su misión de bien en el mundo. Es su palabra la que tuerce los propósitos de Adela, mujer sugestiva por el espejismo del triunfo artístico, que olvida elementales deberes conyugales y se dispone a abandonar a su marido, en brazos del tenor Antonelli. Felizmente, pueden más los sanos consejos de la religiosa que los alocados planes de la declamadora y ésta abandona su proyecto de fuga y torna al hogar, reconciliándose con su conyuge.

No puede ser más sencillo, como se ve, el argumento, y en la misma forma ha sido desarrollado por el Sr. Berrutti, quien prosiguiendo su manera presenta, desenvuelve y soluciona el conflicto, con sincero optimismo. En estos tiempos la pieza del Sr. Berrutti podría tildarse de ingenua, pero creemos que la ingenuidad teatral resulta siempre superior al intrincamiento y obscuridad de concepto de algunas obras modernas. Por lo demás, está pulcramente escrita y a través de sus actos se advierten aciertos de expresión y de pensamientos.

Las Sras. Pagano y Alonso de los Ríos, principalmente, revelaron dominar sus papeles, siendo bien secundadas por el cuadro de comediantes que acompaña a la inteligente directora en su cruzada artística del Ideal. El público aplaudió la nueva comedia del Sr. Berrutti, bien impresionado por su interesante trabajo.

LOS EXITOS DEL POLITEAMA

La temporada de opereta que realiza en el Politeama la compañía italiana que dirige Salvador Siddivó, registra un gran éxito, el de "Citta Rosa" y varias representaciones afortunadas de diversas piezas del género. Se anunciaba el estreno de "Il babbeo e l'intrigante o I pescatori di Nápoli", pieza no representada en Buenos Aires hace mucho tiempo y que, por tanto, se daría como una "premiere".

El elenco de esta compañía cuenta con destacados artistas, de cuya labor en la obra citada, nos ocuparemos en nuestro próximo número.

UN TENIENTE Y UN CURA

Siguen en el Smart, sosteniendo el cartel de la temporada, un teniente y un cura que gozan de todas las simpatías del público. El militar no es otro que "El teniente Peñaloza" cuya larga vida ha merecido ya muchos comentarios y ha hecho merecer al autor los honores de un banquete. En cuanto al afortunado clérigo, tiene la misma condición para la empresa del Smart porque, según reza el cartel, sus servicios son gratuitos, pues asegura que "Nos cayó de arriba un cura" y tiene que ser el de marras.

No tenemos noticias de ningún otro estreno en esta sala. Ruggero

y sus elementos están, pues, de enhorabuena.

EL TEATRO Y LA HISTORIA

Justo es que puesto que en el teatro existen tantas historias que si el primer actor dice, que si la primera actriz está de pique, que si el autor no quiere que se diga, que si esta figuranta pretende, que si el tenor no puede... — justo es, decimos, que si el teatro está lleno de historias, la historia tenga también alguna vez su teatro. Y en esta temporada es el Nacional, donde ya se estrenó de Saldías "Romance federal" y ahora se prepara otra obra del mismo carácter titulada "Doña Juana Azurduy", que firman los señores Juan A. Caruso y Adriano Díaz Olazábal.

Esta pieza, además de ser histórica es en verso, lo que añade dificultades a la empresa, cuyo resultado hemos de ver próximamente.

ESTRENO

Se anunciaba en el Cómico el estreno de una pieza de José María Vázquez y Salvador Riese, titulada "Stud La Tranquera", de ambiente turfístico como habrá sospechado el avisado lector.

"NO SE JUBILE, DON PANCHITO", en el NUEVO

Con un asunto demasiado sencillo para una pieza en dos cuadros y destinada a entretener al público durante una hora, los señores Antonio Botta y Elías Alippi han escrito una obra que aunque resulta un poco hinchada y frondosa, no carece de interés, habiéndose aprovechado bien el que despiertan las situaciones que emergen del conflicto central.

Esta obra formaba parte del programa de la función dada en el Nuevo a beneficio de Casaux, lo que ya dice bastante en cuanto a la interpretación, no solo por parte del ilustre actor, sino también en lo que concierne a los demás componentes del conjunto. En efecto, lo que le falta a la pieza lo pusieron en acierto y buena voluntad los actores, con lo que todos resultaron lucidos.

Como anticipamos oportunamente, el Sr. Casaux fué muy agasajado y recibió inequívocas muestras de la admiración y de la simpatía que ha sabido conquistarse entre el público.

"EL CLASICO DEL AMOR", en el LICEO.

Para beneficio de León Zárate fué estrenada esta pieza de Juan Villalba y Herminio Braga, que la compañía del Liceo interpretó con mucho acierto.

No es de importancia ni tendría interés entrar a examinar el argumento de esta pieza, si es que "El clásico del amor" tiene argumento. Baste decir que se nos presenta un hogar porteño, más o menos auténtico, en el que hay tipos para todos los gustos: buenos y malos, a la antiguo y a la moderna, raros y vulgares... El conjunto es pintoresco, las escenas se suceden sin lógica pero con agilidad e ingenio y los chistes abun-

dantes son reídos por el público, bien dispuesto desde los primeros momentos para celebrar las ocurrencias sin mostrarse exigente.

Desde luego puede afirmarse que a partir de las primeras escenas, ya se creó un ambiente propicio al éxito, por la labor del beneficiado y de Pierina Dealesi, muy eficaces ambos en sendos papeles de mucamos que encarnaron con gran entusiasmo. La graciosa actriz hizo de alemana con la soltura y el acierto a que nos tiene acosados en esta clase de papeles.

Los demás elementos de la compañía contribuyeron en la medida de sus respectivas fuerzas y de la importancia de su misión a dar una divertida impresión de conjunto.

Hubo aplausos abundantes para todos y muy especialmente para León Zárate, estimable actor que después de actuar con éxito en los escenarios del batallón pasó al género chico, demostrando notables condiciones para la cuerda cómica en la que ya ha obtenido muchos legítimos triunfos y donde sin duda tiene mucho porvenir.

—Es este mismo teatro se ha empezado a ensayar la próxima novedad, que lo será la pieza titulada "Hay casorio en el barrio" de Mario Bellini.

LA MEJICANA

María Teresa Montoya, la notable actriz dramática mejicana que actúa en el Avenida, ha logrado con sus vigorosas interpretaciones atraer una buena corriente de público afecto al teatro de ese género. Para en breve anuncia el estreno de "La pobre Berta", drama en el que tiene a su cargo un personaje de fuerza dramática que ha de encarnar con su habitual maestría.

La Montoya es toda una figura, capaz de acreditar una temporada con su sola intervención escénica.

GRAND ESPLENDID

"La fugitiva", bella película estrenada en esta sala, fué óptimamente recibida por el público elegante que concurre a las funciones. El cartel, siempre cambiante ofrece los mejores trabajos cinematográficos.

CAPITOL

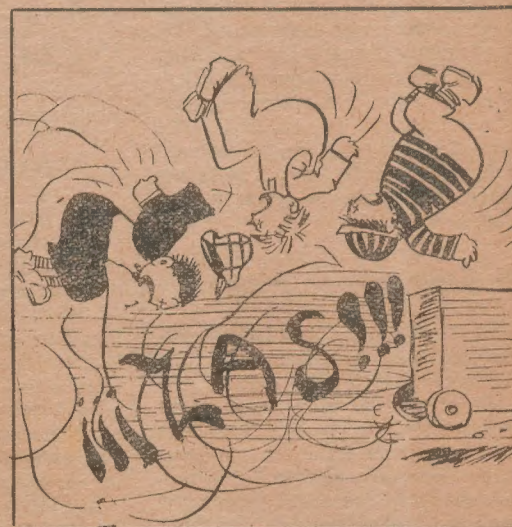
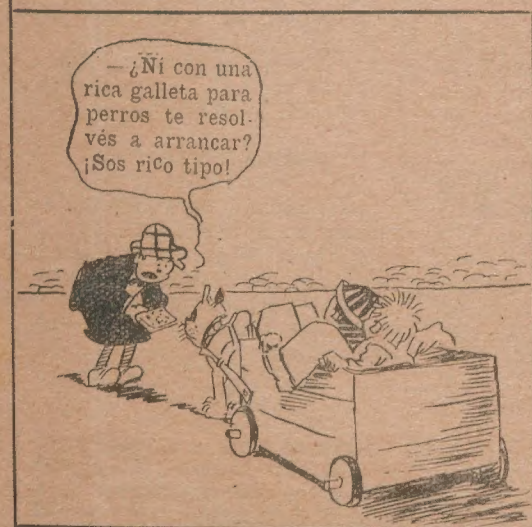
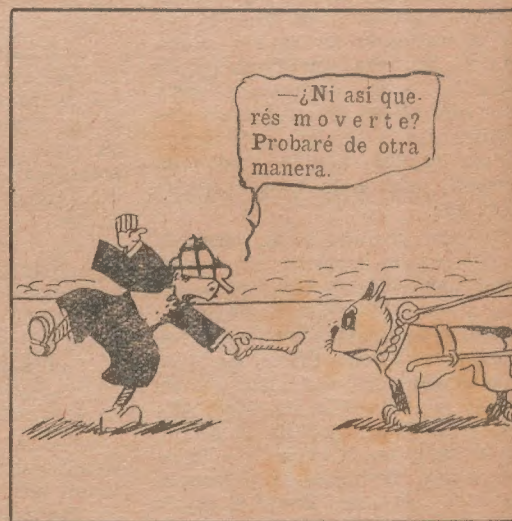
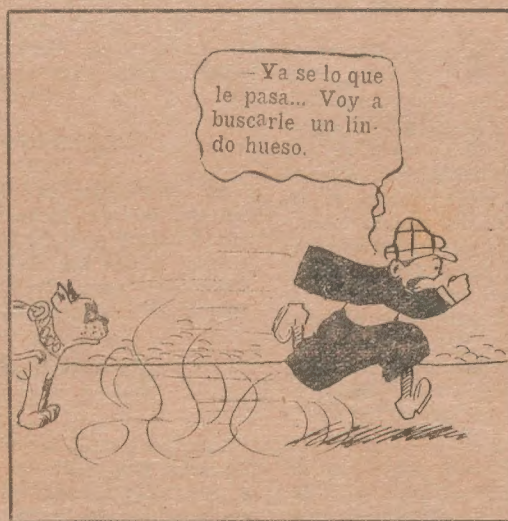
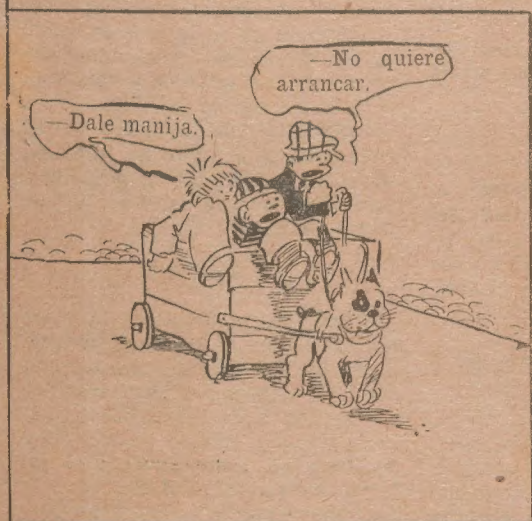
Acaba de darse a conocer en este cine, en exclusiva, la producción extraordinaria marca Paramount, "La última orden", por el famoso artista Emil Jannings, que realiza en la misma una bella labor. Posiblemente esta película perdurará en el cartel.

GLORIA

El bonito salón de la avenida de Mayo viene desarrollando con bastante éxito su temporada oficial. Los programas brindan a los aficionados al arte mudo buenas películas, de casas acreditadas.

PARC

Muchas familias se hicieron presentes en las funciones que se dieron en la última semana. Cartel muy interesante es el preparado para los últimos días de la primera quincena del corriente mes, pudiendo descontarse que el público llenará la bonita sala.



Ultimas creaciones de la moda femenina



1. — Modelo Martial y Armand. — Elegante traje para la tarde, confeccionado en crespón-satén azul oscuro, empleando ambos lados del género. 2. Modelo Zimmermann. — Traje de crespón de China azul liso. — La pechera de crespón Georgette del mismo tono y el delantero del cuerpo están riscaldados con Georgette blanco y botoncitos azules. — 3. Modelo Martial y Armand. — Elegante traje para la tarde ejecutado en crespón-satén color negro, empleando ambos lados de la tela.

Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda** entre comidas, las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de ¼ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa

ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi

